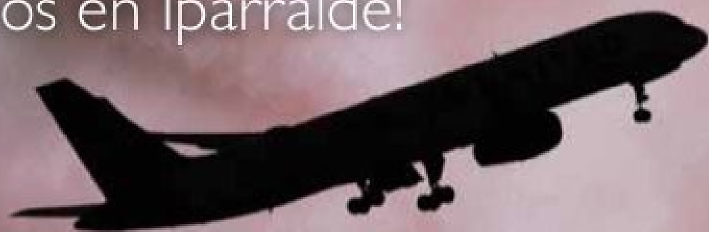
Órale, compadre...

¡Nos vemos en Iparralde!



ARANTZA EZIOLAZA GALAN



ataramiñe

EUSKAL ERREPRESALIATU POLITIKOEN
LITERATURA KOADERNOAK

www.literaturakoadernoak.org

AUTORA
Arantza Eziolaza Galan

www.literaturakoadernoak.org

ISBN: 978-84-947954-0-4
LEGE GORDAILUA. DEPÓSITO LEGAL. DÉPOT LÉGAL:

Órale, compadre...

¡Nos vemos en Iparralde!

ARANTZA EZIOLAZA GALAN



atarամiñe

EUSKAL ERREPRESALIATU POLITIKOEN
LITERATURA KOADERNOAK

www.literaturakoadernoak.org



ataramiñe

EUSKAL ERREPRESALIATU POLITIKOEN
LITERATURA KOADERNOAK

www.literaturakoadernoak.org

Índice

PRÓLOGO

Soy Arantza Eziolaza, y en primer lugar quiero decir que, aunque mi nombre vaya en el libro como autora del mismo, solo soy la persona que ha tomado notas mientras escuchaba en silencio los relatos de boca de mi hermano José Luis, o he recopilado y ordenado borradores y cartas que ha ido mandándome. Creo que esto es consecuencia de que creciéramos conviviendo estrechamente con nuestro abuelo Juaniko, quien nos relataba mil historias, que siempre tenían alguna enseñanza. Así que cogimos el hábito de escuchar y de contar historias, como ésta, que pretende acercar a quien lo lea una verdad que durante muchos años hemos tenido que guardar y sufrir en silencio. Esta historia que se sirve de mi mano para ser, no es otra cosa que un recopilatorio de palabras y de historias de mi hermano, relatos que a veces parecen irreales o de mundos imaginarios; son, en cualquier caso, retazos que él ha ido relatando en las limitadas ocasiones en que hemos tenido la suerte de estar juntos, de compartir miradas, sonrisas, risas y hasta algunas lágrimas (debo decir, en honor a la verdad, que alguna cerveza también cayó); fruto de este coctel de momentos y sentimientos, nace este relato.

Existe otra historia, la de los familiares, ese otro lado que aquí no se cuenta, que muy pocas personas se la conocen y que la mayoría ignoran. Es la historia del miedo, de la incertidumbre, de la falta de noticias durante, a veces, años. La historia de quienes tienen que vivir observando si nos siguen, si nos controlan la hora de una repentina cita, porque priman

el miedo y la responsabilidad, y donde en el otro platillo de la balanza tenemos que poner nuestras ganas de un abrazo, de una charla, aunque sea cortita.

Cada vez que los familiares de las personas encarceladas cuentan las vicisitudes de las visitas, lo cansado y accidentado del largo viaje, para pasar apenas unos pocos minutos con sus familiares encarcelados, (nosotros también hemos pasado por ese trance) los otros familiares, los de los exiliados, guardamos silencio, por responsabilidad, por seguridad, y en cierto modo sentimos envidia de ese encuentro entre cristales, de ese ratito de charla donde escucharle hablar mientras sus ojos y los nuestros se miran. Pero enseguida nos damos cuenta de que preferimos no verle encerrado; damos gracias porque no ha tenido que pasar por esas horas de violentas torturas que relataron muchos amigos que hoy están encarcelados y que a él y a otros muchos les hizo salir corriendo horrorizados, seguramente a sabiendas de que jamás habría un rincón en el que cobijarse, para vivir seguros.

La falta de noticias ¡es buena noticia! Con los años, con todo nuestro amor intacto, hemos aprendido a imaginarlo libre, sano y con la esperanza de que, al menos a ratitos, sea feliz. Aunque la añoranza y la incertidumbre nos acompañen en cada momento y, a ratos… ¡a ratos el miedo!

Los tiempos cambian; hoy las cárceles del sur se están vaciando, y vemos con esperanza que los presos políticos, están siendo acercados a Euskal Herria, que se están modificando los grados de clasificación y que incluso unos pocos han sido puestos en libertad condicional. Sabemos que habremos de seguir peleando hasta que vuelvan a casa, pero esto trae un

rayito de esperanza a sus familiares y amigos. Y de nuevo, nosotros, los que nos vemos obligados siempre al silencio, volvemos a sentirnos en desventaja porque ¿cómo haremos para que nuestros familiares regresen a casa? ¿De qué manera pelearemos por ese derecho? Ahora mismo nos parece demasiado difícil, hay tantos años pesando en la mochila, tanta incertidumbre… Aunque a pesar de los interrogantes, tenemos muy claro que el camino sigue siendo el mismo: trabajo y más trabajo, ¡seguir peleando! No dejar de reivindicar jamás nuestros derechos conculcados, y todo ello manteniendo la esperanza intacta en ese rincón del corazón donde todos los que están lejos habitan.

Porque los sueños que soñamos con amor, con convicción y sin pausa, acaban haciéndose realidad.

Arantza Eziolaza Galan

VOCABULARIO

Banqueta: Acera.

Cagüama: Botella de cerveza de un litro de capacidad. Litrona. Una de las especies de mayor tamaño de la tortuga mexicana.

Carro: Automóvil, coche.

Camión: Autobús de pasajeros, camión.

Cruda: Resaca.

Cuate, a: Amigo/a.

Chavo, a: Joven, muchacho/a.

Chemo, a: Drogadicto/a, que inhala solventes o pegamentos fuertes empapados en un trozo de tela o en bolsas de plástico. La adicción a estas drogas se da entre los jóvenes y los niños de la calle y es muy peligrosa pues acaba rápidamente con las células del cerebro.

Chimuelo, a: Desdentado/a.

Chueco, a: Falso/a. Torcido/a.

Gachupín: Español.

Guarura: Guardaespaldas.

Güero, a: Rubio/a.

Huachinango: Pez de la familia del besugo.

Madrazo: Golpe.

Mero mero (el o la): El o la mejor; el o la jefe/a.

Mota: Marihuana.

Naco (despectivo): Pobre, ignorante, mal vestido.

Lana: Dinero.

Pollero: Traficante de indocumentados. Opera en las fronteras de México con EEUU y Guatemala.

Porros: Grupos paramilitares organizados por el gobierno mexicano que actúan en los centros de estudio, institutos, universidades... en contra de los movimientos estudiantiles revolucionarios o progresistas. Sus miembros se camuflan de estudiantes o maestros pero su filiación al PRI ha quedado demostrada en numerosas ocasiones.

Teporocho: Borracho.

Transa (sustantivo, adjetivo): Negocio poco claro, a menudo ilegal. Adj.: Persona que se dedica a negocios ilegales o poco-honestos.

KOLDO E IPAR

Al volante de un Ford rentado, Ipar intentaba abrirse paso entre la marea de vehículos que transitaban por todas partes. Llevaba las ventanas cerradas y el aire acondicionado encendido, pero el olor a gasolina quemada del exterior se infiltraba por alguna rendija de la carrocería haciendo el aire irrespirable y que le picaran los ojos. Ahora recordaba los consejos que alguien le dio en Iparralde sobre no conducir en el Distrito Federal si no era indispensable y concluía que la realidad era peor de lo que había imaginado. En un país petrolero, el carro es rey, y los peatones parecen hormigas prestas a ser aplastadas en cualquier momento. Millones de vehículos se disputan las calzadas que parten la ciudad de norte a sur y de oriente a poniente en una extensión casi del mismo tamaño que Euskal Herria. Entre la marabunta de carros, existe un espécimen que destaca sobre el resto, a pesar de la numerosa participación en la anarquía del caos vial de buen número de coches último modelo y de miles de taxis Wolswagen Escarabajo. Las peseras.

Ancianas camionetas Chevrolet usadas como transporte de viajeros, las peseras son las dueñas del tránsito en México DF. En una loca carrera para ganarse el pasaje, día a día más caro para los menguados bolsillos mexicanos, sube y sube gente hasta que ya no cabe nadie más, y entonces los pasajeros se agarran de los asideros exteriores y apoyados donde cada quien bien puede, van adelantando camino hacia sus destinos en espera de que alguien descienda y poder acomodarse mejor. En el interior, el espacio está pensado para cargar el máximo de pasajeros, quienes se esfuerzan por encontrar un asiento libre. Los que van de pie se aferran a los tubos del techo evitando caer al primer frenazo, y a veces algún caba-

llero espabilado intenta jugar a rozar piel con la dama de al lado aprovechando la falta de equilibrio y de espacio. Pero los más siguen atentos cada parada al primer lugar que se libere para poder sentarse, indiferentes al vendedor que molesta a todo el mundo ofreciendo golosinas, aunque tenga que pedir permiso cien veces.

La sobrecarga no es ningún obstáculo para los choferes de las peseras, invaden todos los carriles de las calzadas, se adelantan unas a otras a toda velocidad y no existe ningún código de circulación ni ley ni policía que no se arregle con una pequeña *mordida,* la base de la corrupción en México.

Para ser chofer de pesera hay que ser un tipo rudo y poder hacer frente a cualquier imprevisto. Desde los pasajeros que se cansan de ser transportados como ganado y reclaman con sonora mentada de madre o los otros conductores que se ven a menudo embestidos por los ataúdes con ruedas, como los llaman algunos, hasta los polis corruptos que cada día piden más dinero, pasando por que no hagan la parada y suban tres chavos chemos con cuchillo y pistola a llevarse el pasaje, o sean cabrones y se pongan a violar a alguna chava y violentos con todos. Nunca sabes cuándo una ruta es buena o mala, pero ya de primeras muchas están marcadas, así que a veces también conviene que el chofer se compadree con los asaltantes, les señale los lugares más tranquilos para el asalto y se repartan el dinero de la gente, pues hay que ayudar a la familia en estos tiempos de crisis. Incluso hubo un refugiado vasco que se ganó la vida trabajando de chofer de peseras haciendo una ruta del centro de la ciudad, hasta que fue la policía mexicana a detenerlo para expulsarlo a Madrid y consiguió salir por patas en el último momento gracias a un aviso a tiempo. Hay que aguantar hasta doce horas conduciendo un trasto de esos entre la

circulación que no se agota, en un ambiente de los más contaminados del mundo, soportando un estrés que vuelve loco a cualquiera y con todos los peligros de esta urbe de humo.

Ipar pensaba en los refugiados y las refugiadas que por años habían vivido en México DF y no entendía cómo podían soportarlo viniendo de un país donde la ciudad más grande apenas llega a ser un barrio del Distrito Federal. ¿Cómo harían cuando sintiesen la necesidad de caminar en un bosque, pisar un poco de hierba o respirar el aire del otoño en Irati?

Las mayores posibilidades de conseguir trabajo obligaron a muchos y muchas a amoldarse en la ciudad; otros simplemente se sentían urbanos y la provincia les aburría con sus aires de dignidad y sus poses católicas. Pero la monstruosidad de la gran ciudad también les imponía sus tiempos y sus distancias, haciendo que sus vidas se limitaran a un vivir para trabajar y para llegar al trabajo, reduciendo las relaciones sociales a los fines de semana, cuando en una u otra casa o en el Txoko del Centro Vasco se recobraban las maneras vascas y las comidas o las cenas se alargaban horas y horas hablando y discutiendo en voz alta las noticias de casa. Los vascos tenemos la gran virtud para nosotros mismos de ser capaces de permanecer largas horas en una mesa discutiendo sobre lo nuestro. Pero también el enorme defecto de poder hacer lo mismo y aburrir hasta el cansancio a nuestros invitados no vascos.

Discusiones que elevan el tono más allá de lo que cualquiera que no nos conozca pueda pensar, creyendo encontrarse ante enemigos mortales que en cualquier momento saltarán al cuello de su adversario para destrozarlo por sus opiniones diferentes. Pero nunca llega el agua al río y la bronca pierde calor a medida que se cambia de tema, en una esquizofrenia colectiva capaz de pasar del estado de guerra a otro de com-

plicidad y camaradería en pocos minutos, algo impensable para quien no haya tenido relación directa con refugiados vascos durante un tiempo y haya conocido estos cambios en los estados de ánimo que acompañan a todo exiliado.

La vida en México DF puede compararse con la cocina mexicana. La variedad de personajes, tipos, e incluso razas de esta sociedad están reflejados en la riqueza de su gastronomía por la profusión de carnes, pescados, mariscos, verduras, frutas y cactus que se emplean, aderezados de cien formas, según la región o el Estado donde fueron inventados. El maíz está presente en cada uno de sus platos sea como materia base de algún preparado como en tortillas, el pan mayoritario de los pueblos de México desde mucho antes de que los europeos pudiesen siquiera imaginar que existían otras tierras más allá de las costas del Océano.

Los indígenas de México son los hombres del maíz por la suma importancia que esta planta ha cumplido en sus propias culturas durante milenios. Con las debidas diferencias según sean de una etnia u otra, los indios de México siempre han tenido un lugar en sus celebraciones para el maíz, festejando su recolecta, agradeciendo a los dioses el regalo que les hicieron al crear la planta y ofreciéndosela como gesto de la voluntad de los pueblos de vivir en armonía con la naturaleza. Hoy en día, a pesar de la desculturización impuesta durante siglos por la Iglesia católica y los sucesivos gobiernos mexicanos, el culto a la planta y al fruto sagrados sigue presente, y en numerosas iglesias no es difícil ver las ofrendas que los indígenas hacen a los viejos y nuevos dioses en su forma de organizar el universo mediante el sincretismo, donde el maíz nunca deja de estar presente.

Los habitantes del Distrito Federal son mayoritariamente mestizos, mezcla de pueblos indígenas con los conquistadores lle-

gados de Europa en el siglo XVI. Ellos constituyen la mayoría de una sociedad mexicana que explota un indigenismo oficial como política de Estado, pero donde los pueblos indígenas no tienen lugar. Se crea una conciencia nacional que exalta las grandezas del pasado indio, se llora con lágrimas de cocodrilo la pérdida de las sociedades y culturas antiguas y se utilizan los símbolos de entonces como referentes de la diferencia mexicana, pero se margina a los indígenas como algo inútil para entrar en la modernidad de este milenio. Sólo en los discursos vacíos de los dirigentes políticos, corruptos y ligados en muchas ocasiones a las mafias del narcotráfico, los indios tienen lugar, pues la realidad es otra. Olvidados en sus comunidades retiradas en las sierras y costas, sin planes de desarrollo para sus pueblos, con altos índices de analfabetismo, desnutrición y enfermedades, los indígenas mexicanos ni siquiera son tenidos en cuenta para las grandes decisiones políticas o económicas que destruyen sus hábitats de bosques y selvas, arrasan sus culturas y obligan a sus jóvenes a emigrar a EEUU o a México DF. Los dueños originarios de este país son los convidados de piedra a la fiesta del nuevo milenio, que impone políticas neoliberales y acuerdos ventajosos en espacios económicos supranacionales únicamente para una minoría de pudientes. Mientras, olvidadas y despreciadas, las culturas y lenguas indígenas van muriendo y son escasas las voces dignas que salen en su defensa. En el Distrito Federal, las más de sesenta etnias indígenas del país están representadas por los jóvenes forzados a emigrar de la miseria en sus comunidades. Aquí son mendigos que invaden calles, calzadas o estaciones del Metro, suplicando una limosna u ofreciendo sus servicios de lavacoches o cargadores durante horas y horas por unas pocas monedas. Son también la escala más baja de la policía, dejando la piel demasiadas veces defendiendo el dinero de los demás en los asaltos a los bancos que protegen, pero donde casi nunca tienen dinero propio que de-

positar. O son víctimas de las mafias de policías judiciales que los emplean como prostitutos y prostitutas, o como burros en el transporte de droga y mercancías robadas, haciéndolos víctimas de crueles tratos y denuncias para poder ellos pasar más desapercibidos en sus transas. Al fin y al cabo, la vida de un indígena mexicano no vale gran cosa en esta sociedad y con demasiada facilidad se les considera prescindibles. Las cárceles están llenas de indios que ni siquiera saben por qué fueron condenados a largas penas de prisión por serles extraña la lengua en la que fueron juzgados.

Los mestizos de México están a caballo entre sus hermanos indígenas y la clase dirigente blanca. Se creen superiores a los primeros pues piensan que de esta manera pueden acercarse más a los segundos, mientras aspiran a ser aceptados en la élite. El color de piel pesa a la hora de conseguir un trabajo o que un patrón confíe en un mestizo. Cuanto más oscuro sea el color de su piel, el mestizo mexicano encontrará mayores dificultades para progresar en la vida. Aunque la mayor parte de este país sea mestiza, ellos mismos diferencian a su propia gente según el color de piel. No es extraño que una madre desaconseje o niegue rotundamente a su hija la posibilidad de contraer matrimonio con alguien de piel más oscura, identificando la pigmentación de la piel con una especie de certificado de calidad de las personas.

Los mestizos constituyen la mayoría de los estratos pobres de la sociedad de México. Son los obreros de las fábricas donde la higiene y seguridad de los operarios se sacrifican en los presupuestos en beneficio de las ganancias patronales. Obligados a trabajar horas extras hasta el hastío para poder incrementar un sueldo miserable que no alcanza para alimentar y vestir a la familia. Emigrantes ilegales al sueño dorado del Norte, son engañados por polleros sin escrúpulos que les cobran una lana

por ponerlos en los USA o les roban su dinero y los abandonan a su suerte en los desiertos de California y Sonora. Y el afortunado que alcanza el otro lado todavía deberá sortear los balazos de los ganaderos racistas de Arizona y los controles y maneras rudas de las patrullas de la Migra para encontrar un trabajo de mano de obra tan barata que ningún gringo quiere hacerlo. Son los miles de comerciantes ambulantes que atestan las calles y metros vendiendo la fayuca, mercancía de contrabando made in China o Taiwan o robada por las grandes mafias en aduanas y a transportistas y que encuentra en la calle su mercado privilegiado exento de impuestos. Los puestos ambulantes inundan la ciudad de México y cualquier otra de la República con sus trastes tantas veces inservibles, y aunque ello se haya convertido ya en un aspecto más de la economía mexicana, la microeconomía, los ambulantes también deben hacer frente a los delegados municipales que los extorsionan y roban su mercancía cuando no se prestan a pagar una cuota por uso de suelo.

Los mestizos viven en los barrios populares de las ciudades. Los pocos que han logrado prosperar tienen acceso a viviendas en los barrios de clase media. Pero la gran mayoría se hacina en los barrios que han crecido a medida que los emigrantes llegaban a la ciudad, ocupando predios que en otro tiempo pudieron ser considerados zonas ecológicas. Sin agua potable, sin servicio de electricidad, sin caminos asfaltados, demasiadas veces estas colonias no han sido mejoradas más que por la acción conjunta y solidaria de sus propios habitantes, olvidados por las autoridades salvo en tiempos electorales, cuando aparecen los candidatos armados de su sonrisa y de promesas y regalitos a cambio de vender su voto al diablo. La situación en las colonias populares ha hecho crecer el sentimiento de pertenencia al barrio, creando una mística de grupo que se ha

desviado con el tiempo muchas veces hacia formas de delincuencia organizada, creándose bandas que se identifican con el nombre de su colonia. Manejan droga, armas, pornografía, y todo lo que el dinero pueda comprar. Pero casi nadie está tan loco como para ponerse a robar en su propio barrio, las reglas de conducta son firmes y ¡ay! de aquel que se atreviera. No importa si alguien vive del robo, lo que cuenta es no hacerlo a sus vecinos y, en cualquier caso, el ratero recibirá el apoyo de su barrio ante la aparición de la policía en su busca, siempre que haya sido respetuoso con las reglas establecidas.

Los güeros mexicanos son la clase dirigente, la clase pudiente que se ha ido conformando paralelamente al desarrollo del Estado mexicano. La mayoría son banqueros, empresarios, profesionistas, mafiosos, políticos, hacendados, narcotraficantes, intelectuales, propietarios, terratenientes... El Primer Mundo de México. En su poder está el control de todos los aspectos de la vida política, económica y cultural del país, organizándola según su conveniencia y negando a los demás cualquier posibilidad de participación. Su mitología es únicamente la que hace referencia al pasado español y criollo y al catolicismo, aunque de manera creciente sus hábitos culturales se han ido transformando y el *American way of live* los guíe a la hora de sus preferencias. Incluso hablan de manera diferente a sus compatriotas. Desprecian tanto las lenguas de los indígenas como el español mexicano del mestizo. Ellos y ellas hablan fresa, una jerga burguesa que consiste en hablar como si se estuviera comiendo siempre chicle, arrastrando las palabras y los tonos en voz demasiado alta para que cualquiera pueda distinguirlos de la masa. Además, ¿qué se puede hablar con un naco, con un pobre, sobre el último modelo de carro que me regaló papá, el viaje que mi padrino me paga cada año para hacer un máster en Nueva York o las recientes vacaciones pasadas

en un hotel cinco estrellas de Cancún con toda la parafernalia necesaria para pasear en lanchas rápidas, esquiar sobre las olas, elevarse en paracaídas sobre la bahía, y acudir en las noches templadas a las discotecas de moda a lucir modelitos de lujo? Los pudientes mexicanos son pocos en relación a la población del país, pero su poder adquisitivo es tan alto, su derroche de medios es tan impúdico que en pocos países del mundo los ricos son tan ricos, en pocos lugares se produce tal desigualdad de recursos entre sectores de la población como aquí.

En la ciudad de México, cual túnel del tiempo que nos transportara de una época a otra, de un mundo a otro, basta caminar unas pocas manzanas para pasar de la ciudad más moderna con sus rascacielos imponentes, sus comercios y restaurantes de lujo, los carros de importación, los paseantes engalanados de los más recientes modelos exclusivos de París, Londres y New York y sus correspondientes guaruras armados de pistolas de gran calibre y teléfonos celulares, en un *arcoiris* de exhibicionismo que dejaría pálidos a los pijos de cualquier ciudad europea, a la ciudad de todas las pobrezas, edificios de fachadas desconchadas y mugrosas, muchas veces rajadas por el efecto de los sismos que padece esta ciudad de extremos, calles llenas de personajes siniestros que hacen como que esperan pero nada más esperan el paso del tiempo, y que algún cristiano despistado pase por ahí y hacerle los bolsillos, comercios que tienen de todo y de nada en el desorden más completo donde chismorrean los ancianos, aceras altas pensadas para contener las riadas en tiempos de lluvias que se ven inutilizadas por la gran cantidad de basura que acumulan, fruto de la lógica alimenticia que la globalización impone y nos condena a consumir los producto-basura, que a su vez producen más basura por los materiales empleados en los envoltorios y que casi siempre acaban en el suelo por la inexistencia de papeleras en las calles.

Ciudad de todas las pobrezas donde las sonrisas de los niños y las niñas de ojos grandes saliendo de las escuelas con sus uniformes verdes, azules, cafés y rojos ponen luz al color de una contaminación que oscurece las fachadas, inunda de plomo los pulmones de los recién nacidos y acorta la vida de todos los habitantes de la megalópolis. Vecindades de muchas familias donde todo el mundo sabe todo de su prójimo, donde los secretos sólo se guardan un momento, llenas del olor a comida y a la ropa tendida en sus balconadas, de la humedad que el sol no seca al no poder entrar por las angostas rendijas que son las ventanas. Barrios de tianguis los sábados por la mañana, mercados que ya se hacían en la época prehispánica, aunque el trueque tradicional de productos se haya transformado en otro más mercantilista de precio y dinero. Hombres y mujeres de todas las edades que se toman el placer de almorzar con sus familias en los puestos de comida tradicional, el olor a tortillas recién hechas, los nopales en vinagreta, las quesadillas de hongos, de queso Oaxaca, de papa, de flor de calabaza, los huaraches, el pan bazo, el consomé aderezado con cebolla y cilantro, los tacos de carnitas con cebollitas asadas, la barbacoa de carnero, y mucho chile... Sabores y olores de México en cualquier barrio popular un sábado por la mañana antes de hacer las compras.

Los puestos de frutas y verduras parecen exposiciones magistrales de la naturaleza. La variedad de formas, olores y colores es impresionante hasta el punto que las compañías de turismo utilizan esta imagen de México como reclamo para espíritus ansiosos de sabores diferentes. Aquí la gente supo aprovechar desde tiempos antiguos todo lo que la naturaleza ofrecía, comiendo las hojas tiernas del nopal y las frutas de los cactus, haciendo telas con sus fibras, sacándole provecho a un clima propicio para hacer crecer los frutos hasta proporciones

exageradas. Las sandías, las naranjas, los plátanos, los melones, los mangos que trajeron diversos viajantes en alguna época se unieron sin conflicto a los cocos, el cacao, las guayabas, las pitayas, las tunas y otros muchos manjares de este mundo y se hicieron enormes, poniendo en ridículo a sus orígenes europeos o asiáticos.

Ciudad de contradicciones, donde decenas de miles de árboles luchan a diario contra la contaminación ofreciendo oxígeno a las gentes y refugio a los delicados colibríes, símbolos del poder de la naturaleza por su extrema fragilidad que ha sabido sobrevivir al smog asesino. Pocas ciudades grandes del mundo podrían enorgullecerse tanto como México DF de la variedad de especies de árboles que adornan sus calles. Eucaliptos despellejados, acacias de pinchos de acero, ahuehuetes que después de doscientos años ya casi alcanzan el cielo, jacarandas tempraneras florecidas de morado antes de sacar las hojas, liquidámbares triangulares, pirules olorosos, sin fruto pero refugio de millones de insectos, patoles de semilla venenosa y plumas rojas, tabachines de flores naranja y machetes torcidos, bugambilias multicolores...

Cuentan que en Tenóchtitlan, como la llamaban sus habitantes mexicas antes de la conquista española, existían gran variedad de pájaros. Los conquistadores trajeron en sus barcos gorriones europeos, una especie muy territorialista que acabó expulsando de esta ciudad a las demás aves en la lucha por el alimento. Ahora los gorriones, junto con las palomas, se encuentran en cualquier lado, y, aparte de los colibríes, sólo las coquitas de torpe caminar, malos presagios y alas anaranjadas y ruidosas representan al mundo antiguo entre los pájaros de la capital mexicana.

– ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¡Mira que pensé en la posibilidad de que te mandaran a ti! ¡De veras! ¡Vaya alegrón que me das! ¿Qué tal estás?

Koldo me estaba abrazando y yo a él. Su cabello estaba más blanco que la última vez que nos vimos en Iparralde hacía 12 años. Pero su sonrisa seguía igual y tampoco había cambiado mucho físicamente. Se notaba enseguida que el exilio en México no había podido con su carácter positivo. Vestía tal como lo recordaba, con una camiseta blanca con un dibujo reivindicativo, unos pantalones vaqueros desgastados y zapatillas deportivas. Los años pasados en México no habían variado sus gustos por la ropa cómoda.

– ¡Seguro que tú ya sabías que ibas a verme y yo a ti no! Mira que eres. ¡No has cambiado mucho, te ves como un chaval!

– ¡Tú tampoco has cambiado mucho, nada más las plumas que te han mudado de color! Creo que eras moreno la última vez que te vi en casa de Alberto. Y qué, ¿cómo te trata este país?

– Ni de qué quejarme. Salí corriendo de Iparralde en mala época y estos años al menos los he podido vivir tranquilo aquí.

– Tranquilo, tranquilo… bueno. Parece que ahora al gobierno mexicano le ha dado por hacerse amigo de Madrid.

Con la llegada del priísta Ernesto Zedillo en diciembre de 1994 a la Presidencia de México la política del ejecutivo azteca hacia la Comunidad de Refugiados Políticos Vascos cambia de rumbo. Si bien siempre existió una cierta presión de las autoridades mexicanas hacia la Comunidad, en ese momento el gobierno mexicano se alía completamente con la visión estrictamente represiva de Madrid. Solamente durante los dos primeros años del mandato de Zedillo 14 refugiados y refugiadas políticas vas-

cas son detenidas por la policía mexicana e inmediatamente expulsadas del país por vía de urgencia absoluta con la excusa de hallarse en situación irregular y entregadas a la policía española en Madrid, donde la gran mayoría denuncian haber sido objeto de malos tratos y torturas en las dependencias policiales españolas. Casi todos son encarceladas tras su paso por la Audiencia Nacional.

Por su parte, las refugiadas y las refugiados políticos vascos que se encuentran en una situación administrativa legal, algunos incluso con nacionalidad mexicana, son asimismo sometidos a una estrecha vigilancia y acoso por parte de la policía mexicana que deja en claro la alineación y complicidad de las autoridades de México con las estrategias antiterroristas españolas, quedando demostrada la falsedad de los argumentos que se esgrimen oficialmente por parte del gobierno mexicano de la falta de documentos legales de residencia para proceder a la expulsión de los y las represaliadas vascas.

– ¿Qué tal la moza y la nena?

– Bien, creo. Hace ya seis años que viven en Bergara y vienen un mes en verano. Les llamo por teléfono todo lo que puedo, pero ya estoy harto. Hodei tiene diez años y cada vez se hace más duro separarse a finales de agosto. Antes, que era una niña, me dolía, pero ahora ya tienes muchas más cosas en común y se hace jodido. Hace tres años montó un circo en el aeropuerto que no sabía ni dónde meterme. Imagínate a Hodei llorando y gritando con todas sus fuerzas y Mertxe y yo intentando calmarla. Los pasajeros mirándonos que no entendían nada, y los policías acercándose quién sabe para qué. Igual se imaginaron que la estábamos secuestrando. Y la cría llora y llora que quería que su padre fuera a Bergara con ellas. No sé

cómo hizo Mertxe para convencerla al final de que eso no era posible. El no tener un padre normal les está jodiendo la vida a los hijos.

– ¿Y Mertxe?

– Anda bien, ahora trabaja con un hermano suyo en una tienda de ropa. Al menos ya no está limpiando casas como antes y tiene más tiempo para estar con Hodei. Si te refieres a nosotros dos, te cuento que cada quien hace su vida. Tan lejos como estamos y los últimos años juntos nos enseñaron a ser amigos, padres de Hodei y a poco más. Creo que tiene por allí un medio novio, pero no me atrevo a preguntárselo, y a los chismes de las visitas del pueblo no quiero hacerles mucho caso. Aun así, se puede decir que tuvimos suerte y a pesar de que los mexicanos la expulsaron hace nueve años, después no le han puesto pegas para entrar al país.

Siendo Presidente Miguel De La Madrid, a mediados de los años ochenta, fue detenido en el aeropuerto de México un refugiado político vasco con documentación falsa. Antes de ser devuelto a Paris, de donde procedía, fue brutalmente golpeado por los agentes mexicanos y a su llegada al Estado francés nuevamente detenido y encarcelado. Este hecho puso en marcha una campaña de presión de la policía mexicana sobre la Comunidad de Refugiados Políticos vascos que consistió en controles en los mismos domicilios y lugares de trabajo de los y las represaliadas.

Eran sometidos a interminables interrogatorios, aunque en esos momentos no se produjeron casos de malos tratos, sino que se realizaban de manera "amistosa". Se les preguntaba sobre sus familiares, los domicilios de estos en Euskal Herria, sobre sus amistades en México, si se relacionaban con alguien

de la iglesia en este país, con políticos, con intelectuales, dónde vivían otros vascos, refugiados o residentes, dónde trabajaban, con quién se relacionaban…

La policía mexicana les exigía a los refugiados todos sus documentos y mientras continuaba el interrogatorio uno de los policías salía a la calle a hacerles copias. Al menos eso era lo que decían, pues nunca se ha sabido de manera certera donde iba a parar toda esa información. Los funcionarios se presentaban siempre como agentes especiales, cercanos a la Presidencia de la República, miembros de los Servicios de Inteligencia del Estado. Conociendo de sobra los niveles de corrupción existentes entre los estamentos policiales mexicanos, donde por una "buena lana" todo se compra y se vende, es casi seguro que ya desde esa época la información llegara a manos de la policía española de manera oficial o extraoficial, pues en México muchas cosas dependen simplemente de "saber aflojar el billete".

– ¿Y por qué la expulsaron? Ella no era refugiada.

– Venían a casa y al trabajo cuando les daba la gana, y te sacaban fotos donde querían. Justo por negarse en casa a que le sacaran una foto expulsaron a Mertxe. A los polis les sentó mal cómo se defendió y en venganza le pidieron los papeles, seguramente sabiendo de antemano que los tenía caducados pues en ese tiempo no tenía trabajo en el pueblo y se pasaba temporadas largas en México con la nena. Le citaron para el día siguiente en Migración del DF, y ahí le dieron una carta de expulsión que debía cumplir en tres días. Fue una bronca para todos. Hodei tenía que ir al pediatra por un problema respiratorio que todavía arrastra, y yo estaba trabajando con los gallegos desde hacía una semana y ya tenía que pedirles un día para acompañarlas al DF al aeropuerto. No sé cómo no me

despidieron con lo rácanos que son. Debió ser la cara de mala leche que tuve durante un mes.

Durante la Presidencia de Zedillo no hay duda alguna de que la información recolectada por las fuerzas policiales mexicanas iba directamente a la policía española. Tras la firma del Tratado de Libre Comercio entre México y la Unión Europea, el Estado español hizo valer su posición dentro de la Comunidad para marcar los ritmos y los tiempos de aplicación de ciertos artículos importantes para México y con ello se presionó para obligar al país azteca a que actuara contra la Comunidad de Refugiados Políticos Vascos.

Además, una de las principales antenas del antiguo CESID, actual CNI, siempre se ha ubicado en América Latina para defender los innumerables intereses económicos y geopolíticos españoles existentes en este continente. Por supuesto, entre esas funciones siempre ha estado ahí la información sobre los y las refugiadas políticas vascas.

Labores de los servicios de inteligencia españoles en América Latina que se camuflan muchas veces como ayudas técnicas o humanitarias. En los años ochenta y principios de los noventa todo Centro América estaba llena de guardias civiles, quienes en principio estaban destacados para ayudar a consolidar los procesos de paz desde las firmas de los diversos acuerdos en esos países tras las guerras que sufrieron. Pero cabe preguntarse, ¿cuándo se ha visto a la Guardia Civil consolidando paces? Y su número ha sido muy importante, donde en Guatemala, sólo por poner un caso, era común verlos pasear en cualquier calle céntrica de la capital con uniforme y tricornio.

Otra de las funciones de estos servicios de inteligencia españoles siempre ha sido montar redes de apoyo entre la numerosa

colonia española en América Latina. Es un terreno abonado gracias a que la emigración española en tierras latinoamericanas no se destaca precisamente por su ideología progresista y son muchas veces un soporte importante de todos los movimientos conservadores y reaccionarios en la región, además de ser también una importante bolsa de votos del PP español.

Siendo Ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja viajó repetidamente a América Latina, y especialmente a México. Al parecer, entre los objetivos de sus viajes se encontraban estos dos: por un lado, explicar a los gobiernos y sociedades de estos países su discurso antiterrorista, negando las motivaciones políticas del conflicto en Euskal Herria; y, por otro, implicar a las diferentes colonias en esas políticas.

Ha sido casi una obsesión el mantener un férreo control sobre las diásporas vascas en América, y no sólo sobre los y las refugiadas políticas sino sobre todo lo que les huela a vasco, abertzale y demócrata, convirtiendo en numerosas ocasiones también a los emigrantes vascos en sospechosos de colaborar con "el terrorismo", a menos, claro está, que demuestren lo contrario. Y esta presión se ha ejercido incluso sobre organizaciones de índole empresarial cercanas al PNV en México, a quienes se presionó de manera escandalosa para que tomaran posiciones políticas determinadas por esa estrategia y muy alejadas de sus funciones y objetivos originales de ámbito económico.

La estrategia era sacar o al menos limitar la presencia de los refugiados políticos vascos en todo el continente. Con el tiempo la estrategia fue variando, pero el objetivo siempre ha sido el mismo. Se expulsó o extraditó a refugiados desde Nicaragua, desde Uruguay, desde Venezuela, desde EEUU, desde México. Se practicó la guerra sucia en Venezuela, en México, en EEUU.

Se torturó en Ecuador y se hizo de la República Dominicana una cárcel al servicio del Estado español. Se detuvo en Costa Rica… No se trata de ninguna manera de capítulos sueltos y aislados, sino de la implementación de una estrategia represiva dirigida desde Madrid. En la misma medida que el conflicto se agudizaba en el Estado español, la represión fue en aumento y para ello se buscó (y desgraciadamente se consiguió) la complicidad de otros gobiernos saltando también al continente americano.

Con Zedillo como Presidente de México, pero también después con Vicente Fox del PAN, con Calderón del PAN, con Peña Nieto del PRI, toda la información de la que disponía la policía mexicana sobre la Comunidad de Refugiados Políticos Vascos se desempolvó y se le sumaron los nuevos datos existentes a la que también se añadió la información propia de la policía española. Incluso en varios operativos para detener a refugiados se notó la presencia de elementos que enseguida se sospechó no eran mexicanos, dándose por más que probable la participación de policías españoles e irrespetándose así de manera grosera la propia soberanía de México.

De ahí la imperiosa necesidad del Estado mexicano de encontrar una excusa para justificar su actuar. En un intento de lavarse la cara, no verse implicado de manera directa en la política represiva de Madrid y evitar que a nivel interno surgieran voces que cuestionaran su proceder y lo acusaran de supeditar la soberanía nacional a los intereses de un gobierno extranjero. La falsa excusa fue entonces la falta de papeles migratorios en regla.

La estrategia también tuvo su lado propagandístico. El Estado español era consciente que la Comunidad de Refugiados Políticos Vascos en México la constituían en su inmensa mayoría

personas que habían llegado al país a rehacer sus vidas rotas por la represión y el conflicto político en Euskal Herria. Su expulsión y entrega a Madrid no suponía en lo operativo sino un incremento en el número de presos en sus cárceles ya repletas de militantes vascos y en el número de familias vascas con uno de los suyos en esas cárceles.

Se convertía a México en una especie de pecera donde el Estado español atrapaba a sus presas a conveniencia del momento o del contexto represivo. Los refugiados políticos vascos en México, que simplemente hacían una vida pública, siempre estaban a mano para cuando quisiera o para cuando necesitaba tapar un fracaso en su estrategia. Bastaba detener y expulsar a cuatro refugiados en México para vender a la sociedad española una gran victoria antiterrorista.

En América Latina todo lo que haya olido a vasco, abertzale y demócrata, que apostara por apoyar otras vías que las exclusivamente defendidas por Madrid, se convirtió en sospechoso de apoyar a ETA. La estrategia del Estado español buscaba cerrar todas las puertas en los países latinoamericanos para el establecimiento y refugio de los refugiados políticos vascos, pero también a cualquier persona, grupo o movimiento que no concordara con la estrategia represiva de Madrid y negadora del carácter político del conflicto en Euskal Herria y en muchas ocasiones esto se logró mediante el pago a medios de comunicación y periodistas mercenarios para que difundieran la óptica del Estado español.

Concretamente en México donde varios de los principales grupos mediáticos, como el caso de la Cadena ECO o de Televisa, tienen fuertes lazos políticos y económicos con los grupos editoriales y periodísticos de la derecha española, se lanzaron duras campañas de prensa donde se publicaban listas de refu-

giados y refugiadas residentes en el país. Junto a su fotografía, la dirección de sus domicilios y de sus trabajos, se les acusaba de innumerables hechos proporcionados sin duda por los servicios de inteligencia españoles.

Entre los periodistas de estos medios destacó por méritos propios Alberto Peláez, de la Cadena ECO, quien le hizo eco al ministro del interior español de turno, y aportó también numerosas noticias falsas de su propia cosecha con el objetivo de atacar sin cuartel a la Comunidad de Refugiados Políticos Vascos en México con unas maneras que muchas veces ya parecía haberse convertido en una obsesión de este personaje o que la paga fuera realmente buena.

A estas campañas también se sumaron de buen grado los diarios de nota roja que se publican en México DF y son también propiedad de los grandes grupos de prensa. Y por supuesto aportaron a esta campaña su nulo gusto editorial, su sensacionalismo y escasa credibilidad en su oficio periodístico y que sigue tantas veces aún ligado a la corrupción policial y al desempeño mafioso que existe demasiadas veces entre numerosos miembros de la judicatura del país azteca.

Para el refugiado o la refugiada estas campañas suponían una desestabilización muy fuerte en sus ya precarias realidades sometidas a tantas presiones. En sus vidas discretas, de casa al trabajo, del trabajo a casa, de repente se les colocaba en evidencia ante sus vecinos, sus amistades, sus compañeros de trabajo, sus empleadores. Y los empresarios que aún seguían contratándolos tampoco se libraron de estas presiones y campañas y se llegó a acusar en la prensa a algunos de ellos de lavar dinero proveniente del impuesto revolucionario que ETA cobraba en Euskal Herria.

Se quería desestabilizar la vida de los refugiados y refugiadas y de todos aquellos que los apoyaran de alguna manera, creando un cerco sanitario para que fueran vistos como apestados, como asesinos sin razón. Después de lograrlo es mucho más sencillo aplicar cualquier tipo de medida represiva en su contra. Con una opinión pública desinformada y alejada del problema, que es moldeada a favor de los intereses de los dos gobiernos, el que compra conciencias, en este caso el español, y el que vende su conciencia y hasta su soberanía, como el mexicano de esta época.

No es extraño que en este contexto las maneras utilizadas por la policía mexicana a la hora de detener a los refugiados y refugiadas no fueran muy exquisitas. En varios casos los policías se mostraron algo "rudos" durante las detenciones, golpeando al detenido para introducirlo en un vehículo policial siempre camuflado sin ningún distintivo oficial, derribando las puertas de los domicilios en varias ocasiones y expulsándolos a Madrid "ipso facto" sin ninguna posibilidad de defensa o de interponer un recurso de amparo en contra de la expulsión administrativa, sin siquiera poder comunicar de su situación a un familiar o abogado.

En la labor de persecución el cuerpo policial más activo fue la Policía Federal Preventiva, creada en 1999 por Ernesto Zedillo como último invento para mantener el statu quo en el país a base de "palo y más palo". Para su constitución se fusionó a la Federal de Caminos, en aquel entonces el cuerpo policial con fama de ser el menos corrupto del país, con la Policía Fiscal, y se integró como tropa numeroso personal proveniente de la Armada de México. Al menos eso se dijo oficialmente en un principio, pues diversas investigaciones periodísticas y varias denuncias de la oposición de izquierdas dejaron al descubierto

que los mandos superiores de la PFP provenían del CISEM, los servicios secretos mexicanos, y que en su formación e instrucción habían participado activamente entre otros, funcionarios españoles y franceses.

La PFP se convertía en una policía integral que asumía todas las competencias del resto de cuerpos policiales sin que ello conllevara la disolución de los mismos, sino que se convertía en una policía paralela dirigida exclusivamente desde la Presidencia de la República y con todas las competencias: Desde cuidar carreteras, puertos y aeropuertos hasta perseguir narcotraficantes y grandes delincuentes, controlar y combatir a los grupos guerrilleros existentes en varias zonas del país o detener inmigrantes indocumentados en toda la República Mexicana. Incluso se llegó a camuflar como policía "ecológica" para agredir y hostigar a las bases del EZLN en Montes Azules, Chiapas, con la excusa de combatir una serie de incendios provocados en esa reserva natural. Por supuesto la PFP enseguida se hizo cargo de todos los asuntos relacionados con los refugiados políticos vascos. A ella se le atribuyen la mayoría de las detenciones y expulsiones y también los seguimientos y controles a los que se sometió a esta Comunidad.

El hecho de estar en regla en materia migratoria tampoco ha sido una garantía para librarse de ser objeto de medidas represivas. El conjunto de refugiados y refugiadas ha sido siempre muy consciente de que la situación podía cambiar en cualquier momento dependiendo del contexto político y los acuerdos a los que llegaran los dos gobiernos. Lo mismo que te los dan te los quitan, se decía refiriéndose a los documentos migratorios, y si en un momento les interesa poner a todos y todas de un golpe en un avión rumbo a Madrid es una posibilidad real. Todo depende de la coyuntura, de lo que Madrid apriete u ofrezca.

A nivel judicial, el Estado español solicitó en varias ocasiones la extradición de refugiados políticos vascos. En dos ocasiones, las de Esteban Murillo y Andoni Zelaya, se llegó a la detención y encarcelamiento de los refugiados y se celebraron los respectivos procesos que, en ambos casos, se basaron en el Tratado de Extradición firmado por ambos gobiernos en 1980. En estos dos procesos los jueces rechazaron conceder las demandas españolas argumentando que en los delitos que se les imputaban a los refugiados existían connotaciones de índole política, lo que contravenía la legislación mexicana al respecto. Para evitar este tipo de decisiones judiciales, Madrid y México firman en 1995 un nuevo protocolo que modifica el Tratado de Extradición de 1980.

El primero en sufrir esta modificación será el donostiarra Oskar Cadenas, extraditado a Madrid el 18 de febrero de 2000, después de sufrir todo un calvario desde su detención en la ciudad de Toluca el 8 de diciembre de 1996.

Ese día Oskar salió a pasear con su pequeña hija nacida en México y con madre también mexicana, como acostumbraba hacer todos los días. Sus papeles migratorios estaban en regla y le gustaba caminar empujando el carrito donde llevaba a su hija de pocos meses cada vez que su trabajo se lo permitía. Pero ese día quedará grabado en su memoria para siempre.

No habían caminado sino unos pasos desde la entrada a su vivienda cuando varios individuos, seguramente miembros de la Policía Federal Preventiva, se abalanzaron sobre él y, a la fuerza y de muy malas maneras, lo introdujeron en un vehículo sin ningún distintivo oficial, sin siquiera hacer caso de sus gritos de angustia al ver abandonada a su hijita en plena calle.

Por suerte, un vecino reconoció a ambos y se aprestó enseguida en devolver a la niña con su madre. Mientras, Oskar era

rápidamente trasladado a la prisión de alta seguridad de Almoloya de Juárez, distante unos 25 kilómetros de Toluca, donde se le comunicó la demanda de extradición en su contra emitida por el Reino de España.

El Centro Federal de Readaptación Social de Almoloya de Juárez, con capacidad para 724 prisioneros, es aún hoy la cárcel de mayor seguridad de México y una de las más temibles. Muy distante de cualquier centro poblado, se empleó en su construcción toda la tecnología en materia de seguridad existente en la época tanto en su interior como en los exteriores. Las celdas individuales tienen circuito cerrado de video y audio que es controlado constantemente desde monitores día y noche. Los efectivos de guardias y custodios son constantemente rotados para evitar que se compadreen con los reclusos. Las medidas de seguridad para las visitas son extremas.

Aquí el Estado mexicano ha encerrado a lo más "selecto" de la delincuencia del país, desde los grandes capos del narcotráfico como Joaquín Guzmán "El Chapo", del Cartel de Sinaloa, los hermanos Arellano Félix, del Cartel de Tijuana, Miguel Ángel Félix Gallardo "el Jefe de jefes" del Cartel de Guadalajara, a personajes como el que fuera todopoderoso Raúl Salinas de Gortari, el "hermano incómodo" del ex-Presidente Salinas de Gortari, a antiguos políticos corruptos venidos a menos como el antiguo Gobernador de Quintana Roo Mario Villanueva, o sicarios del mismo poder caídos en desgracia como Mario Aburto, asesino confeso del político y candidato presidencial Luis Donaldo Colosio, sacrificado por su mismo partido, el PRI.

Pero dicen que México es otro universo y todas las medidas de seguridad fueron incapaces de detectar e impedir la escandalosa fuga de Joaquín Guzmán "El Chapo" a través de un túnel de 1,5 kilómetros de longitud, dotado de luz y ventilación y

un raíl para una motocicleta en su interior. Nadie duda que la complicidad gubernamental en este caso hizo la diferencia.

En este ambiente extremo, Oskar Cadenas tuvo que sobrevivir hasta que tras un largo y accidentado proceso judicial no exento de injerencias de todo tipo por parte del gobierno español, fuera extraditado a Madrid. Aislado todo el tiempo durante los tres años que permaneció en esta cárcel, en contadas ocasiones pudo ver la luz del sol. Incluso hizo varias protestas porque le entorpecían las visitas, incluidas las de sus abogados. Tenía controladas todas las comunicaciones y solo veía a los funcionarios y en contadas ocasiones a algún otro preso. La decisión de encerrar a Oskar Cadenas en Almoloya de Juárez fue únicamente para producir dolor adicional a una situación ya dura de por sí, algo seguramente impuesto por las autoridades españolas.

En los dos casos de los refugiados que no fueron extraditados, las autoridades mexicanas los encerraron en reclusorios del Distrito Federal, las masificadas y caóticas cárceles para presos "normales". La entrada en ellas fue muy dura. Cuentan que nada más llegar los otros presos les robaron todo, dejándoles con lo puesto. Hasta que se hicieron un lugar entre aquella gente amontonada y sin esperanza, aunque con el tiempo los que han conocido ambas dicen que estas cárceles son más humanas que las francesas donde el preso está encerrado, solo o con otros, 22 horas al día.

Por supuesto siempre hay que andar al loro, pero el preso puede moverse por la cárcel todo el día, hacer deporte o visitar a las amistades tan especiales que ahí se hacen. En las visitas, tanto el preso como los visitantes comen y beben a su antojo, hasta el punto de agarrarse algunas cogorzas a veces. El reclusorio mexicano tiene mucho de la realidad que se vive en

las calles del país. Los vendedores ambulantes, los puestos de comida o bebida o cualquier mercancía, el alcohol y las drogas, las bandas, los líos de faldas, los mariachis, los polis corruptos, los que han caído en desgracia después de haber servido al sistema ciegamente, y toda la miseria de este país que algo mejor se merece.

– Oye, invítame a un trago. El viaje ha sido largo y tenemos que hablar.

– Órale, vamos a echarnos un tequila. Y platicamos de lo que te trae por aquí. Conozco una cantina que te va a gustar y el reencuentro lo vamos a celebrar como se debe, a la mexicana. ¿Y cuánto tiempo te quedas en México?

GORKA

Cuando apareció el Sol en el horizonte y cayó su luz sobre la montaña, estallaron los alaridos y gritos de guerra y se desplegaron las banderas, resonaron las grandes flautas, los tambores y las caracolas. Fue verdaderamente terrible cuando llegaron los quichés. Pero con gran rapidez bajaron a rodearlos los cakchiqueles, ocultándose para formar un círculo, y llegando al pie del cerro se acercaron a la orilla del río, aislando las casas del río, lo mismo que a los servidores de los reyes Tepepul e Iztayul que iban acompañando al dios. Enseguida fue el encuentro. El choque fue verdaderamente terrible. Resonaban los alaridos, los gritos de guerra, las flautas, el redoble de los tambores y las caracolas, mientras los guerreros ejecutaban sus actos de magia. Pronto fueron derrotados los quichés, dejaron de pelear y fueron dispersados, aniquilados y muertos los quichés. No era posible contar los muertos. Como resultado, fueron vencidos y hechos prisioneros y se rindieron los reyes Tepepul e Iztayul, y entregaron a su dios... todos los guerreros fueron aniquilados y ejecutados... Así contaban nuestros padres y abuelos ¡oh, hijos míos!

Memorial de Sololá

Escrito anónimo cakchiquel

Gorka llegó al trabajo ese día diez minutos antes de las ocho de la mañana. Todos los días llegaba a la misma hora a abrir la madererería y sólo una vez había llegado tarde pues no fue capaz de oír el despertador después de la borrachera de la noche anterior. Era la despedida de Juantxo, la víspera de su regreso a Iparralde tras vivir en Guanajuato doce años. El tequila se aceleró demasiado temprano y Gorka no había aún cenado, por lo que los enanitos se fueron rebelando a mucha velocidad en el cerebro. Acabaron cantando el Eusko gudariak en la mitad de Reforma frente a la embajada gringa después que los corrieron del último tugurio abierto en la Zona Rosa. Al pie de la columna del Angel, donde también está enterrado el navarro Xabier Mina como héroe de la independencia mexicana, Juantxo juró y perjuró mil veces que los que se quedaban en México ya no iban a estar tan lejos de Euskal Herria, que él se iba a encargar de enviar puntualmente toda la información que pillara por allá, y si hacía falta enfadarse con alguien, *pues me enfado; antes son los colegas de aquí, que hemos vivido, aunque lejos unos de otros, ¡muy unidos!*

Todavía oía Gorka en el recuerdo estas palabras y todavía esperaba que Josetxo cumpliera su palabra. Desde que se fue han llegado dos paquetes de periódicos y deja de contar. Se ve que la dinámica en Euskal Herria desborda a la gente y ya no tienen tiempo para nada más que no sea organizarse allí en alguna movida, echarse sus parrandas y buscarse la vida. Sin embargo, a Gorka lo que más le dolía del asunto era no haber ido esa vez con Josetxo a Iparralde a quedarse. Tuvo miedo de irse y optó por quedarse de momento en México, aunque ahora le pesara la separación no sólo de Josetxo sino de todos los que ya habían regresado al norte de Euskal Herria.

Para Gorka no se trataba de regresar, pues jamás había conocido Iparralde más que en las breves visitas que hacía de niño

con sus padres a un tío refugiado allí hasta la muerte de Franco. Además, en aquella época era un chamaco y sus recuerdos se limitaban a la casa de su tío en el barrio de Petrîcot de Miarritze, donde vivía amontonado con otros cuatro compañeros, el Batzoki y los otros bares donde se encontraban los abertzales, la gran playa con sus olas sin domesticar, los helados de mandarina y pistacho en la heladería de la esquina del Casino y los paseos hasta el puerto viejo y la roca de la Virgen. Sus padres siempre lo llevaban a finales de agosto y el mar se ponía tan bravo que junto a otros niños familiares de refugiados se sentaba en la pendiente de la roca para esperar la ola más fuerte y reírse de los ancianos que descendían de autobuses provenientes de Lourdes y se mojaban con agua salada bien fría al romper el mar contra la costa. A veces Gorka sentía vergüenza de sus juegos, sobre todo cuando el que se mojaba era un viejito de ojos tristes, a quien había costado sacar de su ensueño en el autobús con la excusa de *Mr. Dufour, venez voir, qu´elle est belle la Vierge!* Para Gorka, Iparralde era nada más un montón de recuerdos de niñez, por lo que plantearse la posibilidad de ir a vivir allá le hacía sentir temor por el futuro, por lo que pudiera hacer la policía francesa con los refugiados en cualquier momento.

A las ocho en punto, sonó la sirena que anunciaba nueva jornada, pero Gorka sintió que sería tan vieja como todas las anteriores. Hacía siete años que había hecho lo mismo prácticamente, en una rutina tan poco novedosa que ni siquiera se dio cuenta que las piernas lo habían arrastrado hasta el interior, donde los trabajadores se desperezaban al mismo tiempo que las máquinas que ponían en marcha. Los cepillos, las clavadoras, los trompos, las sierras circulares y de cinta, el molino de viruta, lanzaban sus quejidos cuando comían cada una a su manera la madera, mientras los trabajadores, vestidos de buzo

azul, gorra con visera, y una vieja máscara anti-polvo, semejaban enseguida a astronautas de viaje en algún planeta lejano cuando el polvo de colores les cubría los hombros, la espalda y la cara. Gorka era capaz de identificar los tipos de madera por su olor, la resina quemada del pino, lo dulzón de la caoba, lo aromático del cedro rojo, la peste de la caobilla, lo noble del cedro blanco, el olor a los bosques de Euskal Herria del roble, la tierra húmeda del tzalán, cada tipo de madera reivindica su origen por el olor que desprende al ser trabajada.

Ensimismado en sus pensamientos, Gorka no oyó la voz que desde las oficinas le llamaba. Se dispuso a contar las hojas de triplay de pino que el día anterior había dejado preparadas para un cliente que llegaría a la tarde en su busca. Se trataba de hojas finas de 3 milímetros de espesor que un carpintero llevaba cada mes para convertirlas en los fondos de los armarios de caoba que fabricaba en su taller del centro de San Luis Potosí. Sabía exactamente que las hojas era cincuenta, pero ya no confiaba y prefería contarlas por enésima vez antes de tener una mala sorpresa cuando llegara el carpintero. Hacía un año había tenido problemas con su patrón al llegar un cliente a recoger la madera que había encargado, cuando resultó que faltaban tres tablones y nunca jamás aparecieron. Gorka sabía que él había completado el pedido, pero alguien supo ser más listo y sustrajo la madera faltante en algún descuido. No podía ser nadie más que uno de los cincuenta y seis trabajadores que laboraban en la maderería. Al final Gorka tuvo que pagar de su propio bolsillo la diferencia y desde entonces se cuidaba mucho de no dar ninguna oportunidad al ladrón, vigilando cada pedido, separándolo a cerca de las oficinas para que siempre estuviera a la vista, y marcando cada tabla, cada hoja con una tiza roja que cargaba en el bolsillo junto a la calculadora y el metro.

Siempre sospechó de Pedro, un joven campesino que hacía más de dos horas de camino a pie diariamente para llegar al trabajo y otras dos para regresar a su casa. Fue sancionado a pagar unas vigas mal cortadas por el error de un cliente que le facilitó confundidas las medidas. El cliente hizo responsable del error a Pedro y no era política de la empresa quitarle la razón al cliente. Desde entonces, Pedro quedó resentido y Gorka sospechaba que muchas de las herramientas que desaparecían misteriosa y habitualmente del taller iban a parar a la casa del joven campesino, aunque jamás supo cómo lo hacía.

– ¿Qué, Jorge, te quedaste sordo? Ando gritándote desde la oficina como loco desde hace diez minutos. Al parecer aún no te has despertado. Pues a ver si ponemos más atención, que aquí no se viene a dormir ni a hacerse pendejo. ¿Dónde está el pedido de Televisa?

Matías Brodet había nacido en un pueblito bearnés en una familia campesina de once hermanos y hermanas donde los padres apenas podían mantenerse ellos mismos. La familia sobrevivió de puro milagro gracias a la emigración de todos los hijos varones en cuanto tuvieron suficiente edad para que la aventura se pensara razonable. Matías llegó a México por pura casualidad, atraído por las cartas que llegaron al pueblo de un paisano que antes había tenido la misma idea y contaba que echándole ganas y andando vivo, en el país se podía montar un negocio propio. Primero tuvo que aprender la lengua, pues aquellas gentes no hablaban el mismo español que los aragoneses que llegaban al pueblo cada año cuando la fiesta de las mancomunidades y el límite de mojones para distribuir los pastos de alimento del ganado. Como en los ritos antiguos, sacrificaban un cordero para firmar con sangre el acuerdo que nunca conoció protesta por incumplimiento. Luego la plaza se convertía en una fiesta donde las gentes de casa y de afue-

ra comían, se emborrachaban y bailaban. Era una fiesta más importante que Saint Jean, patrono del pueblo, pues ese día, aunque también había comida, bebida y baile, como todos se conocían y nunca había nada nuevo, se divertían sacándose los viejos rencores y en magna batalla campal de todos contra todos que un año logró que se rompieran dos vitrales de la iglesia y Père Emmanuel, quien ese día pensó morir de infarto, los tuvo de penitencia ochenta y tres misas que se celebraron en poco más de dos meses.

Como fuera, el bearnés era hombre inquieto y enseguida, gracias a un conocido de su paisano, consiguió un trabajo de vendedor de botiquines de primeros auxilios que le hizo conocer el sur de la República mexicana. Salía del Distrito Federal, entonces mucho más chico que ahora, recuerda, con una camioneta Volswagen Combi tan vieja que apenas podía caminar, llena hasta los topes de cajas con botiquines que Matías equilibraba para que no le hicieran salirse de la carretera. También llevaba cuatro camisas que tendía dentro de la camioneta en perchas para no tener que plancharlas, un pantalón de repuesto y una colchoneta enrollada y amarrada que extendía en el piso del vehículo donde dormía al borde de la carretera cuando el cansancio le vencía. Iba primero a Puebla, recorriendo las farmacias de la ciudad de las iglesias y los ángeles, de allí partía a Oaxaca, aprovechando para dejarse seducir por el chocolate azucarado de las fábricas del mercado. Luego venía lo peor, la carretera de Oaxaca a Puerto Escondido, montañosa y encorvada hasta el punto de marear a los conductores, además de peligrosa por los constantes asaltos de bandas armadas que le despojan a uno de todo lo que lleva y hasta de la vida al menor descuido o cuando no se lleva nada que les pueda interesar. Matías sólo fue víctima de un asalto carretero y los encapuchados se contentaron con el poco de dinero que no había

escondido en el chasis de la camioneta y con ocho botiquines con qué curarse las heridas de la montaña. Mientras cambiaba la rueda rajada a cuchillo por los asaltantes por propia seguridad, Brodet agradecía a Dios la suerte que le había otorgado al hacerse robar por gente con escrúpulos, aunque no había entendido nada sobre aquello que le dijeron de *recuperación para la causa del pueblo* mientras le vaciaban la cartera que antes le ordenaron sacar del bolsillo tras detener la camioneta con un árbol cruzado sobre el pavimento y hacerlo descender. Cosas del país, pensó en ese momento Matías.

Puerto Escondido era un paraíso al borde del Pacífico. Un puerto de pescadores que aún vivían en chozas de palo y techo de palma, durmiendo y haciendo el amor en hamacas de doble algodón, morenos y brillantes con ojos de obsidiana, labios anchos de parientes africanos y piernas musculosas, que vivían de la pesca y de la recolecta de huevos de tortuga. Hacía varios años un gringo californiano decidió invertir para poder quedarse a vivir allí, y construyó un hotel que atraía cada temporada a más turistas. Entre los más asiduos estaban sus propios compatriotas, algunos retirados de clase media alta en huida del frío del norte, pero, sobre todo, jóvenes adictos a un deporte que se había inventado en Hawai y extendido en California, el surf. Estos jóvenes habían encontrado en Puerto Escondido el lugar ideal, donde las olas eran fuertes, pero además no se rompían hasta casi llegar a la playa, dejándose cabalgar durante largo tiempo. También Puerto Escondido los atraía por la calidad de la marihuana local, además del sopor tropical que inundaba el pueblo y propiciaba su disfrute. Incluso el propietario gringo se beneficiaba de su consumo y la ofrecía a sus clientes avisándoles de posibles engaños en el peso por parte de los vendedores autóctonos, en clara competencia desleal…

Matías gustaba de ir al hotel del americano para venderle algunos botiquines, que los compraba ante cualquier imprevisto entre sus clientes ancianos y surfistas, y también para hacer un alto en el camino y descansar dos días antes de ponerse en ruta para Acapulco, otro puerto turístico a orillas del Pacífico, donde tenía varios clientes asiduos, y de ahí regresar a la capital mexicana para echar cuentas con su patrón sobre las ventas realizadas y la comisión correspondiente, además de resurtirse de material. En uno de sus viajes, mientras descansaba en Puerto Escondido, el bearnés conoció a un político mexicano que buscaba una persona activa para llevar un negocio de venta de madera que ni podía ni le gustaba atender y había heredado de su padre, también político priísta, quien gracias a la expropiación de tierras de un terrateniente español para destino ejidatal o comunal durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, había logrado alterar unos documentos de tal manera que los campesinos vieron cómo por arte de magia 3580 hectáreas de bosque tropical rico en maderas nobles pasaban de las manos del hacendado español a las de un funcionario de la Secretaría de Reforma Agraria, sin posibilidad de recurso alguno. Los negocios que había heredado el hijo eran numerosos. De todos, el más lucrativo la compra de mota en la Sierra Maestra Occidental del Sur y su distribución entre las comunidades latinas de Los Angeles y San Francisco, en Estados Unidos. La amistad entre los dos hombres se hizo enseguida, y ambiciosos como eran, pronto decidieron asociarse en el asunto de la madera. Gracias a los ánimos y el trabajo de Matías y a las influencias y poder del priísta, el negocio creció hasta convertirse en un imperio que explotaba sin mesura los recursos naturales de los bosques mexicanos, vendía la madera en establecimientos en las principales ciudades de la República y elaboraba algunos derivados en fábricas en las costas del Pacífico y madererías donde empleaban a campesinos por salarios de miseria. Un día, el político priísta fue asesinado por decisión de su partido tras la publicación en diarios norteamericanos de varios

artículos denunciando la trama de los negocios del mexicano en ese país. Para evitar un conflicto con su vecino, pero más para impedir que la investigación siguiera adelante, la dirección del PRI decidió suprimir al incómodo. Fue entonces cuando Matías Brodet supo aprovechar la oportunidad de su vida y negoció a su favor con una viuda desconsolada y necesitada de efectivo para mantener el nivel de vida, quedándose con toda la parte del negocio.

La explotación de la selva siguió y se intensificó. Pronto los árboles más viejos cayeron y se empezó a cortar los medianos, luego los pequeños. La caoba, el cedro rojo, el bari, el ahuehuete, el tzalán, empezaron a escasear y Matías decidió que había que traerlos de fuera, comprando a buen precio concesiones de explotación en las selvas guatemaltecas y brasileñas, aprovechando las facilidades que las dictaduras de esos países otorgaban a la inversión extranjera y tan poca atención a la sustentabilidad de sus recursos propios. También se necesitaba de un sistema de transporte para mover el material, por lo que compró numerosos camiones y camionetas. La importación y las tasas aduanales se solucionaron gracias a los contactos del difunto socio y al pago de numerosas mordidas a funcionarios. Ahora, Matías necesitaba de un buen equipo de gente confiable para gestionar el imperio y controlarlo.

Matías Brodet gustaba de jugar al mus desde joven. En la cantina de su pueblo se organizaba por Saint Jean un campeonato que aligeraba la tensión de las batallas campales de todos los años. Había logrado ser subcampeón en una ocasión jugando con un vecino de pareja. En México DF descubrió las partidas del Centro Vasco en el elegante barrio judío de Polanco y acudía a jugar siempre que sus obligaciones se lo permitían. Su pareja mexicana era un baztanés de Elizondo, dueño de varias panaderías y un molino de harina en Tepozotlán, Estado de México. Con él se permitía tomar unas cubas y fumarse un

tabaco veracruzano de vez en cuando, rompiendo la abstemia habitual. Un día, entre embidos y algún que otro órdago suicida, el navarro preguntó al maderero si no tendría trabajo para un familiar suyo que acababa de llegar de Europa.

– Es trabajador y como hijo de la prima de mi madre, yo le ayudo a instalarse, así no te pide casa donde vivir o más sueldo para rentar un departamento. Seguro que tú necesitas alguien que te controle la maderería y vigilar que no te falte ni una sola tabla.

– ¿Y por qué no lo contratas en el molino? Que empiece cargando y descargando camiones, ayudando a los chalanes para que sude el salario, luego lo haces contador de sacos y poco a poco lo acercas a la oficina.

– El problema es que es mi pariente. Y si lo trato mal, después tendré problemas con la familia. Mi madre y su madre, aunque primas, se criaron muy juntas. No quiero que trabaje conmigo para evitarme broncas que pudiesen venir, por eso te pido este favor.

– Pues ahí mándamelo el lunes a las ocho a la tienda de Iztapalapa. Tengo una cita con un cliente a las nueve y mientras, checo a ver cómo se desenvuelve el chaval.

– Oye, y para que no puedas decir nunca que te engañé, te aviso que tiene algunos problemas con la justicia allá.

– ¿Pues no me dices que es de confianza? ¿Qué ha hecho? ¿De qué le acusan?

– Líos políticos. Le acusan de ser de la ETA.

– ¡No chingues! ¿De los terroristas? Los vascos sois bien raros, de todas formas, a mí lo que me interesa es que sea trabajador,

no me robe, y sepa poner a trabajar a los indios que contrato. Sobre todo, para esto lo quiero, para que me lleve la maderería.

– No, el chaval no es tonto, ya vas a ver. Creo que estudiaba algo en Madrid, hasta que salió corriendo con la guardia civil detrás.

– ¡Ja, ja! Con la guardia civil detrás ya he salido corriendo yo también de joven, cuando contrabandeábamos ganado de Huesca para Francia. Si no era la guardia civil era la gendarmería, pero siempre había que andarse con cuidado.

– ¡Lo que no habrás hecho tú! Porque naciste en otro tiempo, pero si te hubiera coincidido la época, hasta pirata de los mares te veo. Bueno, y deja de barajar las cartas que ya las estás poniendo cachondas, reparte y que sean buenas que con tanto cotorreo vamos perdiendo.

Iosu fue el primer refugiado vasco en trabajar para Matías. En cinco años y medio, el bearnés había contratado a siete más y los había repartido por todo su imperio en México. Eran gerentes de tienda en Puebla, Veracruz, Monterrey y dos sucursales en México DF; jefes de producción en las madererías de San Luis Potosí, Querétaro y Tuxtla Gutiérrez. Con los años, serían muchos más. Sabía que podía confiar en ellos, le echaban ganas en el trabajo, tomándolo en serio y, sobre todo, estaban atados por su situación de refugiados, pues Matías sabía de sobra que fuera de sus empresas les sería muy difícil encontrar un trabajo más o menos remunerado, vistas las condiciones de los salarios en México.

Los europeos no podemos vivir como los indios, pensaba Matías, y ofrecía a los vascos un salario por encima de la media mexicana

con el fin de retenerlos a su servicio. Tanta confianza adquirió el bearnés hacia sus empleados, que pronto les entregó las llaves de sus tiendas, madererías y aserraderos. Ellos se encargaban de abrir y cerrar, de controlar, organizar y pagar al personal mexicano, de contabilizar las existencias de material y de sus ingresos y salidas de almacén. En varias ocasiones, después que la prensa española publicara varios artículos sobre los refugiados políticos vascos en México, con datos sobre sus domicilios y trabajos, Matías Brodet recibió reproches en el Centro Asturiano, donde también acostumbraba a jugar al mus de vez en cuando.

Serán lo que quieran, pero ya quisieran ustedes tenerlos a su servicio. ¿Dónde voy a encontrar mejores trabajadores?, respondía a sus detractores, casi siempre empresarios españoles afincados en México. También tuvo que pagar multas elevadas cuando la policía mexicana llegó a detener a varios vascos en sus empresas y no tenían papeles migratorios. Pero no se amedrentó y siguió ofreciéndoles trabajo, aunque sí se volvió más selectivo y exigía que tuviesen papeles en regla. La obstinación de Matías la atacaron los medios de comunicación españoles con nuevas publicaciones, llegándolo a acusar de limpiar dinero del impuesto revolucionario que ETA exigía en Euskal Herria a los empresarios. Pero la reacción del empresario maderero siempre fue la misma, guardar a los vascos con él, y querellarse contra los periódicos y periodistas que publicaban reportajes falsos y tendenciosos.

Gorka volvió a revisar a regañadientes el pedido de Televisa después que Marco, el hijo de Matías Brodet, la hubiera tomado con él. Los últimos tres meses habían bajado considerablemente las ventas y aunque nada más pasaba por la maderería una vez al mes, el hijo del patrón empleaba su visita para meterse con todo el mundo y hacerles responsables de la crisis que sufría la economía mexi-

cana, idéntica a todas las que llegaban cíclicamente tras la toma de posesión del nuevo presidente mexicano. La inversión extranjera se esfumaba en espera de conocer la política económica del inquilino de Los Pinos, el peso se hundía frente al dólar en caída libre, aparecían todos los desfalcos del presidente anterior y su equipo, subía la inflación casi hasta el cielo, y los precios convertían a los productos básicos en artículos de lujo. Incluso Gorka sentía cómo bajaba el poder adquisitivo de su salario y pensaba en encontrar la ocasión para negociar con Matías un aumento, pese a creer que no era el mejor momento.

– Ya se encabronó el jefecito, señor Jorge, y, ¿ahorita qué tiene? Ahí no deje que se la haga de pedo y mándelo a la chingada. Y le vengo avisando que mañana no llego, tengo que llevar el agua a la casa y ayer compré los tubos. A ver si no me castiga, que no es ir de parranda.

– ¿Otra vez tienes que poner el agua? ¿No que la pusiste la semana pasada?

– No, patroncito. La semana pasada tuve que sembrar, no sea que lleguen temprano las aguas y se pudra el grano. Por la Virgencita que no le engaño.

Pese a tener apellido vasco, Ascensión Zabala era un campesino de veintitrés años nacido en Tierra Blanca, de piel oscura, ojos café y cabello lacio y duro. Hace cuatrocientos años, uno de sus antepasados recibió el apellido del encomendado para quien trabajaba como esclavo en obras públicas de la Corona de España, o en fincas ganaderas y agrícolas privadas. Hasta su muerte, trabajó para su señor sin tener más propiedad que su propia fuerza de trabajo. La Independencia, pero sobre todo la Revolución mexicana y más tarde la Reforma Agraria implementada durante el mandato

del Presidente Lázaro Cárdenas en 1936, hicieron de la familia de *Chón*, como le llamaban sus amigos, propietarios de un terruño que ayudaba al alimento de su gente, pero no bastaba para enviar a los chicos a la escuela, vestirse, arreglar la casa, poner luz eléctrica o el agua potable y honrar a los mayores dos veces al año. Su tatarabuelo recibió el terreno en la parte alta del pueblo y desde entonces fueron construyendo la casa donde ahora vivían los padres de Chón, él, su esposa y dos hijos chicos, su hermana con su esposo y sus dos hijas. Siempre habían vivido en gran familia, amontonados en el espacio. Cuando llegaba un nuevo hijo, construían una nueva recámara, aunque no daba tiempo casi nunca de acabarla antes de que el niño o la niña cumplieran los cinco años por falta de dinero para comprar los materiales de construcción necesarios, así que la casa siempre estaba en obras, como una ruina sobre la que se hubiese posado una parvada de güacamayas. Cada mañana, Chón bajaba por el camino de terracería a la plaza del pueblo y tomaba la carretera asfaltada hasta el cruce de la autovía de San Luis Potosí, donde una camioneta propiedad de Matías Brodet lo llevaba a la maderería junto a otros paisanos que, como él, alternaban el trabajo asalariado con la siembra y la construcción en una vida de trabajo y alcohol. Cada sábado en la noche, los hombres se daban a una borrachera rápida y solitaria que destruía no sólo su salud sino el espíritu comunitario del pueblo, a las familias, e introducía en la gente una violencia ciega que manejaban a su antojo los caciques con más violencia y engaños. A menudo, los campesinos alargaban la parranda hasta el domingo y el lunes eran incapaces de llegar a tiempo a la camioneta del patrón. Al llegar el martes a trabajar, eran devueltos a casa y castigados con dos días más, haciendo que su salario se viese tan ridículo los viernes que ya todo el mundo lo conocía como la limosna.

El secreto que mejor guardaba Chón era su casa chica. El pasado año fue a la boda de un compadre sin su esposa por que no

alcanzaba para dos pasajes, y conoció a una muchacha que en el empeño de Chón, se dejó seducir. Resultó embarazada, pero no olvidó y le cayó con hija y todo un lunes de cruda en el trabajo. El campesino no tuvo más remedio que hacerse cargo de la chamaca y de su madre por miedo a los hermanos de ella y rentó un pequeño cuarto en el centro de San Luis Potosí donde las instaló en gran secreto. Los viernes al salir del trabajo, Chón las visitaba para llevarles algo de dinero y oír los reproches de la muchacha mientras jugaba con su hija. Se dio cuenta que amaba a la niña y sólo así se explicaba a sí mismo el por qué no las había abandonado. Durante años, Chón vivió esta doble vida sin que nadie en su casa sospechara. Un día, el joven sufrió un accidente mientras conducía un tráiler cargado de madera por la carretera de Acapulco y se despeñó. Las dos viudas y sus respectivos hijos se encontraron en la oficina de Matías Brodet reclamando la indemnización por accidente laboral y mientras se peleaban con furia, el empresario decidió que aquella era la mejor oportunidad para no pagarle nada a ninguna.

– Ya, patroncito. No se haga de rogar, señor Jorge. Ya sé que ustedes los vascos no son como los gachupines, que son buena onda. Ya déjeme faltar mañana que ahorita tengo la herramienta para hacer la chamba y después no me la prestan.

– Sale pues, Chón. Pero ustedes también échenme la mano. Ahí en la caoba está hecho un tiradero. Antes de irse hoy ordénenlo un poco, no sea que le dé por venir al señor Matías y buena la regañina que me echa.

– Hecho y gracias, señor Jorge.

Desde el fondo del almacén, donde se acumulaban torres y torres de triplay de diferentes grosores, Gorka intentaba vol-

ver a sus recuerdos de antes de ser interrumpido. Fue hasta el portón por donde entraban los grandes tráileres repletos de madera e hizo como si lo estuviese revisando, no fuese a suceder como en una ocasión cuando los ladrones se llevaron varios cientos de hojas de caoba sacándolas por entre las rendijas de la puerta. Apenas agarraba el grueso candado de la cerradura cuando oyó los dos toques de sirena que le avisaban que alguien lo buscaba. Se dirigió a la oficina a paso rápido, no fuese a ser alguna otra historia del hijo de Matías, y entró por la puerta que comunicaba al taller. La secretaria le señaló el teléfono con poco interés mientras se peleaba con una computadora que siempre fallaba.

– Sí. ¿Bueno?

– ¿Gorka?

– ¿Quién habla?

– Soy Mikel.

– ¡Hombre! ¿Qué pasó?

– Malas noticias. Me acaba de llamar Arantxa de Morelia diciendo que han detenido esta mañana a Andoni saliendo de casa.

– Ay, ya estamos otra vez. ¿Le habéis llamado al abogado?

– Sí. Inazio se ha ocupado, pero ya estaba al corriente porque lo ha visto por casualidad en la tele y ha corrido a presentar un amparo en el Juzgado.

– ¿Sabéis quién lo ha detenido?

– La cosa no está muy clara. A un vecino que intentó defenderlo lo tiraron al piso de malas maneras y tras amenazarlo le

dijeron que eran de la PGR. Pero luego el abogado ha dicho que pueden ser de la Federal Preventiva. De todas formas, creo que es igual.

– Oye, ¿cómo anda de papeles Andoni?

– No tiene nada. Así que me temo que lo pongan en el avión hoy mismo.

– Sí, porque esta historia de los amparos se ve que no funciona con nosotros. Por mucho que un juez te conceda el amparo es igual. Si te detienen sin papeles te ponen en el avión a Madrid el mismo día. En cambio, grandes desfalcadores y corruptos notables se valen de los amparos para no entrar jamás en el bote, aunque hayan defraudado millones. ¡Pinche gobierno!

– Así es. Bueno, al loro, no sea que también tengan puesto el ojo en otro sitio. Ah, y nos vemos luego en casa de Xanti. Al menos vamos a matar los malos ratos con un huachinanguito al horno.

– Sale pues. Nos vemos luego. No seáis cabrones y me esperáis a cenar, ya sabes que salgo tarde. Avísales también de lo de Morelia a la gente de Veracruz. Yo me encargo de avisarles a los de Oaxaca.

UNAI

Esta es la memoria de las cosas que sucedieron y que hicieron. Ya todo pasó. Ellos hablan con sus propias palabras y así acaso no todo se entienda en su significado; pero, derechamente, tal como pasó todo, así está escrito. Ya será otra vez muy bien explicado todo. Y tal vez no será malo. No es malo todo cuanto está escrito. No mucho hay escrito a cuenta de sus traiciones y de sus alianzas. Así el pueblo de los divinos itzáes, así los de la gran Itzamal, los de la gran Aké, los de la gran Uxmal, así los de la gran Ichcaansihó. Así los nombrados Couoh también... Verdaderamente muchos eran sus Verdaderos Hombres. No para vender traiciones gustaban de unirse unos con otros; pero no está a la vista todo lo que hay dentro de esto, ni cuánto ha de ser explicado. Los que lo saben vienen del gran linaje de nosotros, los hombres mayas. Esos sabrán el significado de lo que hay aquí cuando lo lean. Y entonces lo verán y entonces lo explicarán y entonces serán claros los oscuros signos del Katún. Porque ellos son los sacerdotes. Los sacerdotes se acabaron, pero no se acabó su nombre, antiguo como ellos.

Chilám Balám de Chumayel

La tarde estaba especialmente aburrida, sobre todo tras la tromba de agua que había caído media hora antes y había inundado las calles del centro de la ciudad de México hasta el punto de impedir la circulación de carros. Únicamente algunos taxis ecológicos empezaban ya a sortear los charcos creados en la calzada, salpicando de agua sucia a los pocos peatones que salían de sus refugios y emprendían su camino.

En la salida del Metro Juárez llevaba cinco minutos esperando que Joseba apareciera y me trajera algo de prensa que había

recibido la semana pasada desde Euskal Herria. Me había dicho que venían unas declaraciones bastante sabrosas de Arzallus y últimamente sólo las altisonancias de este personaje sacaban del aburrimiento estival a la política vasca.

Sobre la banqueta, los comerciantes ambulantes empezaban a quitar los plásticos de sus puestos y ordenaban la mercancía mientras algunas personas entraban en el Metro con la esperanza de que la lluvia no hubiese paralizado la línea subterránea.

Sentados en las escaleras, dos mendigos daban buena cuenta de una botella de aguardiente de caña envuelta en un saco de papel estraza. Parecían discutir en voz alta quién de ellos daba tragos más largos, reclamándose el pago de una futura botella. El que parecía beber más despacio, insistía una y otra vez a su compañero en su obligación de la compra del alcohol, ayudándose con gestos de los brazos tan violentos que en momentos hacía peligrar la integridad de la botella.

Con un movimiento brusco pero directo, el bebedor requerido arrebata la botella y se la echa a la boca ante el disgusto creciente del segundo mendigo. Después se la pasa al otro y con una enorme carcajada chimuela, le dice que lo que hace a un cuate es saber compartir, a las buenas o a las malas, unas veces se gana y otras se pierde...

La discusión sube de tono y parecen querer llegar a pelearse, pero en el momento en que se levanta el menos borracho, el mendigo espabilado le ofrece a su amigo un chiste a modo de disculpa.

Aburrido de la tardanza de Joseba, aquellos mendigos ya habían captado mi atención y, casi automáticamente, al oír la palabra chiste me acerqué a ellos para escuchar mejor.

«Estaba un borracho buscando un taco que echarse al pico a las tres de la mañana en las basuras de La Merced cuando de repente pasó una monja desplazándose rápida por la banqueta de enfrente. Sin pensarlo, el teporocho salió corriendo detrás con toda la fuerza que le daban sus piernas. Al verse perseguida, la monja se espantó mucho y aceleró el paso, creyendo que era el mismísimo Satanás quien corría detrás, hasta el punto que se vio corriendo con las faldas remangadas más allá de lo que jamás le hubiese estado permitido en el convento.

El borracho iba ganando terreno en la carrera pese al esfuerzo de la religiosa y en un momento alargó su pierna de tal modo que la llegó a cruzar entre las de la monja, por lo que le hizo perder el equilibrio, y de repenteo todo era un falderío volando en el aire mientras apenas se podía ver la cara de terror de la madre en su ridícula pirueta aérea. Con gran estrépito de latas vacías y cubos de basura, la monja aterrizó entre la mugre acumulada en una esquina y le cayeron en todas las partes de la sotana muchos desperdicios que volaban ahora por su propio impulso. Al verla en el suelo intentando reptar para escapar de aquella pesadilla, el borracho no se detuvo, sino que empezó a soltar patadas con todas sus fuerzas contra el cuerpo de la religiosa. ¡Tunda y tunda! El borracho seguía golpeando con pies y manos en medio de su borrachera que le impedía acertar todas las veces. Aprovechando un desequilibrio etílico del agresor, la monja logró articular unas palabras de súplica y extrañeza por la agresión: "¿Qué te hice, hijo; por qué me golpeas de esta manera? Por el amor de Dios, ¡ya basta!".

El teporocho logró estabilizarse sobre las dos piernas y alcanzó a encajar un nuevo golpe certero con el pie a la cara de la monja mientras le decía: "¡Levántate, y pelea como los hombres, Batman!"».

Se me escapó una carcajada, y los dos mendigos levantaron los ojos viéndome como si estuviera invadiendo su intimidad en esta ciudad de 34 millones de habitantes. Y como un gesto acordado de antemano, ambos se incorporaron y se fueron alejando en dirección a la Ciudadela.

Me acordé de repente que ya llevaba treinta minutos esperando a Joseba y pensé que una vez más me había dado plantón. Encendí un cigarro y con paso tranquilo enfilé el mismo camino que los dos borrachos con la esperanza de no alcanzarlos, mientras pensaba en algo que hacer para matar el tiempo en aquella aburrida tarde de agosto.

ENEKO

Eneko llegó a México el 21 de julio de 1998. Tres meses antes, la guardia civil había realizado una redada en su pueblo, Agurain, deteniendo a seis jóvenes y acusándolos de pasar información a ETA sobre intereses económicos franceses en Araba. A cada uno de ellos, el instituto armado lo había arrancado de su casa en la madrugada y los golpes empezaron desde el mismo momento de la detención. Pese a las protestas de sus familiares, los guardias civiles habían puesto patas arriba los domicilios de los detenidos, y en un caso también golpearon a la madre de un joven que intentó oponerse al maltrato que sufría su hijo.

Eneko había encontrado un trabajo de repartidor de pan en una panadería perteneciente a un tío suyo, donde empezaba a las diez de la noche y acababa a las siete de la mañana. Mientras se producían las detenciones, Eneko recorría las calles y los alrededores de Agurain al volante de una camioneta FIAT, ajeno a lo que sucedía en las casas de sus amigos. Al pasar frente al edificio del Ayuntamiento, en el centro del pueblo, Eneko vio a David que le hacía gestos desde la acera. Eneko lo sintió muy nervioso y temiendo que hubiese sucedido algo desagradable, paró la furgoneta.

– ¿Qué haces a estas horas por aquí? ¿Hoy también anduviste de juerga?

– Que juerga ni que nada. La Guardia Civil está deteniendo a mucha gente en el pueblo y también han pasado por tu casa. Tu hermana me avisó que si te veía te dijera que no te acerques a casa ni al barrio, pues lo tienen todo tomado.

– ¿Quiénes son los detenidos?

– Todavía no sabemos cuántos son, pero parece que la han tomado con tu cuadrilla, así que más vale que te cuides y te escondas un tiempo hasta ver por dónde van los tiros.

– Pero no tengo a donde ir. Siempre pensé en la casa de Ibón para casos de estos.

– A casa de Ibón ni se te ocurra ir. Es uno de los primeros sitios donde han ido, y se lo han llevado a rastras. A su madre la han dejado sangrando de la cabeza después de darle un culatazo porque se enfrentó a los picoletos cuando se llevaban a Ibón.

– Vaya putada. ¿Y ahora qué voy a hacer?

– ¿No tienes algún amigo o familiar fuera del pueblo? ¿Alguien que te eche una mano unos días? Al menos hasta que se aclare la situación.

– La situación no se va a aclarar hasta que los pasen delante del juez. Eso sí, se los llevan a Madrid.

– Mira, yo tengo una antigua novia que vive en Gasteiz. Déjame que le llame a ver si te puede guardar en casa un tiempo. Vuelvo en cinco minutos.

Eneko recordaba aquellos cinco minutos como años. Tenía la cabeza revuelta y apenas se sentía consciente del vuelco que su vida estaba dando. Sobre todo ahora que después de varios años en el paro, había encontrado un trabajo, y debería andar haciendo planes para rentar un departamento y ponerse a vivir con Amaia. No acertaba a darse cuenta que su vida había estallado y que a partir de ese momento se convertía en un prófugo que no tendría tranquilidad estuviera donde estuviera, pues bajo la tortura, algunos de sus amigos habían cedido a la

presión policial y dado su nombre como el responsable del grupo de información. Hacía solamente dos días había celebrado con Amaia su nuevo trabajo y juntos habían hecho mil planes de futuro. Primero sería rentar el departamento, luego le pedirían a la familia algunos muebles para establecerse, y en este año querían tener un hijo o una hija. Llevaban tanto tiempo juntos que ninguno de los dos recordaba cuando se conocieron, como si desde siempre hubiesen sido pareja. Al principio andaban con la cuadrilla, donde los conocían como inseparables, pero poco a poco fueron buscando algo más de intimidad; no se perdían las juergas de los sábados a la noche en los bares el centro, pero entre semana intentaban verse solos, aunque muchas veces los amigos tampoco se lo permitieran. ¿Cómo va a reaccionar Amaia a esta locura? ¿En qué van a quedar nuestros planes ahora? ¿Cómo estarán los colegas detenidos? ¿Qué le dirán a la zakurrada?... Pensaba Eneko sentado al volante de la camioneta mientras esperaba el regreso de David.

– No hay problema. Mi amiga está dispuesta a tenerte en su casa el tiempo que necesites. Nada más me pide que no salgas de la casa si no es imprescindible, pues tiene de vecino a un tipo que todo el mundo acusa de ser camello. No vaya a ser que te vea, se mosquee y vaya con el cuento a la zaku.

– No te preocupes. Ahí me quedo sin moverme hasta que me avises de cómo anda el asunto de las cantadas. Hasta que no sepamos sobre qué los interrogan más vale quedarse en el armario un rato. Y con Amaia, ¿cómo voy a hacer? Seguramente aún no se ha enterado de nada, y tengo que verla.

– No te comas el coco con eso, mejor ponte a cubierto primero. Yo voy ahora a su casa y le cuento cómo están las cosas. Le doy también la dirección de mi amiga y que pase a verte allí.

Pero eso sí, que tenga mucho cuidado, no sea que la guardia civil le siga y lleguen a ti. Tampoco quiero que le pase nada a Hegoa. Su dirección es esta. También te presto estas diez mil pesetas, ya me las devolverás cuando puedas. Y por si acaso ya se han enterado que estabas trabajando en la panadería, yo devuelvo la camioneta. La cosa es que desaparezcas cuanto antes del pueblo.

– ¿Y en el pueblo qué vais a hacer?

– Todavía no lo sé. Hemos convocado de urgencia una asamblea a las doce en la plaza de San Juan y veremos qué se decide ahí. De alguna manera ya te iré pasando la información que haya. Pero no voy a poder visitarte en casa de Hegoa, no vaya a ser que me sigan. Mejor yo llamo a su trabajo y le digo qué día y a qué hora nos vemos en el bar que queda frente al Palacio de la Diputación.

– ¿Dónde los pimientos rellenos? Vale, espero tu cita. No te olvides de avisar a Amaia, gracias y cuídate tú también.

– Por mí no te preocupes, que ya soy perro viejo. Me han detenido tantas veces que ya se han aburrido. No parece que esta vez quieran algo conmigo.

Durante cinco semanas, Eneko permaneció en casa de Hegoa. Cuando la muchacha se iba a trabajar, él se encargaba de limpiar la casa y tener la cena lista para su regreso. Catorce días después de la redada, David lo citó en el bar tal y como habían quedado. Eneko llegó un cuarto de hora antes al encuentro, ansioso de saber qué habían declarado ante el juez sus amigos detenidos. Tenía miedo que su nombre hubiera salido en los interrogatorios, y aunque era consciente que esto era lo más seguro, todavía guardaba esperan-

zas de poder recobrar su vida normal. Amaia pasó un fin de semana en casa de Hegoa y pese a notársele su nerviosismo, estuvo mucho más entera que él, y ante el pesimismo de Eneko, intentó animarlo con caricias y la promesa de irse a vivir juntos allá donde Eneko debiera ir, sin importarle tener que dejar a su familia, sus amigos y su pueblo. Mientras pensaba en la despedida con Amaia, Eneko vio entrar en el bar a David.

– ¿Qué tal estás? ¿Cómo te trata Hegoa?

– Bien, tu amiga es una gran mujer. Ni siquiera me ha preguntado mi nombre. Sabe que hay peligro en guardarme en su casa, pero nunca lo demuestra, y esta mañana, antes de venir aquí me dijo que por ella no había ningún problema si debo quedarme en su casa el tiempo que necesite. Menos mal que hay gente dispuesta a ayudar en los momentos jodidos.

– Hegoa tampoco se ha caído de un árbol ayer. A su abuelo lo fusilaron en la guerra los franquistas y su padre siempre tuvo problemas con la Guardia Civil por ser obrero revoltoso. En las huelgas del 3 de marzo le dieron una paliza que lo tuvo en el hospital tres semanas. El mismo decía que así le salvaron la vida, que si llega a estar en la iglesia de San Francisco ese día seguramente se hubiera contado entre los muertos o heridos. Amaia ha heredado el espíritu solidario de su familia. Aunque no sea una persona política, siempre está dispuesta a ayudar en las causas justas.

– Pues no sé cómo pudiste dejar de ser su novio, vale mucho esa mujer.

– Ay, esa es otra historia. Eran tiempos en los que preferíamos andar de juerga que cuidar nuestros amores y ella se cansó de esperar a alguien que sólo le ofrecía juerga todos los fines de semana. Pero al menos hemos conservado la amistad y sé que cuento con ella para lo que necesite.

– Bueno, dime qué sabes de mi movida.

– Traigo malas noticias. A tus amigos les dieron duro. Ibón sigue en el hospital de Txagorritxu con conmoción cerebral de los golpes que le dieron durante la detención y en el cuartel de Sansomendi. Parece que mañana lo trasladan a Madrid, a pesar que los médicos no quieran darle el alta para evitar que se lo lleven. Pero el juez Garzón ha exigido que comparezca ante él y seguramente se lo llevarán.

– Y ¿no sabéis qué han dicho en los interrogatorios?

– Los otros cinco ya están en Soto del Real. Les acusan de ser un grupo de información y quieren que se coman algunas acciones contra intereses franceses que hubo en Gasteiz el verano pasado. A ti te acusan de ser el que hacía el contacto con la organización en Iparralde. Todos coinciden en sus declaraciones. Esto lo he sabido por un hermano de Unai que pudo visitarlo en la cárcel. Decía que estaba destrozado de la paliza que le dieron los guardias civiles. Primero lo quisieron ahogar con una bolsa de plástico, luego le llovieron golpes por todo el cuerpo, y como pensaban que sabía más de lo que decía, los guardias civiles le hicieron la bañera hasta casi ahogarlo. Su hermano ha traído una impresión muy fuerte, y anda en el pueblo bebiendo y jurando que se va a vengar de los que le hicieron semejante salvajada a Unai. De la huelga general ya te habrás enterado. Paró incluso Miko, además de todas las tiendas y los bares. En Araia también se sumaron los bares y las tiendas. Luego se hizo una manifestación y cierre de la carretera general con mucha gente. Nunca había visto a tanta gente manifestarse en el pueblo, ya te imaginas el cabreo que ha dejado la redada. El pleno del Ayuntamiento estuvo caliente, en un momento pensé que alguien le pegaría al concejal del PP; menos mal que anduvo listo y se largó por detrás con sus pistoleros amenazando a la gente.

– Vamos, que ya es seguro que de aparecer por el pueblo nada. Creo que sólo me queda el camino del exilio.

– Eso tú debes verlo. De todas formas, no creo que valga la pena arriesgarse a recibir una tunda como la que se han llevado los otros y acabar en la cárcel. Me imagino que se te está cayendo el mundo, pero mejor el exilio que pasar por las manos de los picoletos.

– Sí, pero ¿a dónde cojones voy? En Iparralde la cosa está muy difícil y ya no tengo cómo contactar allí con nadie. Y venga lo que venga, quisiera que Amaia pudiese venir a vivir conmigo.

– Del contacto con Iparralde no te preocupes. Ya sabes que tengo a un primo refugiado que vive en Baiona y puedo ir a verlo a ver si él puede hacer algo. Iré el fin de semana, para no levantar sospechas, y en cuanto regrese nos vemos aquí otra vez. Necesito que escribas algo para que lo lleve y mi primo se lo pase a quien corresponda, él ya sabrá.

– De puta madre. Ojalá que puedas regresar con noticias.

– Eso ya no te lo garantizo. ¡Quién sabe cómo anden allá!; yo entrego tu nota y si puedo traer una respuesta mejor que mejor, pero si no, hazte a la idea de recibir la hospitalidad de Hegoa un tiempo, hasta que lleguen noticias.

Una semana después, mientras Eneko acababa de preparar unas patatas a la riojana esperando el regreso de Hegoa, oyó la puerta del departamento y vio que la muchacha llegaba a casa antes de lo acostumbrado. Pensó que algo había sucedido y se dispuso a recibir malas noticias.

– ¡Hola! ¡Ya estoy aquí! Hoy me escapé antes del trabajo pues me llamó David diciéndome que tenía algo para ti. Lo he visto

en la Zapa tomando una cerveza y me ha entregado este sobre. También me ha dicho que no es posible que os veáis, al menos en un tiempo. Se ha dado cuenta que desde que fue a Iparralde no le dejan de seguir y tiene miedo de traerlos hasta aquí.

– ¡Cagüen la hostia! Y yo que quería verlo para ver si ya hay algo. Vaya mala suerte que tengo.

– Mira, no te quejes, tus amigos no están mejor que tú en Soto del Real. Esta es tu casa y puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Además, igual te dice algo en la carta. Toma.

Eneko abrió el sobre con mucha impaciencia mientras Hegoa se iba a su habitación, dejando al joven que leyera la nota en total intimidad. Había visto muchas veces a personas que estaban en problemas y sabía lo duro que era la situación de los que debían huir. Recordaba cuando de pequeña llegaba la Guardia Civil a su casa a detener a su padre por participar en alguna huelga o manifestación, y la entereza de su madre haciendo frente a los picoletos y vigilándolos para que no robaran nada de la casa. Al morir su madre, ella tuvo que enfrentarse a la policía, aguantar sus mofas y defender que no golpearan a su padre ya mayor. Cuando regresó a la sala, encontró a Eneko aún con la carta en la mano y sumido en sus pensamientos.

– ¿Qué, malas noticias? Vaya cara que se te ha quedado, chico.

– No, no son malas noticias. Únicamente que no me esperaba algo así y me he quedado sorprendido. Me dicen que no es posible ir a Iparralde, que la cosa está muy dura allí y que esperan una redada grande de la policía francesa en cualquier momento. Quieren que me busque la vida para salir del Estado español y que vaya a

México. Como les decía que Amaia me iba a acompañar a donde tuviera que ir, me ofrecen esta salida como la única posible para mi planteamiento.

– ¿A México? Pues sí que está lejos eso. Ahí te veo con sombrero ancho cantando unos mariachis y echando la siesta en una sombra en las tardes. Si vas a México te prometo que un verano te hago una visita. Mi padre era un enamorado de la música mexicana y del tequila, así que tendré que conocer yo también eso.

– Menos mal que se me ocurrió dejar el pasaporte en casa de Amaia por si acaso. Quien iba a decir que lo necesitaría tan pronto.

El aeropuerto de la ciudad de México estaba repleto ese día. Cientos de turistas gringos y europeos se empujaban unos a otros en los pasillos, intentando ganar tiempo en las filas de las casas de cambio y en las ventanillas de boletos de los taxis autorizados. Decenas de policías morenos, pequeños, con bigote y armados hasta los dientes seguían sin demasiado interés el desarrollo del tumulto al que al parecer ya estaban acostumbrados. En los altavoces se llamaba a algún pasajero retrasado que impedía el despegue de un avión con rumbo a cualquier parte, y las azafatas y los pilotos, que llegaban o se iban, arrastraban maletas con rueditas por el encerado piso. Operarios de reparaciones se paseaban en buzo mientras echaban un taco de ojo con las güeras, diableros con traje gris ofrecían sus servicios de cargadores a los turistas para acercar al taxi sus maletas sorteando el tumulto de gente a toda velocidad. El aire olía a comida rápida americana y a perfumes caros, mezclados con el aburrimiento de aquellos que esperaban la llamada para abordar el avión. Eneko se sorprendió de que, tras once horas de vuelo desde Lisboa, a donde llegó en coche con un amigo de David después de atravesar medio Estado español, entendiera la

lengua que la gente hablaba. En su castellano había algo diferente, un acento que lo hacía más suave y musical, más cortesía y quizá, algo de falsedad. También había algunas palabras que desconocía y enseguida pensó que se trataba del español mexicano, que quisiera o no iba a estar obligado a aprender para vivir en el país. De todas formas, pensó, mejor así que no tener que aprender de cero una lengua desconocida. También quedó impresionado por el físico de los mexicanos. Había personas de raza blanca, pero la mayoría eran morenos de piel, de cabello lacio y oscuro, y pequeña estatura. Al menos aquí ya nadie me va a llamar txikitxu, se convencía a sí mismo. Los hombres eran pequeños pero musculosos, de piel tersa y mirada dura. Le recordaban aquellas estampas de guerreros indios americanos que venían en las barras de chocolate y coleccionaba, cambiando las que tenía repetidas a otros niños bajo los arcos de la entrada a la Plaza Nueva de Gasteiz los sábados por la mañana cuando iba a la ciudad a visitar a sus tíos y primos. Las mujeres eran también pequeñas y morenas, bellas, de caderas anchas y abultado pecho, con facciones dulces y labios anchos. Ahora recordaba la definición que de esta gente hacía su maestro de primaria como la raza de bronce, con los que tuvo que luchar en el siglo XVI la Corona de España para hacer crecer el Imperio. Pero por mucho que los hubiesen conquistado, mezclado, humillado, aquellas gentes conservaban su propio carácter y se le hicieron más educados y acogedores que los españoles que había conocido en sus viajes de vacaciones al Mediterráneo andaluz. También le llamó la atención lo moderno del aeropuerto. Para un país que se supone del Tercer Mundo, le parecía mucho lujo las impecables instalaciones, las tiendas de souvenirs con precios europeos, y la cantidad de restaurantes. Pasó delante de la fila que esperaba para comprar un boleto de taxi, y recordó que alguien le había aconsejado no tomar ninguno de los llamados piratas por el riesgo que suponía ser asaltado por el propio chofer del vehículo. Alguien en el pueblo llegó de vacaciones a México, quiso ahorrarse las filas y

tomó el primer taxi que le ofreció sus servicios. No había recorrido un kilómetro en dirección al centro de la ciudad cuando el taxista se estacionó y subieron dos individuos pistola en mano que le obligaron a darles todo lo que traía encima, lo llevaron a varios cajeros automáticos para retirar dinero con sus tarjetas de crédito y lo pasearon durante horas por la ciudad, para abandonarlo después en un barrio de la periferia sin un centavo y medio desnudo. Como Eneko no traía mucho dinero, y tampoco quería ser asaltado, decidió tomar el Metro para acercarse a la cita que tenía concertada al sur de la ciudad.

Cargando la única mochila que llevaba, entró en la estación Terminal Aérea, distante del aeropuerto cien metros. Si el aeropuerto le había causado impresión, otro tanto sucedió con el Metro. Las instalaciones eran modernas y todo estaba limpio, con grandes carteles señalizadores de las diferentes líneas subterráneas y sus correspondencias. Vio que las estaciones se anunciaban, además de con su nombre, con un símbolo y un color. Con un índice de analfabetismo importante, los dibujos sirven para que los usuarios puedan distinguir las diferentes estaciones a las que se dirigen. En cada entrada, un policía vigila para que no se produzcan asaltos o robos a los usuarios. Las autoridades cambian de destino al policía cada semana para no darle tiempo a conocer la zona y para que no se confabule con las mafias locales y aumente de manera poco honesta el mísero sueldo que cobra. Las instalaciones del Metro en la capital mexicana están consideradas como zona de alta seguridad. La entrada a vendedores ambulantes está prohibida, pero es imposible impedir que accedan a los vagones y, ya puestos en marcha, ofrecen sus productos made in China a gritos y empujones a los pasajeros en las horas punta. Los trenes del Metro, así como las instalaciones subterráneas, son de origen francés. Varias compañías francesas consiguieron en los años setenta la

concesión de unas obras que han resultado faraónicas, dado el tamaño de la ciudad y de los kilómetros de líneas subterráneas existentes. A finales de los años ochenta, la empresa CAF de Beasain se salvó de un previsible cierre o reducción de personal al ganar la licitación abierta por el gobierno del Distrito Federal para la construcción de trenes y vagones de la línea rosa, que discurre entre Pantitlán y Observatorio. Hoy en día las flamantes máquinas gipuzkoanas sirven a lo largo de la línea, transportando a millones de personas cada día, empleándose en una de las rutas más concurridas de toda la ciudad.

Eneko llegó a la estación Pantitlán en cinco minutos. La primera correspondencia se le hizo una larga caminata por los puentes elevados que llevaban a las otras líneas. Abajo, en la calle, un incesante ir y venir de gente en el paradero de autobuses que partían y llegaban del oriente del Estado de México. También penetraban a los pasillos del Metro los olores a gasolina quemada, la comida rápida tradicional de los puestos callejeros, la fruta podrida de los restos abandonados en la calle por los vendedores de jugos, mil olores más que no podía identificar todavía Eneko. Aun cuando ya se subía al tren de la línea café, el joven sentía cómo le rondaban en la nariz. Diez minutos después, tuvo que hacer un nuevo cambio, ahora en la estación Centro Médico, donde miles de personas tomaban su correspondencia hacia el norte o el sur, y cientos de enfermeras o médicos vestidos de su batón blanco entraban o salían de los complejos de hospitales del exterior, junto a familiares de los enfermos ingresados que habían estado o iban a visitarlos. La última línea que debía tomar Eneko iba de Indios Verdes a Universidad, aunque él se tenía que bajar en Coyoacán, a mitad de camino antes de la terminal para llegar a la cita con un compañero refugiado residente en México.

Al salir a la superficie, Eneko se dio cuenta que el olor de Pantitlán era el de toda la ciudad. Los puestos de comida callejeros estaban muy concurridos y el olor a la grasa de cerdo que empleaban para freír la carne de res con la que se hacen los tacos se expandía por todos lados. Los mexicanos gustan de comer a cualquier hora, desde su apertura en la madrugada, los puestos siempre están llenos de personas comiendo en platos de plástico llenos de tortillas y tacos al pastor, de pierna, de cabeza, de maciza... siempre aderezados con salsas de chile verde o rojo muy picante.

Sin embargo, en la estación Coyoacán, Eneko se dio cuenta que estaba en un barrio de clase media por la gente que pasaba. Mientras esperaba la llegada de su contacto, se dedicó a observar a la gente y vio que dominaban los blancos elegantemente vestidos sobre los morenos del pueblo. Muchos jóvenes esperaban a alguien o se introducían a un complejo comercial anunciado como "El Palacio de Hierro", que Eneko se imaginó como un lugar caro y exclusivo para bolsillos pudientes.

– Kaixo. ¿Tú eres la persona que tenía que llegar?

– Aupa, soy Eneko, y acabo de llegar de Europa esta tarde.

– Yo soy Koldo, y mejor que ya no te llames aquí así, si ese es tu verdadero nombre. Escoge el que quieras y así preséntate a todo el mundo, sin importar que sean refugiados o no. Es por simple precaución y seguridad tuya.

– Vale, a partir de ahora ya soy Iñaki. ¿Qué tal estáis por aquí?

– Sale, Iñaki. Por aquí las cosas andan revueltas. Desde la última visita a México del ministro de Interior español, las autoridades mexicanas no nos dejan en paz. En los últimos meses doce compañeros han sido expulsados y entregados a Madrid con la

excusa de no tener papeles, los que sí los tienen están siendo atosigados por la policía mexicana, y de seguro que esto irá a peor en el futuro vistos los compromisos de los dos gobiernos contra nosotros. Para conseguir papeles ahora está muy difícil. Cada vez que te acercas a las oficinas de Migración sales con la sensación de que todo lo que dices o presentas acaba en las manos de algún funcionario de Interior en la embajada española. Es por ello que muchos compañeros y compañeras ya no quieran ni oír hablar de ir a renovar su documentación, y cuando ya no la tienes, llega el riesgo de ser expulsado. Vamos, que el panorama está bastante canijo, como se dice aquí.

– Y ¿cómo hacéis para encontrar trabajo? Porque de algo tendréis que vivir.

– Hasta ahora no era muy difícil porque nos ayudábamos ente nosotros. Entre uno u otro siempre salía alguna cosa, aunque fuera para trabajar para empresarios españoles o vascos fachas como ellos solos. Pero ahora esto se está acabando, la policía mexicana ya ha detenido a varios compas en el trabajo, y seguro que los habrá localizado ahí, siguiendo a los que sí tienen papeles o controlando los propios trabajos. No te preocupes por el momento. Te voy a llevar a casa de una pareja de refugiados y te puedes quedar hasta que salga algo o tú decidas buscarte la vida por tu cuenta.

Eneko permaneció en casa de los dos refugiados casi tres meses. Vivían en la calle Gabriel Mancera de la colonia Del Valle, un barrio de clase media en la ciudad de México, a un costado de la avenida Insurgentes, que, con sus casi 50 kilómetros, es una de las más largas del mundo. El recién llegado fue inmediatamente puesto al corriente por la pareja de los diversos trucos necesarios para sobre-

vivir en la ciudad de México: No bebas agua del grifo, pues trae amibas y parásitos y hay que purificarla primero; no comas nada en los puestos de la calle ni en ningún sitio que no veas limpio, pues te puedes agarrar alguna enfermedad intestinal o intoxicarte; no te metas sólo en esta o la otra colonia, pues asaltan a cada momento; ándate vivo al subir al Metro, cuida tus cosas y lleva agarrada la cartera y la documentación, pues hay muchos carteristas y son muy hábiles; evita viajar en pesera, pues se dan muchos asaltos en casi todas las rutas; si tienes que preguntar en la calle una dirección, mejor pregunta dos veces a personas diferentes, los mexicanos no gustan decir que no saben y te pueden enviar a cualquier sitio menos al que en realidad vas; más vale caminar un poco que tomar taxi, pues hay muchas mafias que usan este medio de transporte para desvalijar a la gente; no cargues el pasaporte encima, mejor haz una copia y te mueves con eso dentro de la ciudad, no vaya a ser que te lo roben...

Al principio se dedicó a pasear como un turista los principales atractivos de la capital mexicana, siguiendo los consejos de sus compañeros de no preocuparse por el trabajo hasta que saliera alguna cosa interesante. Visitó Teotihuacán, subiendo a las pirámides del Sol y de la Luna, y recorriendo la Calzada de los Muertos. Quedó tan impresionado por la grandeza de aquella obra que quiso saber más sobre las culturas prehispánicas y se perdió varios días seguidos en el Museo de Antropología, en el bosque de Chapultepec. Se dio cuenta enseguida que la educación recibida en su niñez en la escuela sobre las culturas indígenas de América había sido extremadamente sesgada e ignorante de las grandes diferencias entre los pueblos mesoamericanos. Lo que más le gustó fueron las salas relativas a la cultura maya, por la riqueza de colores y formas que empleaban en sus utensilios y obras arquitectónicas, por su conocimiento de las matemáticas y de la astrología, por su saber acomodarse al medio caluroso del sur mexicano sin alte-

rarlo; y también aquellas que guardaban las obras mexicas, por su complejidad social, política y religiosa, que dio lugar a la cultura más potente del norte de América, los aztecas. Eneko también aprendió que la épica de la conquista española era falsa, y que los pueblos americanos tuvieron que hacer frente al terror, a la intriga, a la mentira y a la esclavitud, nada más poner su pie en esta tierra los invasores europeos en el siglo XVI. Las grandes batallas heroicas que los libros de texto españoles relataban no eran en realidad más que masacres de inocentes por medio de la espada, de la enfermedad, o de la cruz esclavizadora, que hicieron desaparecer en pocos años a millones de indígenas. La toma de Tenochtitlán, la actual México Distrito Federal, no fue ninguna gesta heroica de las tropas imperiales castellanas tal y como gustaba contar a su maestro de primaria, aquel falangista burgalés enquistado en la escuela de Agurain tantos años, sino un ejemplo de valentía y entrega de los antiguos habitantes de México DF, que prefirieron morir luchando hasta casi la extinción, antes que dejar la ciudad en manos de unos bárbaros extranjeros a quienes nada interesaba si no brillaba con lo dorado del sol. Las sociedades prehispánicas también aparecieron con otros ojos ante Eneko, ahora que tenía la oportunidad de ver de cerca sus restos. Vio que, frente al obscurantismo español de aquellos tiempos, la cultura azteca era más respetuosa de la comunidad y del individuo que lo que se hubiera podido imaginar. La esclavitud era la excepción, ante lo desarrollado de esta práctica inhumana en las tierras de España. Los aztecas sometían a los pueblos vecinos para que les pagaran impuestos, y les hacían la guerra cuando alguno de ellos se negaba. Las Guerras Floridas eran también la válvula de escape de las masas en combates que, aunque dejaban muertos en el camino, se diferenciaban bastante del genocidio perpetuo que se había instalado en Europa, ya para entonces en guerras políticas, religiosas o sociales. El respeto al adversario vencido se demostraba en los propios sacrificios humanos, donde el prisionero era regalado desde días antes de su

muerte con los mejores manjares que se tuvieran, con las mejores ropas y las mujeres y los hombres más bellos de la ciudad, e incluso antes de morir, tenía el derecho a defenderse y morir matando a los guerreros más aguerridos del grupo que ofrecía su vida a los dioses. Los pueblos de la América antigua sentían gran respeto por la muerte y la dignificaban, hasta el punto que el condenado, su espíritu y sus fuerzas pasaban a formar parte de la vida de aquel que lo derrotara y comiera su corazón. Frente a esta concepción, los europeos mataban y robaban por puro placer, con una insana ansia de enriquecimiento que insultaba toda la filosofía que había regido el mundo prehispánico. No respetaban ni ancianos, ni mujeres ni niños, todos se convertían en números y propiedades. La violación se puso a la orden del día y se explotaba como esclavos a los nativos sin ningún miramiento. Fray Bartolomé de las Casas luchó contra la Corona y la propia Iglesia hasta agotar sus días por la dignificación del indio, intentando demostrar que sí tenían alma y, por lo tanto, merecían ser tratados como cristianos. Sin embargo, ni el cura progresista se acordó de los negros africanos que llegaban a las costas americanas como esclavos. Ni siquiera los liberales de esa época se planteaban que un negro pudiese ser tomado en cuenta como ser humano.

Eneko se acercó una mañana de 12 de octubre a la Avenida Reforma, era domingo y la calle estaba prácticamente vacía del tumulto de funcionarios que trabajan durante la semana en las numerosas oficinas de la zona. Estaba previsto que pasara por allá la manifestación anual de las organizaciones de los pueblos indígenas y de la izquierda mexicana, en repudio a una celebración que para ellos sólo significaba genocidio, dolor y conquista. El monumento a Colón estaba este año fuertemente protegido por cientos de granaderos, la policía antidisturbios, a fin de evitar que fuera blanco de los huevos y la pintura lanzada por

los manifestantes en algo que ya se había convertido en tradición. La pasada edición la embajada española se había sentido agraviada y protestó con firmeza ante las autoridades mexicanas, quienes habían preparado un fuerte dispositivo de protección para evitar los ataques de los inconformes con la versión oficial de la historia. Cuando la marcha pasó delante del monolito dedicado al genovés, los manifestantes se limitaron esta vez a insultar a los policías, gritándoles "hijos de la Malinche", en referencia a la india noble que le fue regalada a Hernán Cortés, y que le sirvió al extremeño de amante, madre de sus hijos, interprete y estratega en las guerras contra los pueblos del centro de México. Tras permanecer unos minutos frente a los antidisturbios, los manifestantes retomaron su camino en dirección al Zócalo capitalino, donde debía celebrarse un mitin de las organizaciones convocantes de la movilización. Los granaderos aún permanecieron protegiendo la estatua del marino algunas horas más. Al retirarse el contingente, los jardines que rodean a la estatua de Colón aparecieron llenos de la basura de alimentos y botellas de refresco ingeridos por los agentes en las horas de servicio, mientras que el sol de la tarde de otoño comenzaba a evaporar el amoniaco de la orina de la tropa defensora, poco dispuesta a contraer demasiado rato la vejiga. Desde entonces, la embajada española en México ha guardado un total silencio las vísperas de cada 12 de octubre, limitando su participación a la gala anual ofrecida a las autoridades mexicanas y al cuerpo diplomático acreditado en esta capital.

También descubrió la colonial Coyoacán, que se había puesto de moda en los últimos años como el centro del hipismo mexicano, una manera de vivir desarreglada y supuestamente de la artesanía, que daba cita a cientos de artesanos cada fin de semana en la Plaza Hidalgo, donde también acudían los niños y las niñas fresas a lucir sus últimas compras, y familias

de clase media que daban varias vueltas a la plaza, compraban una nieve de fruta a sus vástagos y buscaban asiento para devorarla mientras contemplaban los espectáculos de payasos. Los hipis mexicanos tienen la costumbre de vivir del cuento, haciendo ver que son la neta del modernismo y del tradicionalismo azteca, las dos cosas al mismo tiempo. Dicen vivir de la artesanía, pero, quien más quien menos, son revendedores de marihuana, cocaína y cualquier sustancia que deje buen beneficio con nulo trabajo. Los diseños de sus trabajos manuales son exclusivos, ofreciéndolos a los turistas nacionales o extranjeros como modelo único a precios que dan miedo. Oyen lo más novedoso de Café Tacuba, mientras hablan de la cosmología del Quinto Sol y del Fuego Nuevo. Dejan crecer sus cabellos oscuros hasta por debajo de la cintura, y lo recogen en coletas adornadas de jade, alabastro y chaquira, como Sansones que guardan sus secretos escondidos en la cabellera, y van a orinar al Sanborns de enfrente, o a leer gratis el periódico para tener un tema de conversación en las largas esperas cuidando el puesto en la plaza. La música está asegurada por los tamborreros percusores y su numeroso público de vagos, gringos de color rosa, algún judicial oreja metiche, y más de un tarado en busca de dinero ajeno. Las familias de paseantes dudan si comprar un nuevo adorno de barro multicolor a los indígenas nahuas de Guerrero o una botella de rompope, el licor de vainilla y ron, a las monjitas que también tienen galletas y caramelos de miel. Los paseantes deben calcular que el dinero alcance para tomar un café orgánico en La Selva, compañía que fundaron productores cafetaleros de Chiapas ante lo bajo de los precios del mercado internacional que los llevaba a la ruina, y ahora ya cuentan con siete flamantes cafeterías siempre llenas de clientes, incluida una sucursal en Barcelona, la capital de Catalunya.

Un domingo, por recomendación de otro refugiado, Eneko fue al pueblo de Tepoztlán, en el Estado de Morelos, a menos de una hora en autobús del Distrito Federal en dirección a Cuernavaca. Al llegar al cruce del pueblo, el autobús paró y el chofer hizo descender a los pasajeros que se dirigían a Tepoztlán, diciendo que las barricadas le impedían entrar hasta el centro y que debía dejarlos allí, a menos de un kilómetro. Mientras caminaba, Eneko fue contemplando el paisaje de roca negra volcánica de las crestas de la sierra del Tepozteco, adornadas por una espesa vegetación casi tropical de plátanos, jacarandas, encino americano y arbusto alto. Al llegar a la calle principal tras atravesar la carretera, vio el cerro del Tepozteco protegiendo al pueblo de los vientos; y, a un lado, casi en la cima, la pirámide dedicada a la fertilidad, donde se cuenta que subían las mujeres de los pueblos antiguos para pedir a los dioses abundante descendencia, pero que es un lugar donde abunda el muérdago, planta conocida tanto en América como en Europa desde hace siglos por sus propiedades abortivas. A mitad de la calle se encuentra El Zócalo, la plaza principal, donde se ubica el Ayuntamiento desde el que se dirigió la protesta contra KS, una multinacional norteamericana que quería destruir parte de la sierra para construir un complejo turístico dedicado al golf. Nada más conocerse el proyecto, los vecinos de Tepoztlán, así como de otros pueblos vecinos, arropados por el gobierno municipal, se organizaron para hacer frente a la amenaza de ver destruido su medio ambiente en una zona que atrae de manera creciente a turistas de México y del extranjero por su belleza natural, la simpatía de sus gentes y su cercanía a la capital mexicana. Miles de personas llegan cada fin de semana a disfrutar de este precioso enclave en las tierras donde batalló a principios de siglo Emiliano Zapata y su gente, exigiendo Tierra y Libertad. Como fieles herederos del líder asesinado, los habitantes de Tepoztlán cerraron el pueblo con

barricadas de piedra negra rasposa y porosa para evitar la entrada de la policía federal, denunciaron públicamente, pintando las fachadas de sus casas o de sus negocios, a aquellos y aquellas que no apoyaron el movimiento popular, a quienes tenían algún beneficio con la destrucción de la sierra, y a aquellos que desde la cercanía al poder apoyaban las posturas oficiales del gobierno de México, que sin consultar a los habitantes había prácticamente regalado cientos de hectáreas tepoztecas a una compañía transnacional.

Los tepoztecos viven del campo, pero principalmente del turismo. Decenas de comercios, cafeterías, restaurantes, asadores… ofrecen al viajero las artesanías locales o de otras regiones mexicanas, comida tradicional, jugos de frutas, juguetes, muebles, adornos, miel, caramelos, y sobre todo las famosas nieves tepoztecas, helados de frutas tan variadas que se necesitan numerosas visitas al lugar para decir que se han probado todas.

Al principio, el gobierno mexicano intentó disuadir a los vecinos de la pérdida de una inmejorable oportunidad para aumentar sus ingresos gracias al turismo que, teóricamente, iba a atraer el complejo de golf y a los posibles puestos de trabajo que se crearían en las ramas de la construcción y los servicios. Prometió la inversión de cientos de millones de pesos en mejorar la infraestructura y las carreteras, y hasta ofreció dotar de agua potable a las comunidades más alejadas de la sierra. Pero los habitantes de la zona ya las habían visto de todos los colores, y no creyeron ni una sola palabra de las promesas gubernamentales. Reunidos en asamblea, decidieron formar la Unidad de Lucha Tepozteca, que se encargaría de hacer un seguimiento a las delimitaciones del terreno que ya realizaba el gobierno con la ayuda de los técnicos extranjeros, a organizar movilizaciones y a dar a conocer fuera del pueblo sus razones de lucha. La pri-

mera consecuencia fue la dimisión de los concejales priístas del Ayuntamiento, quienes fueron insultados y hasta zarandeados por los vecinos en un pleno acalorado que no acabó en duelo gracias a la intervención moderadora del alcalde. Siguieron las declaraciones públicas de apoyo a diferentes luchas que se estaban desarrollando al mismo tiempo en el país, como la de los indígenas chiapanecos y el EZLN. El tono de las declaraciones del Gobierno fue subiendo y se llegó a amenazar a los rebeldes con echarles encima a la tropa del ejército, y con cancelar toda obra o proyecto desde el gobierno de la entidad morelense. La respuesta de los tepoztecos se hizo más radical todavía, invitando a una delegación del EZLN a visitar el pueblo, y suspendiendo todo pago de impuestos federales. La insumisión fue ganando terreno, y los vecinos que se habían posicionado en contra de la protesta tuvieron que cerrar sus comercios y algunos abandonar la localidad, tras la toma por parte de la Unión de Lucha Tepozteca de los terrenos destinados a la construcción del complejo turístico y la expulsión del pueblo de los técnicos extranjeros de KS.

Con la intención de llevar su protesta a la capital ante las autoridades federales e intentando buscar apoyos entre los ciudadanos de la metrópolis, los tepoztecos organizaron una marcha al Palacio de los Pinos, residencia oficial del Presidente de la República en México DF. Durante todo el camino fueron hostigados e insultados por la policía y el ejército, pero fue ya en el Distrito Federal, llegando a Los Pinos, cuando los granaderos cargaron contra ellos con toda su fuerza y equipo y un anciano campesino, que de joven había seguido a Zapata, murió a consecuencia de los golpes policiales, además de resultar heridos varias decenas más de sus vecinos.

La acción represiva fue duramente condenada por toda la izquierda mexicana, y se creó un sentimiento de solidaridad

con Tepoztlán que hizo que cada fin de semana fueran más numerosas las personas en acudir al pueblo a solidarizarse con sus habitantes y su lucha. En vez de caer en picado, tal y como lo había pronosticado el gobierno mexicano, la actividad comercial y turística se incrementó, dotando de nuevos bríos al pueblo. Casi al mismo tiempo, debido a asuntos de corrupción y de complicidad con las bandas de secuestradores que asolan al Estado de Morelos, el gobernador de la entidad tuvo que dimitir tras ser publicados en la prensa sus manejos nada claros al frente del gobierno estatal, y la transnacional KS perdió el más fuerte apoyo que tenía en el conflicto tepozteco, abandonando el proyecto de manera definitiva de la noche a la mañana y sin dar razón alguna, pese a haber gastado ya más de doscientos millones de dólares en inversión.

Justamente, Eneko llegaba a Tepoztlán en las fechas en que se conocía la decisión de la multinacional. El ambiente en el pueblo era de euforia y las calles habían sido adornadas con banderines de colores a modo de celebración. Sobre la pared del Ayuntamiento, un artista local había hecho honor al muralismo mexicano y la lucha de su pueblo había sido reflejada junto a la de los indígenas de Chiapas en una mezcla de colores y tonos que resaltaban el sufrimiento, la dignidad, y un posible mejor futuro para los pueblos rebeldes. Cientos de grafitis adornaban las calles recordando el rechazo popular al proyecto antiecológico, o denunciaban a políticos y funcionarios apegados a sus poltronas y al poder.

Como era temprano, Eneko decidió subir hasta la pirámide antes de almorzar en el mercado. La subida comenzaba al fondo del pueblo en un camino de terracería que se iba estrechando, evitando el paso a los vehículos de motor. Algunos puestos de comida y refrescos ofrecían un alto en el camino para reponer fuerzas, pero Eneko siguió de largo sin detenerse, enfilando

una cuesta que se le hizo por momentos interminable. El camino se estrechó aún más y la tierra se fue convirtiendo en roca que semejaba escaleras naturales hechas por algún gigante de la montaña apresurado en ganar la cima. Muchas personas bajaban ya y algunas lo hacían corriendo, obligando a Eneko a apartarse a la orilla del camino para dejarles pasar. Vio muchachas vestidas de domingo que subían con zapatos de tacón por aquellas rocas, guardando un equilibrio precario mientras se ayudaban del apoyo de la mano de su enamorado, también vestido de domingo con botas altas de piel de víbora y sombrero blanco. Muchas familias cargaban la comida dominical, e incluso a los hijos poco acostumbrados a caminar, para pasar un domingo entre la magia de la antigüedad y los bosques de la sierra volcánica. Antes del último repecho, salvando un desnivel importante, unas escaleras de fierro ayudan al caminante a llegar a la pirámide. Cuando es mucha gente la que sube o baja, se crea un embotellamiento que obliga a hacer fila para subir o bajar durante bastantes minutos. Cuentan que en este lugar se solía colocar una banda de asaltadores que obligaban a aquel que llegara a entregarles todas sus pertenencias bajo la amenaza de un cuchillo o un revolver. El susto del paseante era evidente y los ladrones se perdían rápidamente con su botín, cuando les parecía suficiente, entre las cuestas y la vegetación sin dejar el menor rastro. Curiosamente, en los meses que duró el conflicto tepozteco, los asaltos se multiplicaron, y sólo gracias a la vigilancia y el arrojo de los campesinos del área se pudo poner en fuga a aquella banda de desalmados que amenazaba con espantar de manera definitiva a los turistas.

Una vez sentado sobre la base de la pirámide, matando la sed y el polvo del camino con una botella de agua comprada a los guardianes del lugar, Eneko se dejó seducir por el cansancio de la subida y por el impresionante paisaje que se abría ante sus

ojos. Los cerros del Tepozteco parecían dientes enormes que surgían de la tierra y se abrían paso entre las nubes preñadas de agua donde sólo los zopilotes y las águilas se atrevían a subir. El helecho rizado, una especie que nunca había visto Eneko antes, se amarraba con fuerza a las paredes de la roca donde la luz no quería acabar de entrar y se asociaba con diversas especies de cactus impúdicos en forma de falo en una supervivencia frágil que sólo el respeto por parte de los humanos podía salvar.

El día estaba claro y la vista alcanzaba a ver casi todo el Estado de Morelos y su capital, Cuernavaca, la ciudad de la eterna primavera, donde Hernán Cortés estableció su residencia de descanso tras la conquista. Los principales visitantes de la ciudad son los pudientes de México DF, quienes poseen casas con alberca y jardín, protegidas por altas bardas de piedra que no permiten ver nada desde el exterior. Sin embargo, los últimos años estos burgueses de carro lujoso y maneras criollas han desertado Cuernavaca debido a la ola de secuestros que han sufrido por parte de bandas organizadas que en la mayoría de los casos contaban y cuentan con la complicidad y el apoyo de políticos bien emplazados en el gobierno local y la policía, incluida aquella cuya misión es, precisamente, acabar con este tipo de delitos. Ni coches blindados, ni compañías de seguridad privada, ni tampoco los numerosos guardaespaldas que acompañan a los burgueses, fueron capaces de poner fin a la escalada de secuestros, muchos de ellos "exprés", por la rapidez con la que tenían el típico desenlace de pago de un importante rescate por parte de las familias de los secuestrados, haciendo que los pudientes visitantes de Cuernavaca desertaran esta plaza como un lugar al que acudir a descansar los fines de semana.

A su regreso al DF, Eneko se encontró con una buena sorpresa en casa de sus amigos, Koldo lo estaba esperando.

– Aupa, turista; ya se te ve mejor cara que cuando nos vimos la primera vez. Al parecer los paseos te han sentado bien.

– Ni que lo digas. Ya he quitado el color de cadáver que traje de los meses de estar enchupinado en una casa, escondiéndome de la guardia civil. En cambio, a mis pies no les está sentando bien tanta caminata, traigo unas ampollas que ya no las aguanto.

– ¡Ja, ja! ¿Quieres ahorrar sin tomar el metro? Mira que esto no es tu pueblo, que aquí para ir de un sitio a otro necesitas mucho tiempo, y si te da por ir andando, igual no llegas nunca. Hoy te traigo una buena noticia. Me han avisado unos compas que hay un trabajo de vendedor que te puede interesar. No pagan mucho por ahora, pero tampoco creo que sea muy cansado ni habrá nadie que te controle horarios.

– Vaya buena noticia, pero cuéntame más de qué se trata.

– Un español, de Santander, creo, tiene una fábrica de mermeladas que no le va muy bien últimamente, y necesita a alguien activo que le encuentre clientes entre los panaderos y los pasteleros. Ofrece un sueldo de 3.000 pesos mensuales y una comisión del 5 por ciento de las ventas, sin IVA, por supuesto. Ya sé que es poco dinero lo que paga, pero al menos empiezas a trabajar en algo, pues te hará falta dinero, ¿no?

– Pues si, como a todos. Y ¿dónde está la fábrica de este tipo?

– En la colonia Guerrero, un barrio del centro de los más viejos del DF y que tiene bastante mala fama.

– ¿Y ahí me queréis mandar?

– No pasa nada. Total, tú no tendrás que ir más que de vez en cuando a la fábrica, me imagino. Oye, y no le digas nada de ti ni de nosotros al patrón. No ha sido mala gente con los que le conocen, pero no sabe nada sobre que seamos refugiados. Ahí te inventas una historia de por qué llegaste a México que sea creíble y si sospecha que sospeche, que siempre es mejor eso que no a que se entere. Estos españoles se juntan muy a menudo entre ellos y son unos cotorros, que hablan más de la cuenta. Y como te imaginarás, entre ellos hay mucho facha, y de seguro también algún oreja de la zakurrada española, así que ándate al loro. No le des demasiada confianza no vayas a tener un disgusto después.

– Tendré que pensar en algo, una novia mexicana o que vine con un trabajo prometido y luego fue mentira, y que me quiero quedar en México porque me ha gustado el país. No sé, ya se me ocurrirá qué contarle. Y, ¿cuándo tengo que presentarme?

– Si quieres, mañana mismo. Aquí tengo la dirección y el número de teléfono por si le quieres hablar antes de ir. Pero me han dicho que a partir de las ocho de la mañana siempre está en la fábrica, así que puedes ir sin avisarle también.

– Mañana mismo voy. Suspendo el plan que tenía de ir a correr a Viveros, los jardines esos que están llenos de ardillas, y me presento con el gatxupín a ver qué dice.

– Sale, y que tengas suerte.

– Por lo demás, ¿qué cuentas? ¿Hay alguna novedad de casa?

– Bueno, nada. Ayer detuvieron al representante de HB que había venido a denunciar la expulsión de Andoni. Al llegar al aeropuerto de Barajas le esperaba la policía nacional y lo llevaron ante el juez Garzón, quien lo ha metido a la cárcel. Tam-

bién hay más gente detenida, al parecer todos trabajan en relaciones exteriores. Huele a otro montaje del Oreja y del yupi del Garzón. Si te descuidas, en unos meses los sueltan a todos, pero el escándalo que van a montar diciendo que han desmantelado el Super Ministerio de Relaciones Exteriores del MLNV va a ser tremendo. Espérate a alguna campaña en México en la prensa también; grandes titulares en los periódicos amarillos y la tele con algún reportaje especial sobre el entramado de ETA en Latinoamérica. La cosa es allanar el camino para seguir expulsándonos y permitir que la policía española actúe aquí como le dé la gana. Andate con cuidado y no te confíes, mira que estos desgraciados siempre andan como zopilotes y cualquier momento es bueno para darnos un madrazo.

– Sí, ¿verdad? No tengo mucha confianza de seguir en esta casa. Al fin y al cabo, por aquí ya ha pasado mucha gente y seguramente la zakurrada la controlará, aunque no veamos nada raro nunca. Si consigo el trabajo mañana, voy a mirar de buscar una casa; con lo que me dio la familia antes de venir y el sueldo, creo que puedo pagar una renta barata. Será cuestión de echarle ganas con las comisiones.

– Me parece muy bien, sobre todo si dices que tu moza va a venir a estudiar a México. Ten cuidado con la colonia donde vayas a rentar. Algunas serán baratas, pero igual te sale caro después. Y no compres muebles, yo tengo los míos en una bodega desde que tuve que salir corriendo. Por el momento no tengo intención de usarlos, así que te pueden servir y es un gasto fuerte que te evitas.

– Te lo agradezco; cuando los necesites me avisas y te los devuelvo. Y si no los vas a usar tampoco después, te los compro, ya sé que tienes intenciones de volver a Iparralde.

– ¡Cómo corren las noticias en este pueblo! ¡Esto está lleno de chismosas! Todavía no es seguro, tengo que esperar noticias de casa. Pero espero irme para allá antes de Navidades, mi hija ni se lo va a creer.

– ¿Cuántos años llevas en México?

– Si me voy en Navidades no cumplo los veinte, llegué a mediados de enero. Espero que tú no te tardes tanto en regresar al menos a Iparralde.

– ¡No digas eso! Veinte años aquí son muchos.

– Oye, ¿no podrías echarme una mano con algunos asuntos discretos? Ver de vez en cuando a unas personas, llevarles alguna carta…

– Lo que me digas; yo estoy dispuesto a echar una mano en lo que me digas. La casa también, podéis meter gente si hay alguien que lo necesite.

– Me alegro de tu actitud, cuento contigo y te aviso en cuanto tenga algo. Y de la casa tranquilo, primero consigue mañana el trabajo.

No fue difícil para Eneko conseguir el trabajo de vendedor de mermeladas. Julián Gómez Peralta, que era como se llamaba su patrón, enseguida se dio cuenta que aquel joven era movido y que necesitaba ganarse la vida en algo, además que decía haber trabajado en el ramo de la panadería, y a pesar que no le importara que no tuviera papeles en regla, pues de todas formas no quería asegurarlo, algo le había dicho que no estaba muy clara la historia que había contado sobre un trabajo que había perdido y que su novia tenía que venir a México a estudiar y

se habían animado los dos. Y como era vasco, al empresario enseguida le vino a la mente la duda de si se trataba de un "etarra", y ni corto ni perezoso se lo preguntó. Pero el joven no dudó e hizo como si se enfadara, consiguiendo que Gómez Peralta se disculpara, aunque guardara la duda. De todas formas, pensaba, no le importaba mucho tampoco. Él era apolítico convencido, con tal que le dejaran seguir trabajando en su negocio de dulcerías y no subiendo los impuestos, el resto no le importaba. Podía venir la derecha o la izquierda, que los vascos quieren ser independientes, que lo sean, pero que ya dejen de matar, que eso si no estaba bien. Para la política mexicana pensaba lo mismo, era igual PRI que PAN que PRD, la cosa es que dejaran ya de organizar marchas en la ciudad, pues luego no hay manera de circular por los atascos que se crean, y sobre todo que a nadie se le ocurra subir los impuestos. Su padre sí había sido un militante político. Desde joven anduvo con los Flechas de la Falange y en la guerra participó desde el primer día a las órdenes de un general muy cercano a Franco. Conoció matando casi toda la geografía de la península y varias de las islas, pero jamás subió de grado más de cabo chusquero, y con la victoria de su bando y todo, no le quedó de otra que emigrar a América en busca de mejores perspectivas de vida para él y su familia. En México guardó su ideología intacta y el centro de la sala de su casa lo presidía un enorme retrato de Franco en uniforme de campaña, pintado al óleo que encargó a un pintor mexicano. Aquí consiguió montar el negocio que había heredado su hijo Julián Gómez Peralta, aunque en su fuero interno sabía que su situación financiera no era la de sus momentos de gloria al retirarse y dejarlo en manos de su descendiente, quien heredó asimismo demasiadas deudas y pocos clientes pagadores, por lo que necesitaba ampliar su cartera a corto plazo si no quería quebrar, buscar un empleo y no poder organizar su vida como empresario.

Gómez Peralta pensó que Eneko era su primera buena adquisición después de haber despedido en el último mes a cinco empleados y una secretaria, pues ya le era imposible pagar al Seguro Social y al Infonavit. Era cuestión de esperar a ver cómo funcionaba el chaval, y si todo iba bien, hasta le podía ofrecer un poco más de salario para que no se fuera a otro sitio.

El tiempo dio la razón al empresario y Eneko comenzó a llevarle pedidos de panaderías y pastelerías hasta el punto que tuvo que contratar a destajo dos muchachos para que dieran abasto a la producción. Parecía que Eneko caía bien entre la colonia española, mayoritariamente gallega, que poseía numerosos negocios relacionados con el ramo. El joven sabía perder un rato con cada uno de ellos hablando de fútbol, de economía, del pan, de mujeres, del clima, o de lo que fuera, intentando darles una atención personalizada que consiguió ganarse a algunos como amigos, sin que en ningún momento nadie sospechara de quien se trataba, y aumentando en varios miles de pesos su sueldo con el asturiano gracias a las comisiones que recibía.

La bonanza económica hizo que Eneko rentara un departamento en la colonia Buenavista, muy cerca de Insurgentes norte y de la Estación del Ferrocarril. El metro Guerrero no quedaba lejos y tampoco su trabajo, aunque nada más solía ir por la fábrica una vez a la semana e intentaba no hablar con su patrón por teléfono más que lo justo relacionado con el trabajo, intentando evitar que le preguntara sobre su vida pues se había dado cuenta que quizá sospechaba. El departamento lo amuebló con las cosas prestadas por Koldo y lo decoró con las artesanías mexicanas que había ido comprando en sus paseos. Ahora nada más faltaba que Amaia pudiese venir a vivir a México, pensaba Eneko mientras le iba ganando el sueño en la primera noche que dormía en su propia casa.

El primer sábado que Eneko se encontró sólo y sin saber qué hacer, decidió darse una vuelta por el tianguis del Chopo, un lugar donde, según le habían contado, se reunían los rockeros mexicanos cada semana. El lugar se encontraba cerca de su casa, justo detrás de la Estación de Ferrocarriles, y hacia el mediodía las calles están más concurridas, por lo que Eneko aprovechó para acercarse al lugar. En la esquina de la Estación, dos jóvenes punk de cabello multicolor se vinieron hacia él y de bastante malas maneras le pidieron una moneda, negándose Eneko a dársela y ganando así una cara de desprecio de los dos jóvenes que enseguida se abalanzaron hacia otras personas que llegaban. Adentro, en el mercado, todo era un bullicio de gente que husmeaba entre el material ofrecido en los puestos, música de todos los estilos del rock, donde también se encontraban la mayoría de las producciones de grupos vascos, pirateadas de CD´s y vendidas a bajo precio en formato de cassette. Esto le hizo pensar a Eneko que al menos a través del rock los jóvenes de otros países hayan conocido algo de Euskal Herria.

Negu Gorriak, Eskorbuto, RIP, Doctor Deseo, Korroskada, Cicatriz, Lin Ton Taun, Etsaiak... sonaban a todo volumen con toda normalidad entre otros ritmos más nacionales y extranjeros. Camisetas de mil colores y dibujos, que uno podía incluso encargarse hacer como modelo exclusivo y de mil reivindicaciones pendientes y pasadas. "Punk not death!", "Marcos somos todos", "Libertad para Mumia", "Anarkia", "Distorsión sozial", "Legalización marihuana", "Viva México, cabrones!"… Los locales de Peircing-Tattou estaban llenos de personas que pasaban entre los maestros tatuadores y sus clientes-soporte en busca de algún nuevo diseño que llevarse a la piel, o simplemente por el morbo de ver cómo eran tatuados otros. Sin embargo, lo más llamativo de todo en el tianguis era sin duda la

propia gente que acudía cada sábado. Todas las tribus urbanas estaban representadas, con sus diferencias de modas, vestimentas y filosofías. Punk´s de las colonias populares con su carga de pinchos, crestas de colores, cadenas y parafernalia sadomasoquista adornada por hilachos de tela escocesa; dark´s de tez blanquecina y vestimenta negra rescatada de alguna serie televisiva de terror, quienes a pesar de su tenebroso aspecto se limitan a dejarse ver por los espantados ciudadanos y a ser amigos de todo el mundo que tenga a bien aceptarlos en su banda; skin´s de cabeza rapada y aires fascistas que reivindican un lugar entre las tribus antisociales y luchan por sacudirse la etiqueta nazi; rockeros sin apellidos que nunca han dejado de estar en la onda, a pesar de la invasión de canas que sufren sus cabelleras y a las arrugas que delatan su pasada cuarentena; niñatos de barrio bien que llegan a cambiar sus discos comprados en las tiendas de los barrios elegantes por otros más rústicos de productora independiente; niñas de salón de belleza que buscan ser descubiertas por algún cazatalentos de multinacional disquera y se pasan toda la semana preparándose para el paseo sabatino; rockeros honestos y verdaderos educados en la anarkia y la rebelión, en la solidaridad con todas las causas por muy lejanas y extrañas que sean; mercaderes de sueños y mercancías que intoxican a la gente con tanto querer enriquecerse y cortar sus sustancias psicotrópicas hasta el límite de la muerte ajena; mercaderes otros de ritmos varios que disfrazan su mísera condición de fenicios apegados al poder y aprovechados de todas las modas para vender en el medio alternativo lo que la gente pida; señoras de clase media moderna que acompañan por primera vez a sus entusiastas y jóvenes hijas y no regresan jamás ni las unas ni las otras por el espectáculo de ver a la chusma en acción y en su salsa; jóvenes sin más que buscan un lugar donde su mundo tenga sentido, sus códigos sean comprensibles por otros como ellos y donde

crean ser comprendidos en sus miserias diarias; olor a pegamento en cientos de alientos de niños desesperados de tener como hogar el cemento y como única aspiración en la vida un sueño sintético que se come el cerebro...

Siguiendo una tendencia que parece mundial, el tianguis del Chopo se ha mercantilizado con los años. Si bien en un principio nació como la expresión subterránea de una juventud mexicana que buscaba su propio espacio de expresión, de reunión y protesta contra un sistema reaccionario y paternalista, con el tiempo todo se ha hecho demasiado formal. Los grupos que tocan cada sábado deben esperar su turno en una lista que manejan los organizadores a su libre antojo; los comerciantes ya han puesto cupo y se niega a nadie más la posibilidad de montar su puesto; educados y entusiastas guardianes de seguridad de la organización cuidan las entradas y el lugar para que nadie se salga de su sitio o se vendan sustancias prohibidas demasiado a la vista; aquella expresión libre de la juventud mexicana se ha convertido en algo tan formal y previsible que ha matado la espontaneidad de sus comienzos, se ha perdido el derecho al desmadre en aras de recibir la autorización de las autoridades para que se realice cada semana sin problemas; los aires de frescura de entonces se han convertido en lo correctamente previsible, pese a que a veces grupos de claro talante combativo liberen sus gritos y ritmos más antisistema en este lugar.

Eneko aprovechó el paseo para comprar algunas cintas de grupos de rock mexicano que no conocía hasta ahora. Rebeld´punk, Orines de Puerco, Desarmador... Y entabló conversación con un cuate flaco y alto que llevaba media cara tatuada al estilo de los maorís de Nueva Zelanda, y vendía un cómic tan subterráneo que apenas podía ser leído por la mala calidad de la impresión. Como enseguida identificó su acento extranjero, Octavio,

que así se llamaba el cuate, le preguntó de dónde venía y en un momento de duda, Eneko se descubrió como vasco. Octavio se alegró de conocer a un vasco en persona y le invitó a tomar un trago de cerveza de su cagüama mientras emitía unos sonidos según él en euskara y que decía se los había enseñado un amigo que había estado de vacaciones en Euskal Herria y participó en alguna manifestación a favor de los presos vascos que acabó en enfrentamientos con la Ertzaintza y con el turista mexicano en comisaría, siendo expulsado después del Estado español por inmiscuirse en asuntos internos. Eneko oía la plática de Octavio, pero no podía desviar su mirada del tatuaje en la cara del joven, hasta que se atrevió a preguntar.

– ¡Vaya tatuaje que te has hecho! No sé si decir que es bonito, pero no hay duda de que es original.

– ¿Qué pasó, vasquito? ¿A poco en tu tierra la gente no se tatúa?

– Pues sí, allá también hay locos para todo, pero jamás había visto uno como el tuyo.

– La idea la tomé de una película de la isla de Pascua que vi en el cine, Rapa–Nui se titula. Y como buscaba algo original que tatuarme, ni lo dudé. Le pedí a un cuate que me hiciera el diseño en papel y me fui con un amigo a que me lo tatuara. Al principio el güey no quería, decía que no se hacía responsable del resultado, pero lo convencí con una lana y aquí lo traigo desde hace tres meses. Yo estudio antropología en la UAM, y ya estoy harto de la pinche gente que tengo como compañeros y como maestros, aunque entre estos sí hay algunos buena onda. Hay mucho fresa que estudia antropología nada más porque se aburren y es una manera elegante de perder el tiempo. Pero yo quiero dedicarme a ello y pensé que la mejor

manera de provocarles era con esta facha. Desde que aparecí así por el salón nadie se ha atrevido a decirme nada, y que ni se les ocurra porque a alguno ya le traigo ganas de darle en la madre.

– ¿Y en tu casa, no te dijeron nada tampoco?

– De mi casa me pelé hace años. Mi papi es alcohólico perdido y le gusta jalarle de las trenzas a mi jefa cada vez que llega teporocho a la casa. Me aburrí de defenderla y que luego no me lo agradezca, y me fui a vivir con un tipo que resultó adicto a la cocaína que no tuvo mejor ocurrencia un día que vender todas mis cosas para pagarse su maldita dosis. Cuando regresé a la casa y me di cuenta, le di en la madre a todo lo que tenía, rompí todo lo que pude y me llevé la grabadora que todavía no había vendido el desgraciado. No recuperé nada de lo perdido, pero al menos me desahogué a gusto y esperé a que regresara el cuate a la casa para ponerle una madriza en las costillas que todavía seguro se acuerda de mí. Luego conseguí una chamba de ayudante de un maestro de la universidad que está haciendo su tesis de doctorado, y ahí estoy aún, compaginando la chamba con los estudios y el rock´nroll. Este cómic lo hago en su computadora en horas de trabajo, pero el muy pendejo ni se da cuenta, luego llevo los originales con una amiga que trabaja en una tienda de copias y ella me hace el favor con unos centavos. Me sale económico así. Lo vendo barato, digo en él lo que quiero y me gusta y además ya ves que siempre saco alguna cosa de tu tierra, me gusta mucho Cicatriz y La Polla. Hace como tres años estuve en un concierto que dieron en el Circo Volador y aquello acabó a tortazos con los granaderos. ¡Estuvo chido! El cuate ese de La Polla, el que canta, es muy bueno, y sabe meterse a la gente en el bolsillo. Ese cuate está bien pinche loco. ¡Chido, güey!

– Alguna vez yo también los he visto en concierto y es verdad que saben calentar el ambiente. En Arbona, un pueblito de Euskadi Norte, los jóvenes organizaron el concierto por fiestas y el párroco, que por cierto este sí es buena onda, abertzale, pidió el permiso para poderlo hacer en el frontón. Pero a los de La Polla no les importó mucho y mientras cantaban la canción de "Salve" le dieron fuego a una cruz de palos que algún chalado del público les pasó.

– ¡Órale! Eso es lo que haría falta aquí, con tanto pinche cura y monja que tenemos a uno le amargan la vida, con su pinche moral podrida y tanto catolicismo atonta pendejos. Una de esas habría que organizar en el Zócalo, para que lo oigan chido desde la Catedral, ja, ja.

– Ahora que la izquierda está en el gobierno de la ciudad igual es posible hacerlo, ¿no?

– Ni lo sueñes, may. La pinche izquierda mexicana no cree en la juventud. Es una banda de pinches abuelitos, aunque de edad sean jóvenes, no hace mucho le trajeron a Manu Chao al Zócalo y parecía aquello una reunión de escolares reprimidos, pues no te dejan hacer desmadre. Quieren que oigas el toquín como si estuvieras en la ópera, no más te digo que empecé a cantar en voz alta la canción de "Clandestino" y los pendejitos que tenía detrás me silbaron para que me callara.

– Pero seguro que tú no lo hiciste.

– ¡Ni madres! Me volví y les eché con todas mis fuerzas el humo de la hierba que me estaba fumando y los espanté que no veas. ¡A la chingada! Pinches fresas modernos que alucinan con el punk y luego va a buscarlos a la universidad el chofer de su papacito. ¡Pinche gente tarada! Oye, a propósito. ¿No le entras a la hierba? Conozco un cuate que la da barata y bien

surtida. Déjame que lo busque y si quieres compramos un tostón a medias y nos echamos unos churros.

– ¿Por qué no? No tengo mucha costumbre de fumar hierba, pero si te empeñas…

– ¿A poco no se fuma hierba en tu tierra, vasquito?

– Poca. Allá le damos más al hachís, pero sobre todo al alcohol. Y también a las mierdas sintéticas esas…

– ¡Pinches vascos! Ustedes sí que saben, buen canuto, buen kalimotxo, ¡y a darles en la torre a la policía!

– No me digas que conoces el kalimotxo.

– Pues sí, may. El cuate que te digo que estuvo por allá me enseñó a prepararlo y cada sábado me pongo bien pedo con otra gente en la casa, aunque nos gusta más la chela. Ándale, no te alejes mucho y te invito a tomar un trago luego en mi cuarto.

– ¿Dónde vives?

– En la Guerrero. Rento un cuarto de azotea. Es pequeño, pero todavía lo puedo pagar con lo que me queda de la chamba. Anímate, que hoy toca reventón. Si quieres darte una vuelta por el tianguis, yo voy a vender los cómics y luego nos vemos. Mientras, a ver si veo al cuate de la mota y yo la compro, luego nos arreglamos, ¿sale?

– Sale pues, al rato nos vemos.

La casa de Octavio estaba en la azotea de un edificio de vecindad en la calle Miguel Hidalgo de la colonia Guerrero, a cuatro cuadras de la fábrica de mermeladas y a dos del metro Hidalgo.

Las empinadas escaleras daban paso a la azotea de la casa, donde varias mujeres ocupaban los lavaderos con la colada de la semana mientras cotorreaban los últimos chismes. Con la llegada de los dos jóvenes, se hizo el silencio y Eneko se sintió apurado cuando Octavio pasó junto a ellas sin saludar, sintiendo una clara tensión que le advertía de la mala relación vecinal existente. A sus espaldas oyó a las mujeres insultarlos

– ¡Pinches marigüanos puercos!

Pero ante la indiferencia de su amigo, optó por imitarlo y lo siguió hasta el final de la azotea, traspasando una puerta de palos que marcaba los dominios del mexicano-maorí.

– ¡Pásale! Estás en tu casa. No te fijes del desmadre, no tengo tiempo para limpiezas, y la verdad, tampoco soy muy clean. Con mi jefa siempre era un pedo tener que limpiar mi cuarto.

– Gracias. Por mí no te preocupes, acabo de rentar un departamento cerca del Chopo y está bastante desordenado todavía.

– Algún día me invitas y llevo una botella de mezcal que hace mi tío en Oaxaca, seguro que ni sabes qué es.

– No, no lo conozco. El tequila sí he probado.

– No. ¡Nada que ver! Encima el de mi tío es especial, ¡puro fueguito que hace el hombre! Una vez casi mata a medio pueblo de lo fuerte que le salió; si no es por el médico, que se lo compró para desinfectar heridas, lo matan. Lo has de probar, por estas. Pero pásale, pásale… si esta pinche llave quiere, chingaos.

Octavio vivía en el peor de los desórdenes; junto a la cama, que ocupaba la mitad de la estancia, se acumulaban periódicos

y revistas, ropa sucia y ceniceros llenos de colillas y ceniza, botellas de refresco vacías, latas de cerveza apachurradas y varias cosas más que Eneko no identificó. En una mesa pequeña apoyada en la pared, pilas de libros se peleaban el espacio con restos de comida de varios días, y más ceniceros desbordaban de ceniza sobre los libros.

– Siéntate, güerito, siéntate en la cama. Ahorita te hago un lugar.

– Tranquilo, yo me arreglo.

– Voy a buscar una botella del mezcal de mi tío, para que lo pruebes. Y lía un churro mientras si quieres, ahí por la cama he de tener sábanas.

– ¿Sábanas?

– Sí, papel de arroz, de liar o como le llames tú.

– Mira que tenéis palabras raras por aquí, nunca me hubiese imaginado de qué se trataba.

– A poco es tan diferente el español de México del español de España.

– Sí, hay muchas palabras diferentes. Y también expresiones que allá no se usan. De todas formas, no soy yo un experto en español, ya te dije que soy vasco.

– Y ¿sí hablas tu lengua?

– Sí, mis padres no la hablaban porque nadie se la enseñó ya que estaba prohibido. En cambio, mi abuelo paterno era vascófono; el franquismo no dejaba demasiado espacio para las lenguas que no fueran el español. Se puede decir que estuvieron prohibidas durante cuarenta años.

– ¿Cuarenta años? Y ¿no se perdieron?

– Perderse completamente no. Pero sí entraron en una etapa de desaparición acelerada, algo que los lingüistas llaman disglosia, cuando dos lenguas diferentes se utilizan en el mismo espacio una llega a ser la dominante y poco a poco va reduciendo el espacio de la otra, hasta hacerla desaparecer.

– Pero ustedes los vascos son bastante necios como para que eso pueda pasar, ¿no?

– ¿Necios?

– Sí, cabezas duras, aferrados, obstinados.

– Ah, sí. Se ha luchado mucho por crear primero, y luego mantener una enseñanza en euskara para las nuevas generaciones, también para enseñar la lengua a los adultos que no la conocen, así la recuperé yo, o para crear medios de comunicación en vasco... Pero solamente gracias al trabajo de la gente ha sido posible que la lengua no siga retrocediendo. Las instituciones no ayudan mucho…

– Ha de ser como acá; en mi tierra hay maestros bilingües en las escuelas de la sierra, mazatecos, pero luego no les pagan, o nunca tienen materiales como libros, programas, etc. y se cansan de malvivir y abandonan las clases, con lo que los niños y las niñas se quedan sin escuela casi todos los años. Y eso cuando los padres se animan a enviarlos a la escuela, pues como casi todo el mundo vive del campo, se necesitan brazos y los niños deben trabajar junto a sus padres y faltan mucho a la escuela. Con las niñas es peor, pues los padres tienen una mentalidad atrasada y machista que ve innecesario que aprendan, ya que las destinan al matrimonio desde muy jóvenes y se quedan hasta ese día en su casa ayudando a la madre y las hermanas y

aprendiendo a ser buenas amas de casa, fieles y sumisas esposas y madres dedicadas.

– ¿Y el gobierno no obliga a los padres a educar a sus hijos?

– El gobierno no hace ni madres. Otorga unos presupuestos a los gobiernos estatales destinados a la educación en las zonas rurales del país, pero rara vez llegan a su destino, muchos funcionarios, por no decir todos, son corruptos y se quedan con la lana. Hace ahorita un mes estuve haciendo trabajo de campo en una comunidad purépecha de Michoacán y me hice amigo del maestro de adultos que luchaba por enseñarles a leer y escribir en su lengua y en español. El cuate ya estaba desesperado, hacía cuatro meses que no le pagaban, nunca le llegaban los materiales que le prometían desde México, cuando llegaban eran tan malos y tenían tan poco que ver con la vida y la realidad de la gente del lugar que lo veían como algo extraño y enseguida empezaban a dejar de ir a los cursos. Los indígenas adultos quieren aprender sobre todo español para poder defenderse cuando salen de sus pueblos, para vender a otra gente sus productos del campo o las artesanías que hacen, pero se aburren pronto porque nada de lo que se hace está verdaderamente destinado a ellos y ellas, no entienden, se les hace muy extraño, y desertan enseguida. En este país, la educación es dizque gratuita, eso dice en la Constitución, pero la realidad es que sólo los ricos pueden costearse sin problemas los estudios.

– Creo que es en todos lados parecido, aunque aquí sea más grave por la necesidad de acabar con los altos índices de analfabetismo que existen entre la población.

– Aquí está canijo. Ni mi papá ni mi jefa aprendieron nunca a leer o escribir. Cuando llegaron al DF desde Oaxaca, tuvie-

ron que echarle muchas ganas para sobrevivir en la ciudad, y el trabajo les quitaba todo su tiempo, ni soñar de ponerse a estudiar. Pero al menos si medio aprendieron a leer y escribir y algo a contar, sumar y restar. Lo más básico. En cambio, mis tíos y tías del pueblo ni siquiera eso. Cada vez que tienen que escribir alguna carta a la Secretaría de Reforma Agraria o para un préstamo, tienen que ir con el escribano que pasa una tarde al mes en el pueblo, y, el muy rata, se queda con una feria cada vez. Este es el panorama en la mayoría del campo mexicano.

– A vosotros los jóvenes os toca pues cambiar las cosas. Irse de brigadista a algo así…

– Sí, ¡para que te jodan en dos días! Desde que llegó Zedillo a la presidencia, y también desde el levantamiento zapatista en Chiapas, el país se ha llenado de milicos. Han sacado a la tropa de los cuarteles y andan chingando a la gente en todo el país. Acá no es como por Europa; si molestas te dan dos balazos, te dejan en una cuneta, y se acabó el problema, ¡ta´cabrón!

– Y la gente que viene de fuera a solidarizarse con Chiapas ¿no puede denunciar esto?

– ¿Denunciar dónde? ¿En México? A este gobierno le importa madres lo que digan de Chiapas fuera, pues sabe que los gobiernos le apoyan, aunque la gente luchadora de allá proteste y ya ves que a muchos de esos cooperantes los han expulsado enseguida, no vaya a ser que viesen demasiado lo que en realidad se cuece en la Lacandona y en otros Estados. Pero, además, algunos de esos europeos y gringos, ya me puedes perdonar si te molesto, son unos pendejos que vienen de turismo revolucionario o en busca de emociones fuertes. Algunos llegan tan preparados con sus trastes eléctricos para rasurar o depilarse, sus televisores y computadoras portátiles y demás,

que luego dan risa cuando se dan cuenta que allá en la selva no sirven de nada pues no hay luz eléctrica. Y también las maneras que traen son bastante molestas para los indígenas. Eso de andar encuerados o dormir o bañarse juntos hombres y mujeres no cae muy bien entre las comunidades, que se sienten molestos por lo que es de ofensa a sus maneras de vivir, pensar y organizarse.

– Y con tu pinta, ¿tú no tienes problemas para andar por la sierra?

– ¿Mi pinta? Ah, con estas fachas quieres decir. Pues sí, en cuanto llego al retén de milicos ahí se vienen molestando, me piden la credencial pues no se creen que sea mexicano y en una ocasión que fui con una caravana organizada por la UAM a la Lacandona, me hicieron descender del camión y me tuvieron retenido dos horas hasta que mis compañeros y compañeras de viaje protestaron y nos dejaron seguir el viaje. Ahí que tengamos vacaciones en la escuela, nos vamos para la costa de Jalisco.

Eneko se sentía feliz y mientras se dirigía al metro para regresar a su casa, soñaba con el día en que Amaia llegara a México a quedarse con él a vivir. O más bien contaba los días que faltaban para la llegada, pues en la última llamada a Euskal Herria, el hermano de Amaia le había dicho que estaba arreglando unos asuntos en el Consulado mexicano en Bilbo para convalidar sus estudios, y para conseguir un documento que la acreditara como estudiante. Era cosa de semanas, y Eneko debía todavía arreglar un poco mejor la casa para darle a Amaia un buen recibimiento. Pero aún debía pasar por la fábrica de mermeladas. Julián Gómez Peralta le había convocado y Eneko no sabía de

qué podía tratarse, haciéndosele algo sospechoso que su jefe hubiese estado tan amable cuando le pidió que pasara hoy sin falta por la fábrica, pues le tenía una buena noticia.

– Buenas... ¿Qué tal anda todo?

– Buenas tardes, qué bueno que has venido, te tengo una sorpresa.

– Espero que sea buena.

– Sí hombre, ni que te hubiese dado yo alguna mala noticia nunca. Mira, se trata de un carrito que he comprado. Bueno, mejor dicho, se lo he requisado a un antiguo cliente que me debe dinero desde hace varios años. Sé que no me va a pagar nunca y esta mañana he vuelto por su casa a cobrar. Como siempre, no tenía dinero, pero yo ya no espero más a cobrar la deuda, así que le he propuesto que me diese el coche a cambio de lo que debe, y ha aceptado. Yo no te puedo subir el sueldo ahorita, ya sabes que apenas empezamos a salir de la mala racha que teníamos, pero sí quiero que te quedes a trabajar conmigo y, en vez del aumento, te ofrezco este carro para que lo uses tú lo que quieras. Yo me hago cargo del cambio de papeles, del seguro y de los gastos que haya de reparación. Tú pagas la gasolina, ¿qué te parece? Es un buen acuerdo, ¿no?

– Sí me parece un buen acuerdo. ¿Cuándo me lo podría llevar?

– Hoy mismo si quieres. ¿Tienes algún lugar donde dejarlo en las noches?

– Debajo de mi casa hay un estacionamiento que pertenece a la casa, pienso que me corresponde un lugar como a todos los vecinos. Igual me lo llevo hoy mismo, y me entero si es mío o no un lugar allí.

– Como quieras, está tu disposición desde ahora mismo. Oye, y hazle una visita al gallego de Iztapalapa. ¿Cómo se llama? Hace años me compraba bastante fruta en almíbar para los roscos de reyes. Eso se compra siempre con varios meses de adelanto. Pero tiene ya mucho tiempo que no han pedido. Date una vuelta y ve qué cuenta. Es buen pagador y consume bastante, son seis panaderías por ese rumbo. Esta es la dirección y el teléfono donde suele estar el mero mero, está a un paso del metro Cerro de la Estrella. Además, he oído en el Centro Asturiano que anda manejando bastante dinero, que ha comprado una casa en el Caribe…

– Mañana voy, no muy temprano pues hasta que no sale la primera hornada los panaderos ni te pelan. Luego tienen más tiempo que perder con un proveedor.

– Que tengas suerte.

El Cerro de la Estrella está en el populoso y popular barrio de Iztapalapa, al oriente de la capital mexicana. Desde tiempos prehispánicos, el barrio ha tenido uno de los cementerios más grandes del mundo, donde se ha enterrado a los difuntos de diferentes formas a medida que pasaban las épocas y las unas culturas dominaban o eran dominadas. Parece ser que su instauración como cementerio se produjo a mediados del siglo XIV, coincidiendo con el asentamiento en el centro de México de la cultura mexica, quien daría origen al imperio azteca años más tarde. Aún hoy en día, en este lugar se sigue enterrando a muchas personas que fallecen en la capital mexicana, y cada año, con motivo de las fiestas de los Muertos en noviembre, recibe a miles de visitantes que llegan y pasan un rato con sus difuntos, ofreciéndoles la música que les gustó en vida, comien-

do sus viandas preferidas o emborrachándose con los licores a los que fueron aficionados en su vida terrena. Las cenpaxotchil o flor de los Difuntos convierten el cementerio en un enorme jardín donde es cuestión de honrar a aquellos y aquellas que formaron parte de la familia y dejaron este mundo alcanzando la muerte como continuidad misma del tiempo, desde donde siguen velando y protegiendo a sus familiares y amigos.

En Semana Santa, el Cerro de la Estrella también acoge a miles y miles de turistas que llegan de toda la República mexicana a contemplar la representación viva de la Pasión y Muerte de Cristo, preparada por los habitantes de Iztapalapa durante todo el año, como algo propio de este barrio pobre de la ciudad desde hace ya varias décadas. La representación por parte de los y las iztapalapenses de este evento católico es tan fervorosa que cada año un voluntario carga con los sufrimientos de Cristo, su corona de espinas, los golpes, la cruz, y es crucificado de la misma manera que lo fue el de Galilea hace dos mil años para el deleite de miles de turistas.

La panadería del gallego se encontraba junto a una de las salidas del Metro Cerro de la Estrella, por eso Eneko no tuvo demasiadas dificultades para encontrarla. Se trataba de un antiguo local que inundaba de olor a pan y harina caliente toda la manzana. En la entrada, una muchacha le preguntó qué deseaba.

– Buenos días. ¿Se encontrará el patrón?

– ¿Quién lo busca?

– Ignacio Ramírez, de Mermeladas La Peña Dulce. Aquí tiene mi tarjeta.

– Permítame un momento, voy a ver si se encuentra.

La muchacha entró al interior de la panadería, de donde salían constantemente diversos empleados, ataviados con mandiles blancos sucios de harina y crema pastelera que cargaban bandejas con los bolillos recién hechos y muchas clases diferentes de panes dulces.

Tras cinco minutos, apareció un personaje de unos cincuenta años, pequeño de estatura y pronunciada barriga que venía limpiándose las manos sucias de harina con un trapo.

– Dígame, soy Manuel Piñeiro, propietario de esta panadería.

– Buenos días, soy el representante de Mermeladas La Peña Dulce.

– Hombre, eres español, ¿verdad? Y por el acento diría que del norte. ¿De dónde eres?

– De Bilbao.

– ¿Vasco? ¿No serás de la ETA?

– ¡No hombre! ¿cómo crees? No todos los vascos somos de la ETA.

– No sé, no sé. Con todos los líos que están pasando por allá. ¿Y qué vendes?

– Ya te digo que mermeladas. Tenemos una buena variedad y calidad. También vengo ofreciendo fruta en almíbar, higos, perón...

– ¿Ya andan vendiendo para el rosco de Reyes? Parece que la competencia está fuerte, pues nunca nadie había venido ofreciendo eso por estas fechas.

– Sí, y como los precios andan subiendo cada mes, pensamos que al comprador le interesa adelantarse con esta compra.

– Precio, eso es lo que yo busco. La calidad es en la panadería menos importante; al fin y al cabo, nadie se da cuenta de si la fruta es mala o regular. En este barrio lo que pide la gente es mucha cantidad por poco precio, así que te escucho, porque al fin y al cabo es lo que me importa.

– En precio andamos parejo con la competencia. Pero también podríamos ver una posibilidad de crédito por una cantidad un poco importante; a mí, lo que me interesa es vender, y dar un buen servicio para que el cliente se sienta satisfecho.

– Los vascos tenéis fama de ello. Ya sabrás que buena parte de mis competidores son vascos; bueno, navarros. Y aunque siempre tenemos que estarnos vigilando unos a otros, la relación es buena en el gremio. Me gusta lo del crédito, que ahora todos lo necesitamos para poder sobrevivir a esta inflación loca que hay en el país. ¿Cuánto tiempo me darías de crédito?

– Depende del volumen de compra, pero…

– Yo gasto al año doscientas cubetas de mermelada de diferentes frutas, y para el rosco otras veinte de higo y diez de perón…

– Con esa cantidad te puedo ofrecer un mes de crédito…

– ¿Nada más un mes? Que sean cuarenta días y ahora mismo te hago un buen pedido.

– No sé, debería verlo con mi patrón…

– Déjale a tu patrón fuera de esto. Yo llevo treinta años al frente de este negocio y conozco tu compañía desde hace mu-

cho. Hace años le comprábamos al viejo patrón, cuando todavía vivía mi padre. Pero no sé qué pasó y se enfadaron, luego he andado comprando aquí y allá, sin comprometerme con nadie. Pero como entre españoles tenemos que ayudarnos, si nos ponemos de acuerdo hoy mismo te hago el pedido.

– De acuerdo pues, que sean cuarenta días de crédito. Si mi jefe protesta ya buscaré la manera de callarlo.

– Así me gusta, vasco. ¡Anastasio! Prepárame una lista de lo que necesitemos de mermelada, y también mira qué tenemos para el rosco que haya sobrado del año pasado. Enseguida nos traen la lista, vasco. ¿Cuánto tiempo llevas en México?

– Unos meses. Mi mujer tiene que venir a acabar la carrera aquí y yo también me he animado para estar con ella.

– Ja, ja. Ya dicen en mi pueblo que dos tetas tiran más que dos carretas. Así que te has venido tan lejos a trabajar siguiendo a tu vieja.

– Algo así. Pero también para conocer un poco el mundo, que si uno se queda en el pueblo toda la vida, parece que se derrocha la vida.

– Mis padres llegaron aquí con las manos en los bolsillos. Eran tiempos jodidos en España y había mucha hambre. Después de la guerra, con todo lo que se robaron los rojos, no quedó ni para comer. Aunque vosotros los vascos no hicisteis mucho por poner las cosas en orden…

– Yo no conocí esos tiempos, pero en mi familia también pasaron muchas necesidades entonces, por lo que contaba el abuelo hubo mucha hambre.

– ¿Hambre? Hambre pasamos los gallegos, que tuvimos que emigrar por miles. Salir del pueblo con unas alpargatas rotas y venir a estas tierras a trabajar como burros para tener algo hoy. Pero no te voy a dar un sermón con esto. Eres muy joven y poca culpa tienes de las tonterías de tus abuelos, para celebrar este negocio te invito a un vino de mi tierra. ¡Anastasio! Tráete la botella de Ribeiro que está en el refrigerador, y dos vasos limpios…

Mareado en parte por el vino blanco, pero también por el fuerte pedido que le había hecho el panadero, Eneko salió bastante despistado del negocio del gallego, y no se dio cuenta que tras él entró en el local otro personaje que también tenía pintas de ser español. Moreno, delgado, joven, lanzó una mirada inquisitoria a Eneko y se quedó en la puerta de la panadería unos segundos observando al joven mientras seguía sus pasos en dirección a la entrada del Metro Cerro de la Estrella.

En ese momento, el panadero gallego vio al recién llegado y se dirigió a la puerta de su negocio para saludarlo.

– ¡José! ¿Qué, ya me traes las facturas que te pedí? ¿Qué ves en la calle?

– Hola Manuel, aquí te traigo lo que me pediste. Pero dime, ¿quién es el tipo que acaba de salir de aquí?

– Un vasco que trabaja para Gómez Peralta, el de las mermeladas. Ha venido hoy ofreciéndome producto y le he hecho un pedido.

– Así que vasco. ¿Le pudiste sacar alguna información?

– Poca cosa, el chaval parece bastante espabilado, pero me da que este también es de la ETA. La próxima vez que venga, con más confianza, intento saber qué hace aquí, porque la historia que contó, que llegó a México porque su mujer tiene que venir a estudiar, como que no es muy creíble.

– Yo le espero en el trabajo e intento saber dónde vive. Están llama y llama de la embajada para que les pasemos toda la información que tengamos. Las cosas en España están duras después de los últimos atentados y quieren darle una respuesta a ETA lo más fuerte posible, así que también quieren que les manden a algún mono de estos que viven en México. Al otro que teníamos en mente en Acapulco parece que definitivamente se ha largado desde que los polis mexicanos dieron la nota preguntando con la foto en la tienda de su barrio. El tendero se fue con el cuento al etarra y no ha aparecido en casa las últimas dos semanas. Vamos a ver si sacamos algo con este.

– ¿Se ha escapado el cabrón? Ya me jode, con las horas que he metido debajo de su casa en el carro. Espero que de todas maneras se me paguen al menos los gastos que he tenido.

– No te preocupes por el dinero, ya sabes que con todo lo que tenga relación con la ETA, la embajada es generosa. Y si este cabrón es refugiado como nos imaginamos, la propina no nos la quita nadie.

– Sí, propina de un millón y medio de pesetas, y con la mitad que me toca, voy a arreglar la casa que he comprado en Quintana Roo. Porque iremos a medias, ¿no?

– Ya sabes que sí. Toma, te doy las facturas chuecas que he conseguido en la Plaza Santo Domingo. Me debes cuatrocientos pesos, y dile a tu contador que a ver dónde las mete en la declaración, no vaya a ser que truene en Hacienda.

– Están cada día más cabrones. Pero voy a ver si me ahorro unos centavos de impuestos, tengo confianza en este contador, y a ti te pago cuando cobremos lo del etarra.

– Mira que eres tacaño. Me voy que tengo que hacerle un presupuesto a un hotel de ciento veinte habitaciones.

– José, a ver cuándo vienes aquí también a matarme las cucarachas, que tanta política te está haciendo olvidarte de tu negocio.

– Paso el miércoles, y si no puedo venir te mando a alguien con la máquina. ¡Nos vemos!

José Gutiérrez había nacido en México hacía treinta y tres años en una familia de antiguos refugiados socialistas andaluces que recibieron en 1938 la acogida del Presidente mexicano Lázaro Cárdenas junto a varios miles de compatriotas. Cuando todo el mundo veía como apestados a los que huían del Estado español por enfrentarse al fascismo, únicamente México y la Unión Soviética aceptaron recibir refugiados, en unos momentos en los que el mundo se preparaba ya para la Segunda Guerra Mundial. En México, los miles de refugiados de la República española y sus familias tuvieron todas las facilidades para rehacer sus vidas, viéndose otorgados derechos por parte del Estado mexicano como si de propios ciudadanos se tratara. Así, los hijos de los hijos de aquellos refugiados y refugiadas nacieron mexicanos, crecieron y se educaron entre mexicanos y contribuyeron al desarrollo del país como los propios nativos. Sin embargo, José Gutiérrez había crecido inconforme con la situación. Sabía que de hecho era mexicano por nacimiento, aunque conservaba también la nacionalidad española, pero despreciaba a los mexicanos considerándolos inferiores, vagos

y poco de fiar. Su familia le había dado una educación contradictoria con las ideas que los habían expulsado de su Andalucía natal, inscribiendo a José y su hermano menor en un colegio de dominicos donde también se educaba a los hijos y las hijas de la élite empresarial y política mexicana. Era una educación que preparaba a los jóvenes para ocupar y desempeñar las importantes funciones que les estaban destinadas en el futuro. Ya desde la escuela, José Gutiérrez aprendió lo que era el racismo, pues todos sus compañeros, blancos en su inmensa mayoría, tenían como costumbre insultarse entre ellos tratándose de morenos, negros o indios, despreciando a todo aquel que no cumpliera con el canon de piel blanca establecido. Al mismo tiempo, José Gutiérrez odiaba a sus compañeros ricos por la facilidad que tenían para conseguir todos sus deseos y caprichos. Mientras su familia hacía un importante esfuerzo para poder pagarle sus estudios en el colegio de pago, sus compañeros y compañeras podían darse todos los lujos. Esto le hizo crecer resentido hacia una sociedad de pudientes mexicanos que reivindicaban con orgullo su pasado español, pero despreciaban a todos los que no tuvieran un poder económico suficiente para poder codearse con ellos. Cuando le llegó la hora de cumplir el servicio militar, su resentimiento creció al ver cómo sus compañeros eran liberados del servicio gracias a los contactos e influencias de sus padres, mientras que él tuvo que regalar un año de su vida al Ejército mexicano a fin de conseguir de manera definitiva la nacionalidad mexicana para sus padres y abuelos. En el ejército, José Gutiérrez entró en contacto con la disciplina castrense y con las ideas anticomunistas y de extrema derecha y, pese al ambiente socialista que reinaba en su casa, fue haciéndolas suyas hasta el punto de militar en los grupos de fascistas y porros que asolaron la universidad mexicana en los años setenta y participar en los

disturbios que costaron la vida a centenares de estudiantes y la libertad a varios miles más en esa década.

Al acabar el servicio militar, su ideología fascista le llevó a interesarse por la política española, simpatizando enseguida con el PP, y gracias a la visita que realizó a México un Ministro del Interior español solicitando la colaboración de las autoridades mexicanas contra la comunidad de refugiados políticos vascos establecidos en el país, entró en contacto con varios personajes que en confidencia le dijeron pertenecer al CESID, los servicios secretos del ejército español, y lo convencieron para trabajar para ellos.

Tuvo que buscar un compañero que compartiera sus ideas fascistas y tuviera pocos escrúpulos. Manuel Piñeiro era la persona indicada por su gran apego al dinero y poco a las maneras honradas de conseguirlo, además de venir de una familia de claras ideas franquistas de toda la vida. Entre los dos debían formar un equipo que informara al CESID sobre la vida y las costumbres de personas vascas establecidas en México de manera discreta, con el fin de evitar que este trabajo lo realizaran policías españoles en servicio ante cualquier imprevisto que pudiera suceder y que podría enturbiar las excelentes relaciones entre los Estados español y mexicano. Su primer trabajo fue seguir a un joven vasco que residía en Querétaro y que pese a tener su documentación migratoria en regla, sus contactos en el CESID sospechaban se trataba de un refugiado camuflado en una falsa identidad. Tras varios meses de seguimientos y de sacarle fotografías, José y Manuel recibieron la notificación de dejar el asunto tranquilo, al tiempo que se les felicitaba por su trabajo. Una semana después, policías de Gobernación mexicanos detenían al joven vasco a la entrada de su trabajo y lo expulsaban del país por vía urgente, subiéndolo a un avión de Iberia y entregándolo a la policía española en el aeropuerto

de Barajas. La nota oficial publicada por el Gobierno mexicano al día siguiente hacía constancia de la expulsión, justificada, según ellos, por no disponer el expulsado de la documentación migratoria necesaria. En esos mismos días, José y Manuel recibían una fuerte suma de dinero de la embajada española por concepto de servicios prestados a España.

Manuel Piñeiro compró una casa en el caribeño Estado de Quintana Roo, mientras José Gutiérrez empleaba el dinero para montar un negocio de fumigación que le dejaba mucho tiempo libre mientras le otorgaba una pantalla perfecta para realizar su trabajo en el CESID. También gracias a que su padre se hizo socio de unos navarros del Baztán, panaderos desde hacía veinte años y que se encontraron con la necesidad de incrementar el capital de su empresa para poder superar la última gran devaluación del peso mexicano, José Gutiérrez consiguió codearse con vascos residentes en México y entrar al Centro Vasco, donde gustaba de acompañar al socio de su padre a jugar al mus.

Montó un despacho-almacén en la calle de Tacuba, en el centro de la capital mexicana, a una cuadra del Zócalo, para el negocio de fumigación y contrató a una secretaria y a un joven trabajador. A ambos les pagaba el sueldo mínimo pues seguía considerando a los mexicanos como nada dignos de progresar en la vida. Su oficina la decoró con una enorme bandera española que cubría la principal pared de la recámara y con varios carteles relacionados con la desratización y el exterminio de insectos caseros. Aquí también recibía a menudo visitas de personajes enviados por la embajada española y relacionados con el CESID, invitándolos siempre a tragos caros y comidas rápidas servidas a domicilio. Junto a estos personajes, José Gutiérrez planificaba el trabajo de seguimiento y espionaje contra los refugiados políticos vascos en México, y también

recibía instrucciones del Ministerio del Interior español a través de sus visitantes ocasionales. Su despacho se hizo tan célebre entre los espías españoles en México o que llegaban a este país que pronto se le conoció como el Auswicht de los vascos en México, por la propaganda de eliminación de plagas que decoraba las oficinas.

Ajeno a la trama que se estaba montando a su alrededor, Eneko seguía buscando clientes entre los panaderos de la ciudad de México, y arreglaba su departamento en vistas a la llegada de su compañera. En el mercado de la Lagunilla pudo hacerse con varios muebles de madera rústica que se vendían a mitad de precio que en las tiendas especializadas. Era cuestión de ofrecer a Amaia un recibimiento lo suficientemente cómodo como para que se le hiciera menos duro el haber abandonado a su familia y a sus amigos y amigas para instalarse a 10.000 kilómetros de su casa en un país extraño. Eneko siempre había pensado que las compañeras o los compañeros de aquellos que huían de la represión en Euskal Herria se convertían automáticamente en víctimas también al verse obligados y obligadas a seguir a su pareja al exilio. El siempre había pensado que el hecho de que esas personas siguieran al exilio a sus compañeras o compañeros era una prueba más del machismo que se da entre la población vasca, pues obliga a una de las partes a sacrificar su vida por poder vivir con la persona elegida. Pero ahora que él era el protagonista, intentaba convencerse de lo contrario, que el deseo de estar juntos era más fuerte que el sacrificio de abandonar pueblo, familia y amigos. Se sentía egoísta, pero quería convencerse de lo contrario pensando que vivir en México podía ser también una buena experiencia para Amaia, que podría estudiar en la Universidad mexicana materias imposibles de hacerlo en Euskal Herria, y

que conocería otro pueblo, otras gentes, otras costumbres y otra cultura diferente.

Durante varios días, siguió con la rutina de sus visitas a clientes y a la fábrica de mermeladas para entregar los pedidos o discutiendo con Gómez Peralta algunas condiciones de crédito pedidas por varios posibles clientes. También aprendió a desenvolverse en el tráfico de la ciudad de México, aunque aprender a llegar a cualquier lado le supusiera perderse completamente varias veces y deber preguntar a menudo a los transeúntes dónde se encontraba o cómo llegar a tal o cual sitio. Tampoco resolvió como quería el tema del estacionamiento para el coche, y se vio obligado a estacionarlo cada noche a la puerta de su casa, amarrando el volante con un enorme candado de hierro en previsión de ser una más de las decenas de víctimas que se ven despojadas a diario de su vehículo en México D.F. por mafias organizadas que roban vehículos estacionados o incluso esperan en los semáforos a los confiados conductores para amenazarlos con pistolas y despojarlos de su coche, que es revendido muchas veces en el extranjero o desmontado para vender sus partes como piezas de recambio en las colonias Buenos Aires o Doctores de la capital mexicana.

Durante dos semanas, Eneko siguió esta rutina y salvo los ratos libres que dedicaba a visitar a la pareja de refugiados que lo habían acogido en su casa al llegar al país o a su amigo Octavio, solía estar sólo, leyendo en su casa o realizando algún que otro trabajo de decoración del departamento. La llegada de Amaia estaba ya muy cerca y quería sorprenderla agradablemente sobre su capacidad de organizar un lugar donde pudiesen vivir juntos cómodamente.

Una tarde, cuando el implacable sol de marzo abandonaba la capital mexicana, sumiéndola en una casi oscuridad por el

pequeño número de farolas existentes en las calles, Eneko acababa de llegar a su casa y se preparaba para darse una ducha cuando llamaron al timbre de la calle. La señora de la tienda de abajo le dice que hay unos señores que preguntan por su coche. Baja. Son tres hombres con un Chrysler Shadow café claro. Uno fuerte, alto y muy moreno, de cabello largo; otro mestizo, ancho de espaldas, panzón y con un chaleco verde; el tercero, blanco, alto y delgado, de cara chupada y bigote fino.

– ¿Es suyo el carro?

– Sí.

– Somos policías y estamos investigando un robo. ¿Tiene usted los papeles del carro?

– Están arriba, en la casa.

– Tráigalos, por favor. Y también una identificación suya.

– También ustedes deben identificarse, aún no sé quiénes son ustedes.

El policía sacó de su bolsillo una especie de credencial oficial y la pasó delante de los ojos de Eneko con tanta velocidad que el joven no pudo ver nada.

– Ahora traiga sus documentos, y apresúrese, pues no tenemos todo el día. Hay que aclarar este asunto.

Con el corazón latiéndole a mil por minuto, Eneko buscaba los papeles del carro sobre la mesilla de su habitación una vez que había subido a casa, pero sobre todo buscaba qué decirles a los policías mexicanos sobre sus papeles, pues su visa de turista se había caducado hacía tres semanas y no podía enseñarles eso.

No pasó mucho tiempo y el timbre volvió a sonar con insistencia varias veces. Eneko se armó de valor y bajó de nuevo a la calle.

– Aquí tienen los papeles del coche y mi licencia de manejo.

– Pero usted es extranjero. ¿Me permite sus papeles migratorios?

– Los tiene el abogado de la empresa donde trabajo. Me los pidió para regularizar mi situación, pero todavía no los devuelve. Si gustan mañana se los pido y pueden hablar con él.

– Los papeles del carro son falsos, tendrá que acompañarnos a la Procuraduría.

– Yo no los acompaño a ningún lado, voy a llamar a mi abogado antes que...

Eneko no pudo acabar su frase. Los tres policías se abalanzaron sobre él, inmovilizándolo de los brazos e intentaron meterlo al coche. Eneko se resiste y sin golpear a nadie, intenta liberarse de sus agresores. Pero lo tienen bien agarrado y no le es posible. Entonces empieza a gritar pidiendo ayuda.

– Socorro, ayúdenme, me están secuestrando.

Nadie da un paso en la calle para ayudar al joven. A pesar de que varias personas se han interesado con la mirada por lo que estaba sucediendo, ninguna se arma de valor lo suficiente para mezclarse en una bronca ajena y menos aún con quienes parecen ser policías y todo el mundo los conoce en México por la facilidad con la que tiran de gatillo y luego preguntan. Los policías agarran a Eneko con mayor fuerza y lo retuercen de tal

manera que el joven vasco suelta un grito de dolor mientras piensa que le han rota alguna costilla. Y, sin embargo, desde la ridícula posición en la que se encuentra, alcanza a darse cuenta que, tras el coche de los tres policías, hay otro, un Ford Spirit verde metalizado, donde dos individuos de tez blanca y cara de españoles observan toda la escena. De repente, Eneko se sintió elevado por el aire y tras dar una vuelta de campana, aterriza en el asiento trasero del coche café, donde rápidamente se ve rodeado por los policías moreno y mestizo, mientras el güero se sienta al volante y arranca el vehículo a toda velocidad.

En cuanto el coche se pone en marcha, empiezan los golpes. Los dos policías mexicanos separan los brazos de Eneko uno de cada lado, inmovilizándolo, mientras el más moreno lo golpea con el puño en la cara, en los ojos y el estómago.

– ¡Pinche putito! ¡Te creías que alguien te iba a hacer el paro! ¡A ver si ahora tienes tantos huevos!

– ¡Esto es un secuestro! ¿Dónde me llevan?

Cada vez que Eneko responde a los policías nuevos golpes caen sobre su cuerpo. Enseguida decide quedarse callado, pero es entonces cuando los policías mexicanos empiezan a hacerle preguntas. Y al no obtener respuestas, recibe más golpes.

– ¿Cuál es tu verdadero nombre? ¿Cuándo entraste a México? ¿Quién te ayudó al llegar? ¿Quién te consiguió el trabajo? ¿Con qué otros refugiados te ves? ¿Dónde vive fulano o mengano? ¿Dónde trabajan? ¿Quién es el responsable en México? ¿Dónde se reúne con otros?

– ¿Ahorita te quedaste mudo, cabrón? ¿Ya no tienes ganas de gritar? ¿Y tú qué cuentas tienes pendientes en España? Hijo de la chingada, de seguro que se te refresca la memoria ahorita

que te llevemos a un lugar apartado, ahí vas a hablar y nos vas a decir todo, y luego te desaparecemos, puto. Nos importas un carajo y ya hay quien nos lo agradezca.

El carro de los policías enfila el Eje 8 sur Ermita-Iztapalapa y antes de llegar al cruce de Tlahuac, se detiene, y sube a bordo una policía pequeña, morena, con melena teñida de caoba, de gruesas piernas que desbordan la minifalda que porta. Sentada junto al conductor, no dirá nada durante todo el trayecto ni volteará hacia atrás. Quizá porque el destino ya se acerca, o quizá porque ya se había cansado de golpear a Eneko, el policía moreno, saca una pistola de su cintura y se la introduce un segundo en la boca a Eneko, pasándosela después a la policía que ocupaba el asiento delantero, quien la recibe sin decir nada.

En algunos minutos, el carro se detiene frente a la entrada del depósito del Instituto Nacional de Migración. Los dos policías que rodeaban a Eneko salen del coche, al igual que la mujer, y se introducen al edificio, de donde salen acompañados de cuatro policías migratorios de uniforme. Todos llevan a Eneko a un mostrador, donde un funcionario pregunta al joven su nombre. Como Eneko no responde, el funcionario, con cara malhumorada, le entrega un impreso mientras dice.

– Aquí llegan personas de pocas palabras, pero no se preocupe. Al fin y al cabo, su nombre no importa mucho. Al menos no de momento, ya rellenará la forma con más tiempo en otra ocasión.

– Tengo derecho a realizar una llamada. Exijo poder hablarle a mi abogado.

– Para eso tendrá que hablar con el responsable de servicio. Ya pasará el a verlo después. Ahora tiene que pasar con el médico.

La enfermería del depósito migratorio estaba echa un verdadero cuadro. El camastro tenía las patas escayoladas, al igual que la mesa donde el médico recibía a los pacientes, y un taburete que sujetaba numerosos papeles, en mitad de la pieza, una sucia cortina intentaba crear algo de intimidad. Un joven médico y dos estudiantes de enfermeras hacían todo lo que podían por remediar padecimientos de ciudadanos centroamericanos y chinos en su mayoría, que huyen de la miseria de sus patrias y familias, pero caen en las redes de la migra mexicana antes de llegar al sueño de la América próspera. A todos y todas les espera la deportación, y tantas veces la vuelta a empezar para llegar a los USA a cualquier precio y pese a todo.

Desde el principio, Eneko se negó a contestar ninguna pregunta del médico que le interrogaba si sufría de alguna enfermedad, si había sido operado alguna vez... En menos de cinco minutos se vio de nuevo arrastrado por los policías que lo habían detenido, y tras atravesar un patio donde caminaban decenas de extranjeros y recorrer un pasillo, fue encerrado en una celda sólo. El ambiente olía a humedad y a humano rancio, la puerta era una estructura de hierro con candado por fuera y revestida de una gruesa malla de fierro. Eneko se quedó sólo un momento y empezó a imaginar que su situación no tenía vuelta atrás, que en horas, sería expulsado de México, subido a la fuerza a un avión, seguramente español, y entregado esposado a la policía española en el aeropuerto madrileño de Barajas. La situación le producía terror.

No pasaron más de diez minutos cuando apareció a la puerta de la celda otra vez el policía mestizo gordo y de chaleco verde que lo había detenido, esta vez llegaba con una cámara de fotos en las manos y acompañado de un funcionario de Migración, al parecer llamado Basurto. Eneko se niega a que le tome una foto y se tapa la cara con las manos para impedirlo. El policía se enoja y empieza a insultar al vasco y a escupirle con violencia a través de la puerta. Mientras, su compañero Basurto intenta calmarlo y le conmina a que deje en paz al detenido, mientras también intenta convencer a Eneko de que se deje fotografiar. En ese momento llega el jefe de servicio del depósito migratorio y ambos policías desaparecen en silencio.

– Me dijo el funcionario de entrada que se negó usted a dar su nombre y nacionalidad…

– Lo que he hecho es exigir un derecho, realizar una llamada por teléfono. Y ver a mi abogado

– ¿A quién quiere hablar?

– Eso es cosa mía, es un derecho poder realizar esa llamada.

– Por el momento nada más voy a pedir que le traigan agua. En cuanto a la llamada y a sus derechos, tendrá que esperar. Las personas que se encargarán de eso están en camino. Tómeselo con calma y será mejor para todos.

Dichas estas palabras, el responsable de servicio del depósito de Migración, que se llamaba Noé, según pudo leer Eneko sobre la credencial que portaba, se dio media vuelta y desapareció entre los pasillos del centro. Ni siquiera volteó la mirada cuando el joven vasco le incriminó su desempeño a gritos

desde la celda mediante un insulto. Por el momento, Eneko debía esperar y sus temores se acrecentaron por las palabras del funcionario. Mucho se temía el refugiado que las personas que supuestamente tenían que llegar no fuesen sino miembros de algún cuerpo de élite de la policía mexicana que lo embarcarían en un avión y lo entregarían en Madrid a sus colegas españoles. Tenía que pensar entonces en qué postura tenía que intentar mantener ante los torturadores españoles que lo iban a recibir de brazos abiertos al final del viaje. Sus compañeros de Agurain estaban todos en la cárcel, y por ese lado no podrían sacarle mucha información que no supieran ya; y pensaba que el problema podría ser México, pues, aunque llevaba poco tiempo en el país y no había podido conocer a mucha gente, seguramente a la policía española le interesaría conocer el paradero de otros refugiados y refugiadas para expulsarlos como a él. Y también quién le había ayudado para huir de Euskal Herria, quien le puso en contacto con la organización la primera vez, quienes se movían más en el pueblo, quienes habían dejado de moverse en los últimos años, dónde se reunía la gente abertzale del pueblo, dónde conoció a su novia, quienes más eran de su cuadrilla, en qué militan tus padres, quien da dinero en el pueblo para los presos... Cientos de caras, situaciones, recuerdos, lugares y momentos pasaron por la mente de Eneko en pocos segundos, haciendo que el refugiado sintiera su propio olor a adrenalina mientras un sudor frío le recorría el cuerpo.

Tan centrado en sus pensamientos estaba Eneko que se sorprendió cuando se abrió la celda y cuatro policías lo obligaron a salir para escoltarlo hasta una oficina, donde le ordenaron sentarse frente a un escritorio donde una pareja de funcionarios migratorios lo vuelven a interrogar sobre su identidad, domicilio, lugar de trabajo... Eneko se niega de nuevo a responder

mientras no se le permita llamar por teléfono. Pero de nuevo aparece el policía del chaleco y Eneko se tapa la cara para que no lo fotografíe. Y reprocha a los funcionarios la presencia del policía.

– Antes que nada, quiero saber por qué permiten que esta persona esté aquí. He sufrido malos tratos de su parte, me ha golpeado, insultado, escupido... Quisiera poner una denuncia en su contra.

– Ese señor no pertenece al Instituto Nacional de Migración, nosotros somos otra cosa…

– Y entonces, ¿por qué le dejan que me agreda de esa manera?

– Su asunto está por encima de nuestras competencias. La Policía Federal Preventiva se está haciendo cargo y tienen siempre prioridad.

En ese momento, al menos diez policías sin uniforme aparecen en la puerta de la oficina y sin consultar con sus colegas migratorios, esposan a Eneko, llevándoselo a la entrada del edificio, donde le obligan a sentarse en un banco de madera, rodeado de dos policías. Pasan en silencio unos diez minutos, hasta que llega otro policía del grupo y ordena a los guardianes de Eneko que se pongan en marcha.

– Ya llegó la autorización de la Embajada. Sujétenlo hasta que estén los carros en marcha. Adelante.

Los policías mexicanos introdujeron a Eneko en el carro del medio de la caravana de tres, que rápidamente se dirigió al Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la capital mexicana, deteniéndose frente a las oficinas de la Policía Federal de Caminos. Todos los policías salieron de los vehículos, mantenié-

ndose cerca de ellos, y Eneko permaneció sólo unos minutos, intentando darse ánimos a sí mismo para controlar el miedo que sentía. Pero no tuvo mucho tiempo ya que enseguida apareció una camioneta cerrada de la Policía Federal de Caminos y Eneko fue sacado del carro para ser introducido a la camioneta, en lo que pensaba sería su último recorrido por México. Al abrirse la puerta, fue subido en volandas y obligado a sentarse entre dos uniformados y sólo hasta que la camioneta se puso en marcha y alzó la vista al frente pudo ver a otra persona entre otros dos uniformados.

– ¡Jokin! ¿A ti también te han agarrado? ¡Entonces ha sido una redada!

– Mal momento para juntarnos, chaval. Estos cabrones nos llevan a Madrid.

– ¿Dónde te agarraron? En Querétaro, llegaba a casa del curro y me estaban esperando.

– Tendremos que hacer algo, ¿no? Por lo menos para que alguien se entere de que nos llevan, no me han dejado llamar por teléfono.

– A mí tampoco. De todas formas, la gente ya se habrá enterado, pues había un amigo en mi casa y seguro habrá avisado. Pero podemos intentar algo si crees que sea posible. Mira cómo nos llevan.

– Aunque sea en el avión.

– Tú dale, que yo te apoyo.

Eneko y Jokin son introducidos en el avión de Iberia, después que los policías que los escoltaban en la camioneta los entregaran a otros a mitad de la escalera. Los dos vascos, todavía

esposados, son colocados en el interior de diferentes hileras de asientos, rodeados por varios policías. Enseguida, las azafatas empiezan a explicar a los viajeros el uso y la ubicación de las máscaras de aire, chalecos, etc. En cuanto acaba la plática, Eneko se levanta del asiento y empieza a denunciar la situación a los demás pasajeros.

– Somos dos refugiados políticos vascos que están siendo injustamente expulsados por el gobierno mexicano hacia Madrid. Allá nos espera la tortura y nuestra integridad física está seriamente amenazada. Exigimos el respeto a nuestra condición de refugiados políticos y que no se nos entregue a nuestros enemigos políticos. La policía mexicana también nos ha agredido en el momento y después de nuestra detención, ni siquiera se nos ha permitido hacer la llamada telefónica que la ley garantiza, nadie en nuestras familias sabe de nuestra situación, y tampoco se nos ha permitido ver a un abogado, nos llevan a la tortura y nadie sabe nada…

Sorprendidos, los policías mexicanos y alguna azafata intentan callar a Eneko de manera violenta y le hacen sentarse jalándolo de las esposas. Jokin se había puesto en pie ante la reacción de Eneko, y también es obligado a sentarse por dos policías, que incluso se llegan a sentar sobre su espalda. Ante el dolor que le producen, el refugiado sólo alcanza a gritar.

– Gora Euskadi Askatuta! ¡Desgraciados! Sois cómplices de la tortura de España contra los vascos.

Con paso rápido, el que parecía ser el jefe de aquellos policías se acerca a Eneko y en tono amenazante le conmina a callarse.

– ¡Pinches vascos de mierda! No quiero problemas en todo el viaje. Espero no tener que acercarme aquí en todo el trayecto, pero como tenga que venir, se van acordar de mí para toda su mugrosa vida.

Eneko y Jokin alcanzaron a cruzar sus miradas, y esto fue suficiente para decirse que ya nada más podían hacer sino era intentar ordenar cada cual sus pensamientos en espera de lo que les esperaba en Madrid. Cada quien parecía darse cuenta que era mejor guardar todas las reservas, y descansar todo lo que les fuera posible, pues les esperaban días de dolor, humillación y cansancio. Mientras, varios pasajeros vecinos a los lugares que ocupaban Eneko y Jokin pidieron a las azafatas que les cambiaran de sitio, y otros diez o doce más se paseaban por los pasillos con el objetivo morboso de ver a los dos refugiados. El avión despegó y los dos jóvenes se miraron de nuevo. Entre el ruido producido por el aumento de presión en el avión, aún Eneko alcanzó a oír lo que Jokin le gritaba.

– ¡Ánimo compa, que los tenemos rodeados!

WENCES

Entre los antiguos mexicas que construyeron Tenochtitlan, la actual capital mexicana, se impartió un sistema de justicia que prohibía y castigaba sobre todo el robo, el adulterio y la embriaguez en público. Todos los pleitos de orden comunal o personal que surgían eran resueltos por los jueces supremos en diferentes tribunales que atendían esos casos según la posición social a la cual pertenecieran los demandantes o los demandados.

En el palacio del Tlatoani o emperador azteca, existía una sala, llamada Tlacxitlan, donde vivían y despachaban varios jueces principales que resolvían las demandas, los crímenes, los pleitos y varios asuntos más que se producían entre las clases altas de la sociedad azteca. Muchas veces, dependiendo de la gravedad del delito cometido, los jueces condenaban a los nobles a sufrir duros castigos que podían ir desde su expulsión de palacio o de la ciudad, hasta la pena de muerte, siéndoles reservado por su pertenencia a la nobleza la horca, o morir apedreados o golpeados con varas de palo, según fuera el delito por el que se les condenaba. Otro castigo que podía sufrir un noble de Tenochtitlan era ser trasquilado, castigo por el que perdía las insignias del peinado que distinguían su posición social, y lo dejaba reducido a tener una apariencia de simple mortal en una sociedad altamente jerarquizada.

También en el palacio del emperador azteca existía otro salón llamado Tecalli o Teccalco, donde residían varios ancianos-jueces que escuchaban y juzgaban los delitos cometidos contra y por la gente del pueblo. Los tribunales revisaban primero todos los documentos en los que se había registrado el asunto en discordia, luego eran llamados los testigos existentes para que aportaran su versión de los hechos, y finalmente, los ancianos-jueces emitían su veredicto en forma exculpatoria o condenando a los infractores a un severo

castigo que les podía costar la vida si su asunto estaba relacionado con adulterio, robo, o embriaguez pública.

Cuando se presentaba un caso muy difícil de resolver, los ancianos-jueces lo llevaban ante el Tlatoani, quien, junto a otros tres miembros de la nobleza, emitían un juicio sobre el asunto en disputa, y era inapelable.

En un tercer salón, llamado Tecpilcalli, se reunían a menudo los guerreros aztecas. Si en una de esas reuniones se descubría que alguno de los miembros de la clase guerrera había incurrido en delito, sobre todo adulterio, el acusado solía ser condenado a morir a pedradas, castigo al que era sometido por sus propios compañeros de armas.

La justicia azteca tenía por norma el que todos los casos se resolvieran de manera imparcial, rápida y eficiente. El Tlatoani ponía especial cuidado en que los jueces cumplieran su papel y podía en su caso castigarlos cuando un juicio se demoraba más tiempo que el permitido, o cuando se probaba algún tipo de complicidad de uno o varios jueces con una de las partes en conflicto, pudiendo ser asimismo condenados a muerte a pedradas por la máxima autoridad azteca.

El vicealmirante Wenceslao Pinar Vallecas había llegado esa mañana a su oficina mucho más temprano que de costumbre. Varios temas le habían impedido dormir la noche anterior y tenía que comparecer ante los medios de comunicación en pocas horas, con motivo de la invitación que la Policía Federal Preventiva había dirigido a la prensa mexicana y a la extranjera acreditada el Día de la Libertad de Expresión. Serviría además para inaugurar ante los medios de comunicación el ultramoderno edificio que el gobierno mexicano había construido en

el más absoluto secreto al sur del Periférico del Distrito Federal para convertirlo en el cuartel general de la PFP. Tanto el diseño como la realización de las obras, fueron encargados a una compañía norteamericana que realizaba servicios para el FBI y Seguridad Nacional de los Estados Unidos. La construcción y los servicios del edificio utilizaban las últimas tecnologías en seguridad, incorporando sensores-lectores de huellas digitales para permitir el acceso a ciertas dependencias, credenciales de identificación inteligentes, circuitos cerrados de televisión en el 99,99% de la superficie del recinto, además de terminales de comunicación vía satélite que reciben información proveniente de todo el planeta las 24 horas del día, pesadas computadoras encriptadoras-desencriptadoras de información reservada que parte hacia cualquier lugar del mundo a través de teletipos, faxes y redes informáticas múltiples. Personal de confianza bajo vigilancia intensiva, grises empleados sin historia que no sea la mil veces investigada por el centro durante los últimos veinte años de servicio ininterrumpido y gris. Rutinas que la tecnología hace cada vez más inservibles y se sigue manteniendo a los grises empleados, más para que no aprovechen su posición para recibir algún soborno del narco o cualquier mafia internacional o se vayan de la lengua ante un periodista corruptor de voluntades que por propia utilidad pública.

Aplastado en su sillón de cuero negro, Wences intenta poner en orden sus ideas. Aparecer ante la prensa nunca le había gustado y, aunque el último año el Presidente le hubiera obligado a hacerlo con frecuencia, se sentía incómodo. Seguía siendo el hombre del trabajo en la sombra, del mucho hacer pero poco figurar, de salir del lugar en llamas antes que llegaran los fotógrafos y los bomberos. Pero en pocos días se habían acu-

mulado en la prensa varios temas que le incumbían de primera mano por su cargo y la política oficial le obligaba a intentar calmar los ánimos. Siempre sacando huesos de debajo de la mesa para ofrecérselos al hambre canina de la prensa y que mirara a otro lado en los temas de gobierno y se dedicara a sus fraudes y desfalcos y amoríos y escándalos de gente rosa. Estaba convencido que algunos periodistas irían al grano, sobre todo los de la oposición. El futuro de la corporación policiaca estaba en juego luego que el PRD presentara en el Congreso de la Unión una denuncia por inconstitucionalidad contra la PFP. Las acusaciones se dirigían directamente contra las Secretarías de Gobernación y de Defensa por confusión de tareas al crear el nuevo cuerpo policial-militar con responsabilidades de inteligencia y con todas las competencias de las demás policías del país. La izquierda acusaba al Presidente de organizar su policía particular, a modo de guardia pretoriana del Régimen, con el único propósito de controlar y reprimir a la población mexicana. Las ONG´s de derechos humanos, sindicalistas, algunos intelectuales, maestros y estudiantes también se habían unido en la campaña contra la PFP, y en algunos barrios del Distrito Federal organizaciones vecinales se habían opuesto a la instalación de cuarteles del cuerpo. En Presidencia se vio como prioritario contrarrestar el movimiento mediante alguna maniobra que diese prestigio al cuerpo policiaco ante los mexicanos. Wences giró órdenes a todos los destacamentos apurándoles para que diesen alguna respuesta a las bandas de secuestradores que se reproducen por todo México, o contra las escalas bajas del narcotráfico, donde también la Marina se empleó a fondo en costas y playas. Sin embargo, los resultados obtenidos no hicieron callar las voces que acusaban a la PFP de no respetar la Carta Magna. Entonces los asesores de relaciones públicas de los Pinos aconsejaron realizar la anual

recepción a la prensa en el Día de la Libertad de Expresión en el nuevo edificio de la PFP, encargándole a ese instituto todas las actividades relacionadas.

A Wences la idea le torturó el cerebro desde el mismo momento que la conoció, pero la orden llegaba firmada por el Presidente de la República y no había discusión posible, por lo que encargó a sus grises empleados toda la organización del evento, desentendiéndose él completamente, para centrase en el discurso a emplear ese día ante la prensa.

A sus 52 años, llevaba 28 sirviendo a México como miembro de los servicios secretos. Pero no había nacido espía, como le gustaba recordar en sus muchos momentos de soledad y reflexión consigo mismo. Seguridad Nacional lo había captado en la Armada siendo teniente adscrito a servicios de seguridad militar en el 2º Cuerpo de la Armada de México, con destino en el puerto de Veracruz, Estado del que también era originario.

Durante los últimos 6 años dirigió el CISEN, los servicios secretos de la Secretaría de Defensa, donde venía trabajando desde hacía 16 años, hasta ser nombrado por el Presidente como Comandante de la Policía Federal Preventiva, puesto que ocupaba en la actualidad. Ello le permitía no rendir cuentas a nadie que no fuera el propio Presidente de la República, pues, aunque la PFP debería estar integrada en la Secretaría de Defensa Nacional o en la de Gobernación, actúa en la práctica de forma totalmente autónoma, a las órdenes directas del inquilino de Los Pinos.

En sus años de servicio Wences había acariciado de tan cerca el poder que ahora sentía muchas veces aprensión por sí mismo por no haber conseguido alcanzar un mejor destino en la vida. Le gustaba ser el innombrable que era, pero poseía tanta información

comprometida sobre la verdadera naturaleza del Estado mexicano que, a veces, sentía tentaciones de hacerla valer en su propio provecho. Después se arrepentía de sus pensamientos y le gustaba recordar la capacidad explosiva de los miles de documentos a los que sólo él y otra persona, encargada de la conservación, tenían acceso y que se almacenaban en la más recóndita de las bóvedas de aquel edificio de cristal, metal y tecnología.

Los expedientes de la clase política y los políticos, el destino que tuvieron los desaparecidos, que sólo en Guerrero suman más de 600 en los años 70, las actas levantadas en las salas de tortura, los interrogatorios y el destino actual de las víctimas de la era de terror represivo que se promovió como política de Estado, con especial crueldad en la década de los 70, la verdad sobre los 650 militantes del PRD asesinados desde 1984. En los archivos de Seguridad Nacional están los datos de quienes, desde la oposición, informaban y ayudaban al régimen priísta, están las listas de operadores e informantes, la verdad sobre la represión de 1968, el fraude electoral de 1988, las maquinaciones del salinismo, los compadreos y conexiones del Estado con los Cárteles de la droga en toda la República y el verdadero rol de la DEA gringa en el asunto, las complicidades de la clase empresarial y financiera con el poder político, las redes del espionaje, la verdad sobre los asesinatos de Colosio, del obispo Posadas y de Ruiz Massieu, los planes de contrainsurgencia para Oaxaca, Guerrero y Chiapas, los vínculos de los caciques locales con los grupos paramilitares, los responsables de la matanza de Acteal, Chiapas, el uso de organizaciones sociales, sindicales o corporativas como Antorcha Campesina, la CROC o la CTM para chantajear y manipular demandas, la organización de campañas contra los dirigentes y militantes de la oposición, el control informativo sobre los medios de comunicación, la organización del soborno a compañías, periodistas, locutores y

columnistas… los acuerdos inconfesables con el Reino de España para acosar, controlar y expulsar a los refugiados políticos vascos residentes en México y presionar a la colonia vasca en el país.

En los dos últimos meses el tema de los vascos le había producido bastantes dolores de cabeza. Por el mismo tema, aquella mañana se sentía abatido y malhumorado. Román Etxehandi, aquel español con quien había logrado conectar tanto, había resultado muerto la noche anterior en un atentado en el País Vasco. El día que lo conoció en una recepción oficial con funcionarios consulares españoles, el Presidente se lo había presentado personalmente como alguien perteneciente a los servicios secretos españoles, como el enlace del Gobierno español y del CESID para América Latina, que debía realizar toda suerte de trabajos "especiales" para Madrid, o en beneficio de intereses de empresas españolas en el continente americano. A poco que se fueron conociendo los dos hombres, Wences enseguida se dio cuenta que aquel funcionario español tampoco le hacía ascos a realizar trabajos y operaciones en su propio beneficio y fortuna, aprovechando la corrupción existente entre las autoridades de la mayoría de países de América Latina. El mexicano se sorprendió además de la poca vigilancia que soportaban los funcionarios españoles en el extranjero por parte de sus responsables en Madrid en este tema de negocios ilegales, y entabló amistad con varios de ellos, aunque con quien más se confió fue con Román Etxehandi.

En lo profesional, Etxehandi gustaba decir que eran almas gemelas. El español tenía una larga experiencia, adquirida en Euskal Herria contra ETA y la izquierda abertzale; y el mexicano se había enfrentado con grupos armados revolucionarios de su país desde la década de los setenta, cuando participó en las montañas de Guerrero contra la guerrilla del maestro campesino Lucio Cabañas y sus

gentes. Después vinieron otras guerrillas en ese y otros Estados de la República mexicana, y Wences participó en los cuerpos de inteligencia que se encargaron de combatirlas por todos los medios, incluidas desapariciones, asesinatos, torturas y otras delicatessen propias de los Estados autoritarios.

Etxehandi se había "exiliado" en América Latina después de ser gobernador civil de Navarra en medio de la tormenta del descubrimiento parcial de la trama de Terrorismo de Estado de los GAL, y la detención de varios oficiales de la Guardia Civil destinados en esa provincia vasca por su presunta implicación en la red de guerra sucia estatal. Nada más llegar a México, conoció a Wences, y encontró en él al interlocutor privilegiado en la lucha contra la subversión y el terrorismo. Cada vez que el Gobierno español quería pedir al Gobierno de México que realizara la expulsión de un refugiado político vasco, Román Etxehandi llamaba a su buen amigo Wences, dándole datos de la ubicación del refugiado o refugiada que debía detener y expulsar o extraditar, o pidiéndole que utilizara su propia información para lograrlo.

Los dos hombres también compenetraron en lo personal. Ambos eran de buen vivir y los sueldos millonarios que recibían de las arcas públicas de sus respectivos países se lo permitía. Ninguno de los dos le hacía mal ojo a un dinero extra que llegara de sus múltiples contactos en medios mafiosos, o como pago de favores otorgados a subordinados, incrementando así en varios miles de dólares sus salarios mensuales. Fue tanta la amistad que entablaron estas dos almas gemelas, que el español se hospedó en cada viaje que hacía a México en el lujoso departamento de las Lomas de Chapultepec, propiedad de Wences, donde eran conocidas sus fiestas jarochas de fin de semana y donde acudía medio a escondidas lo más granado de la sociedad pudiente de México Distrito Federal y del cuerpo diplomático acreditado en la capital mexicana.

Desde que se enteró del atentado contra Etxehandi, Wences se sentía deprimido. Según el teletipo que había recibido de la sede de la PGR mexicana en Madrid, la policía española mostraba su extrañeza por la información detallada de la presencia en Euskal Herria del difunto que poseía el comando autor de la acción armada. Ellos, reconocían públicamente, desconocían su presencia en tierra vasca, justificando así la falta de protección oficial otorgada a Román Etxehandi. Si ya de por sí la muerte de su amigo lo tenía alterado, Wences se sentía abrumado por las dudas. Pensaba que, si en el País Vasco tenían información tan precisa sobre las intenciones de Etxehandi, entraba dentro de lo posible que los vascos en México ya tuvieran información sobre la implicación de su gobierno en la política represiva de Madrid, y sobre las redes de espionaje españolas establecidas en el país con la complicidad de las autoridades mexicanas. Incluso las relaciones personales mantenidas con el muerto le producían dolor de cabeza, sobre todo aquellas ilegales en las que ambos estaban asociados, muchas veces relacionadas con intereses de empresas españolas en América Latina, o con asuntos de narcotráfico, tráfico de armas y explosivos, emigración ilegal y prostitución.

Pensaba en el grave problema diplomático que podía crearse de salir a la luz pública la trama de espionaje español que estaba organizada en América Latina, pero de manera muy especial en México. Recordaba la ocasión en que sólo la suerte evitó que quedara al descubierto una parte de dicha red.

El 6 de marzo de 1998, el juez noveno de Distrito, Cuauhtémoc Carlock Sánchez, dictaba auto de formal prisión a Othón Viloria Vázquez y Rafael Escárcega Acosta, detenidos junto a Ramón Requejo Abad, por portación de armas de uso exclusivo del Ejército, en total cuatro metralletas, habiendo sido descubierto el arsenal en el carro en el que viajaban durante un control carretero en las cercanías del Distrito Federal.

Los tres detenidos afirmaron formar parte de la Policía Judicial de Tabasco, Ramón Requejo con el grado de comandante, y estar comisionados como escoltas del Gobernador de Tabasco, Roberto Madrazo Pintado, perteneciente al ala más dura del PRI, los llamados Dinosaurios.

Ramón Requejo Abad era además propietario de la empresa Impacto de Seguridad Profesional, dedicada a la venta de alarmas industriales y de servicios de seguridad privados. Esta empresa está domiciliada en Villahermosa, capital del Estado de Tabasco, pero mantiene vínculos comerciales estrechos con Euro Americana de Seguridad Privada SA de CV, con domicilio en Edgar Allan Poe # 215, Colonia Reforma Polanco, de la ciudad de México, donde uno de los socios es un alto funcionario de la Embajada española en la capital mexicana. Wences sabía de sobra que Euro Americana contrata con frecuencia los servicios de la empresa tabasqueña para realizar servicios de protección personal, seguimientos e investigaciones delicadas, contratadas muchas veces por funcionarios españoles o mexicanos adscritos a la Embajada española.

Cuando alguien que quedó en el anonimato pagó la fianza de los tres hombres, Wences respiró tranquilo y se juró a sí mismo que desde ese día debería controlar mejor las redes de mercenarios y matones que el poder español estaba contratando en México, por el riesgo que suponía que cometieran alguna torpeza e implicaran a su gobierno.

Cuando el asunto de Irapuato, donde primero desapareció y luego apareció muerto el refugiado vasco Jose Luis Salegi Elorza el 7 de agosto de 1997, tuvo que poner en marcha toda la maquinaria del Estado para que la metedura de pata de los policías españoles al aparecer en la morgue del Hospital y presentarse como familiares intentando que el cuerpo del refugiado fuese enterrado rápidamente en la fosa común, hizo sospechar a un médico y dos enfer-

meras y hubo que callarles la boca con una lana o con amenazas. Tampoco le gustó el reportaje que publicó Alarma, revista de nota roja que maneja con morboso gusto y desconocido propósito la Policía Judicial Federal, casi siempre enfrentada con los mandos policiales provenientes del Ejército y la Marina, y que puso al descubierto una trama en la que al cuerpo del difunto se le sacó el corazón y otras vísceras con el fin de que se deterioraran rápidamente y así obstaculizar el diagnóstico de un estudio forense independiente del que expondría la versión oficial de muerte por infarto. Sin embargo, el equipo forense contratado por la familia y amigos del refugiado aún pudo constatar marcas de esposas en las muñecas y golpes en diversas partes del cuerpo. Sin contar con los dos testigos que también hubo que acallar, pues pasaron en mal momento por el lugar donde hombres armados con fusiles de asalto depositaban el cuerpo de un hombre. Justo además en un terreno donde el refugiado paseaba a menudo, pero que había sido inspeccionado con anterioridad varias veces por la familia y los amigos sin éxito. Gracias al mutismo oficial que se guardó en el asunto, las complicidades voluntarias o forzadas, y a la prensa domesticada y olvidadiza de un tema incómodo para el Estado, se logró hacer borrón y cuenta nueva sumergiendo la investigación en la más profunda de las tumbas del olvido.

Sin embargo, Wences tenía muchas dudas sobre lo que pudiesen saber los vascos en México. Era público en España y México que el ministro de Interior español, Jaime Mayor Oreja, era uno de los propietarios de la principal empresa de seguridad privada, PROTECSA, que ejerce un cuasi monopolio en el sector gracias a su cercanía a los poderes del Estado, gobernando, además de todas las legiones de policías y guardias civiles, sobre otros 20.000 hombres armados distribuidos en edificios y lugares estratégicos del Estado español y de varios países de América Latina. La empresa también

se había extendido al extranjero, y contaba con numerosas filiales en diversos países, incluido México.

Los acuerdos entre los dos gobiernos eran firmes, y la oposición de derechas del PAN no era un riesgo a la hora de sacudirse algún escándalo, muy al contrario de la izquierda, con mayor apego a la soberanía nacional y poco dada a inmiscuirse en problemas ajenos a la nación. Wences sabía que se encontraría en el ojo del huracán en un momento así. Ahora que se había producido ese atentado tan desagradable por cercano, debía hablar con los españoles a fin de que redujeran ya de una vez por todas el contingente de policías nacionales destinado a la protección de la Embajada, en total unos 25. Pues consideraba que esta cifra era demasiado alta para esconderla permanentemente. Alguien podía inmiscuirse y descubrir que su verdadera función era la de controlar, hacer seguimientos y trabajo de investigación sobre los refugiados vascos en México y la colonia vasca. Más aún si se tenía en cuenta que muchos de esos policías españoles repartían su tiempo entre las funciones encargadas por la propia Embajada, y su participación en servicios prestados por diversas compañías de seguridad privada, amén de numerosos negocios ilegales con gente del hampa mexicana. El jefe de la PFP no quería correr ningún riesgo, y seguía intranquilo imaginándose la posibilidad de que apareciera cualquier día un artículo en algún periódico vasco denunciando la situación.

Por propia experiencia, Wences consideraba a los vascos tenaces e imaginativos y por eso mismo, no se podía descuidar, más valía prevenir que luego lamentarse. Era el caso de la última información que tenía sobre movimientos de los abertzales vascos en México. Paradójicamente, la información no la había recibido esta vez de la policía española, sino de un alto jerarca de la Iglesia Católica mexicana.

El h´ilol ("el que ve") me ofreció los hongos para que los comiera, y mientras lo hacía, me fue untando la parte interna de los brazos con lodo de polvo de San Pedro para evitar que me quedara dentro de los sueños. Yo fui a su casa para que salvara a mi wayjel ("mi otro yo") de la muerte, pues si no lo hacía, también mi cuerpo moriría. Mi wayjel es un venado perseguido por un jaguar de ojos de fuego, que alguien lanzó en mi busca, intentando mi desgracia. Mientras soñaba, el h´ilol me interrogaba acerca de mis visiones, interpretándolas gracias a su don de ver mi chulel ("espíritu") separarse de mi cuerpo. Sólo así pudo saber en qué parte del bosque se encontraba perdido el venado y encerrar al jaguar en un cerco de espinas mientras recitaba: "Ven Nakuk, pide perdón a los dioses, regresa de donde estabas solo, de donde estabas asustado y perdido".

El cristianismo que trajeron los españoles al continente americano era abiertamente intolerante, y no permitió ningún tipo de diálogo interreligioso. Para hacerse cristianos, los indígenas debían abandonar por completo sus antiguas creencias. Sin embargo, el pueblo unió las dos vertientes de la religión: la antigua y la cristiana, dando lugar a un sincretismo propio y colorido.

En 1524, durante el "Diálogo de los Doce", celebrado tras la conquista de Tenochtitlan por Hernán Cortés, los teólogos aztecas plantearon a los misioneros cristianos que el Dios cristiano podía sentarse sin ningún problema junto a los dioses de los pueblos indios, porque era perfectamente compatible con sus creencias ancestrales. Pero los españoles habían ganado la guerra y no dudaron en imponer su dios como el único Dios verdadero, respondiendo a los teólogos aztecas con estas palabras: "Dios, que ha comenzado vuestra ruina, la llevará a término, entonces del todo perecereis". Pocos años después, los españoles alcanzaron su objetivo de exter-

minar a toda la élite pensante y dirigente del pueblo azteca, mientras esclavizaban a las clases populares.

Rigoberto Costa Lasterqueta era Obispo de la ciudad de México y Cardenal Primado de México, y utilizaba estos cargos como trampolín para sus miras en el Vaticano, donde tenía muchas influencias entre los cardenales más conservadores, pero su peor carta de presentación era su piel oscura de mestizo mexicano, no lo suficientemente blanca para alcanzar el papado. Primera figura de la Iglesia Católica en el país que cuenta con mayor número de cristianos del mundo; su oposición feroz primero contra la Teología de la Liberación y luego contra la Teología India, le había enfrentado tanto en México como en el Vaticano con otros sectores de la Iglesia Católica más progresistas, quienes lo llegaron a acusar de justificar mediante la doctrina la existencia de grupos paramilitares en Chiapas. Utilizó la influencia de la jerarquía tradicional católica sobre los caciques indígenas de varias localidades tzotziles para empujarlos a expulsar de sus comunidades a aquellos otros indígenas que, hartos del despotismo caciquil, habían abandonado la religión católica para hacerse evangélicos. Barrios enteros de la comunidad cambiaron de religión y escapaban al mismo tiempo de la influencia de la Iglesia Católica y de los caciques locales, quienes organizaron bandas de gente con poco estómago y el Ejército mexicano se encargó de entrenarlos y armarlos. Cuando hizo falta dinero para equipo y comprar gente, tanto los caciques tzotziles como los adinerados mestizos coletos de San Cristóbal de las Casas se presentaron voluntarios.

El equipo de Wences también entró en acción en la operación dotando de medios de comunicación a los paramilitares, y les entregó vía Ejército mexicano información clasificada sobre presuntos simpatizantes zapatistas para que fuesen *neutralizados* a la breve-

dad posible. La ignorancia, el embrutecimiento y la dirección corrompida de los grupos paramilitares llevaron a días negros para los pueblos mayas de Chiapas, produciéndose numerosas matanzas de familias y comunidades enteras, además de provocar el éxodo de miles de personas que huían del horror y de la muerte, importando a otras comunidades el conflicto.

Rigoberto Costa Lasterqueta conoció a Wences en esas fechas en las que el Estado y la jerarquía de la Iglesia llegaron al acuerdo de acabar con los zapatistas en Chiapas a cualquier precio. Eran intereses tan compartidos que el encuentro fue natural. Wences lo visitó en la Catedral de México una tarde junto a otras personas escogidas de antemano por ambas partes, y se repartió el trabajo entre los asistentes, así de sencillo. Después, el obispo se aprovechó en alguna ocasión de la hospitalidad de Wences en su departamento de las Lomas, aunque el religioso se cuidara de entrar por una puerta discreta y no aparecer por los salones principales y más concurridos.

Un día, Rigoberto Costa Lasterqueta recibió la visita de un fraile que le era de confianza y le servía de oreja entre el clero de la Teología Indigenista. El chivato le contó cómo oyó por azar una conversación, una noche que dormía por primera vez en seis días en cama en el convento de Catemaco, en el Estado de Veracruz, tras pedir refugio. Pegado a la pared pudo oír que un hombre pedía hablar con el padre Jesús Ugarte, de origen vasco, conocido en México y en el extranjero por sus ideas igualitarias e indigenistas. Ya en el cuarto del padre se presentó como vasco que le traía un mensaje importante, pidiéndole entregara una carta de la ETA al gobierno español invitándolo a solucionar el conflicto vasco mediante el respeto a la decisión libre expresada de los ciudadanos del País Vasco, y sirviera de intermediario y testigo para poder establecer contactos entre las partes enfrentadas. El fraile, pensaba Rigoberto, le recordaba a los apuntadores y copistas de la Edad Media,

que poseían una memoria casi fotográfica y repetían lo aprendido con las mismas palabras. Pero por una vez aprobó la utilidad de aquel siervo y pensó que le había conseguido algo importante, más teniendo en cuenta que el padre Ugarte había aceptado la proposición del joven. Debía comunicarse con su amigo Wences antes de tomar ninguna determinación.

El eclesiástico y el militar se pusieron enseguida de acuerdo otra vez. Parecía que los intereses de aquellos dos hombres eran tan coincidentes que apenas tenían necesidad de discutir mucho tiempo las posiciones de cada uno para llegar a un acuerdo. Por un lado, a ambos les interesaba desprestigiar y atacar al clero católico mexicano que se identificaba con la doctrina de la Teología India y hasta con el EZLN; por otro, los dos creían tener una deuda con el Reino de España por múltiples favores recibidos, ya fuera por parte del Estado mexicano como por parte de la Iglesia católica del país. Así pues, Wences sugirió a Rigoberto que enviara al padre Jesús Ugarte fuera de México, a algún destino lejano donde dejara de molestar a las autoridades, y en cuanto al vasco que se había reunido con el sacerdote, la PFP se encargaría de identificarlo, ubicarlo y detenerlo a la primera ocasión. El objetivo era abortar la posible intervención del sacerdote originario de Euskal Herria en una misión diplomática que podía enturbiar las relaciones del Estado mexicano y de la Iglesia católica con el Reino de España, quien por el momento no aceptaba otra intervención en la política vasca que la estrictamente represiva, sin dejar lugar a aventuras dialogantes o negociadoras que podrían poner en riesgo la unidad sagrada de la patria. Tanto Wences como Rigoberto conocían y apoyaban esa línea, y pensaron que poseían la mejor ocasión para devolver los favores recibidos de las autoridades españolas. Wences por la reciente detención de un banquero desfalcador que se había escondido en la Costa Brava española y ahora esperaba en una cárcel de Madrid su extradición a México, y Rigoberto por las

fuertes sumas de dinero que había depositado el Museo Nacional Reina Sofía de Madrid en las arcas de la Iglesia mexicana con el fin de ser destinados a la reparación de la Catedral de México DF y de varios frescos del siglo XVI que se conservan en su interior. Y así se hizo. El padre Jesús Ugarte recibió en pocos días una orden que le ordenaba hacerse cargo de una parroquia en el Soconusco guatemalteco y Wences reunió a su equipo de crisis para encargarle la misión de detener a un miembro de ETA que se encontraba de manera ilegal en México realizando gestiones políticas que no especificó por miedo a posibles filtraciones a la prensa. En los siguientes días y meses la PFP intensificó el control sobre la diáspora vasca pero fue incapaz de dar con el refugiado.

Aquel asunto hizo ver a Wences que tenía una oportunidad de oro para mejorar las relaciones del Estado con la Iglesia Católica, especialmente tras el escándalo del asesinato en Guadalajara del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo. El 24 de mayo de 1993 caía abatido por 14 balazos el que fuera vicepresidente del Episcopado Mexicano y vicepresidente del Consejo Episcopal de América Latina. Varios individuos dispararon contra el automóvil de lujo Grand Marquís en el que viajaba el prelado desde cuatro puntos diferentes en el interior del estacionamiento del Aeropuerto Internacional de Guadalajara, produciéndole la muerte de manera instantánea. Poco antes de su asesinato, el Congreso mexicano había reformado el artículo 130 constitucional y el Gobierno había restablecido relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

La versión oficial del Gobierno mexicano fue que la muerte del jerarca de la Iglesia Católica fue resultado de una confusión entre bandas de narcotraficantes rivales que se habían enfrentado en el aeropuerto y que el coche del prelado pasó entre el fuego cru-

zado en medio del tiroteo de los traficantes. Esta versión levantó ampollas en la Iglesia Católica y el enfrentamiento con el poder político no se hizo esperar. Enseguida la jerarquía eclesiástica emprendió investigaciones por su cuenta a fin de esclarecer los hechos y echar por tierra la versión del ejecutivo y de la policía. Dos meses más tarde de acontecer la muerte del cardenal, el obispo auxiliar de Guadalajara, Manuel Torquemada, en nombre de la Iglesia Católica mexicana, comparecía ante la prensa para denunciar que en base al análisis de cientos de testimonios recabados entre testigos se podía concluir que el asesinato fue premeditado. Por otro lado, el obispo auxiliar de Guadalajara criticó a los obispos auxiliares de Cuernavaca y de Chihuahua por defender la hipótesis del gobierno, según la cual la muerte era producto de una confusión. Al mismo tiempo, Manuel Torquemada daba a conocer la creación de una comisión interinstitucional para esclarecer el crimen donde participaban el Gobierno del Estado de Jalisco, la Procuraduría General de la República y la propia Iglesia católica, con un cardenal.

Wences y sus superiores intentaron en todo momento que el tema del cardenal asesinado se convirtiera en una especie de telenovela, estilo culebrón, donde se podrían camuflar las implicaciones del Estado, y se acabara mareando a la opinión pública con gran profusión de datos inventados y reales. Todo menos que salieran a la luz pública una serie de reuniones secretas de altos cargos de la Iglesia católica con importantes narcotraficantes que contaban con la complicidad del Estado mexicano desde hacía muchos años. Al parecer, la Iglesia intentó por su cuenta un acercamiento al poder del narcotráfico y el Estado mexicano tuvo que tomar cartas en el asunto para que el tema no fuera a salirse de lo políticamente correcto. Además, el cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo era un firme defensor del dialogo dentro de la Iglesia con los partidarios de la Teología Indigenista. Pero ahora, gracias a la amistad que le

unía con el cardenal Rigoberto, las aguas podían regresar a su cauce habitual y seguir buscando puntos de encuentro entre los dos poderes, antes que de enfrentamiento.

Por el contrario, con los que no existía ninguna voluntad gubernamental para encontrar un acuerdo, o al menos una distensión, era con la guerrilla de izquierdas que hacía una y otra vez aparición en el escenario político mexicano. Wences había pasado su vida combatiendo a estos grupos y todavía se extrañaba de la capacidad que tenían para regenerarse después que él personalmente hubiera participado en el exterminio de al menos siete grupos guerrilleros en diferentes épocas y Estados de la República. Era el enemigo a batir, antes que nada, sin miramientos ni humanismos gratuitos. Pero cuando las autoridades ya daban por hecho el desmantelamiento de los grupos armados revolucionarios, alguna nueva acción armada contra la policía o el Ejército dejaba en entredicho la euforia oficial.

El último ataque lo habían realizado las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP), el 23 de julio. Un grupo guerrillero que no pudo ser detenido, disparó al menos 270 cartuchos de armas AK-47 y AR-15 contra una base de la PFP en la localidad de Cuajimalpa, en el Estado de México, hiriendo de gravedad a dos militares que cumplían sus funciones en el puesto en ese momento. Asimismo, 12 patrullas de la PFP resultaron averiadas por el efecto del fuego guerrillero, quedando inutilizables en varios casos. La acción fue sorpresiva, lo que molestó sobremanera a Wences, quien ordenó a sus jefes de comunicación que ofrecieran una falsa versión en la prensa, acusando a las FARP de haber herido a varios menores de edad durante el ataque. Así lo hicieron sus subordinados y la prensa afín al régimen se peleó entre ella por ver quien inventaba mayores y más creíbles mentiras. Sólo hasta

que la propia guerrilla de las FARP reivindicó el atentado mediante un comunicado enviado a un periódico izquierdista de Guerrero se pudo saber la verdad sobre el asunto. Decían los guerrilleros que su grupo operativo atacó con fuego de fusilería la base de la PFP en Cuajimalpa, denunciando el carácter represivo del cuerpo policiaco-militar. Negaban haber causado herido alguno entre la población civil durante el ataque, tal y como afirmaban algunos medios de comunicación. Por el contrario, decían, *"si hubiera algún civil herido, fue ocasionado por los disparos incontrolados y nerviosos que hizo el enemigo cuando ya nuestra unidad estaba a 300 metros del lugar".*

Justamente cuando Wences meditaba sobre el comunicado de las FARP y la campaña que ya se preparaba para dar con los líderes y militantes de la agrupación guerrillera, sonó el teléfono interno.

– ¿Bueno?

– Señor Wenceslao, soy Amelia, su secretaria. Me avisan de planta baja que los periodistas ya están instalados en la sala de prensa, lo están esperando. Me ruegan que baje en cuanto le sea posible para comenzar con el acto.

– Gracias Amelia. Pero dígame, ¿Llegaron todos?

– Le tengo una mala noticia, discúlpeme. Debido al accidente del avión norteamericano esta mañana en el aeropuerto de Toluca, la mayoría de medios ha cancelado y disculpado su presencia. Nada más llegaron los habituales y cercanos al cuerpo y algún periodista de la izquierda.

– Mejor así, tengo mucho que hacer y no puedo perder el tiempo dando explicaciones de todo lo que hacemos. Enseguida bajo; mientras, que los entretengan con bebidas y alguna botana.

Wences apareció en la sala de prensa de la planta baja vestido con un traje de algodón fino americano de color oscuro, adornado con una estrella de plata de cinco puntas, símbolo de la PFP, con una corbata de seda china de colores grisáceos y zapatos negros de piel de Guanajuato. En la muñeca izquierda llevaba un reloj Rólex de oro que no dejó de mirar constantemente y peinado con el característico corte de cabello militar. Nada más saludar a los pocos periodistas presentes, se acomodó en la silla que estaba preparada para él tras una mesa que lo colocaba frente a los periodistas, sentados en dos hileras de sillones que incorporaban una pequeña mesa para facilitar su trabajo. En la pared del fondo, los emblemas en plata de la PFP, del CISEM, de la Policía Federal de Caminos y de la Secretaría de Marina.

El Comisionado de la PFP pensó rápidamente que el discurso que tenía preparado no sería necesario. Los periodistas presentes eran pocos y ninguno lo suficientemente conflictivo para que debiera ponerse en guardia. Decidió que era mejor sacarse de la manga alguna buena actuación del instituto que dirigía. En esos días, la prensa mexicana había dado cuenta de la muerte de dos migrantes mexicanos en la frontera con EEUU. Dos reporteros de una cadena televisiva de nota roja habían filmado el momento en el que dos jóvenes de Oaxaca eran arrastrados por las aguas del Río Grande en su intento por pasar del lado estadounidense. La actuación de las autoridades mexicanas había quedado en entredicho por la dureza de las imágenes retransmitidas por todos los medios audiovisuales y muy especialmente por el nulo interés demostrado por la policía mexicana por intentar salvar la vida de los ahogados. Wences pensó que era un buen momento para lavar la cara a la policía de su país, y empezó su intervención anunciando la creación dentro de la PFP de una patrulla fronteriza, compuesta por 170 elementos, que operaría en las ciudades fronterizas de Tijuana, Nogales, Juárez y Nuevo Laredo.

– Hemos creado esta patrulla para proteger los intereses de quienes quieren cruzar la línea fronteriza hacia Estados Unidos y ante la amenaza de ciudadanos estadounidenses de cazar indocumentados en su territorio. La patrulla fronteriza tiene a su cargo combatir no sólo el tráfico de personas, sino también de armas, drogas y de dinero.

Nos hemos coordinado con la Bordel Patrol de EEUU para intervenir en cualquier detención o intervención riesgosa en la línea fronteriza. He sostenido personalmente diversas reuniones con el director de la Bordel Patrol, Gustave Smith, además de que hemos comprado un moderno equipo de comunicación para estar enlazados en tiempo real con los agentes fronterizos de EEUU. Ya estamos funcionando con ellos desde hace unas semanas. Vamos a trabajar en operaciones reactivas en las principales ciudades fronterizas, incluyendo la prevención del robo de automóviles, de casas-habitación y el tráfico en sus diversas modalidades.

Como les señalé al principio, no tengo mucho tiempo para atenderlos. Ya saben ustedes del grave accidente que se ha producido esta mañana en el aeropuerto de Toluca y estoy obligado a tomar parte en la investigación para esclarecer lo sucedido. Si gustan, podemos pasar a la ronda de preguntas, rogándoles que sean breves y concisos.

– Gracias, señor Comisionado. Soy Eulalio Sánchez, del periódico Reforma. No hace muchas semanas la policía se vio acusada de utilizar maneras, que podríamos llamar rudas, contra varias manifestaciones. En concreto contra la de los vecinos de Tepoztlán que intentaban acercarse a los Pinos, donde resultó muerta una persona de edad. ¿Qué tiene usted que decir ante estas acusaciones?

– Tanto en esa manifestación como en el resto que usted menciona, la policía mexicana hizo su labor de una manera profesional y respetuosa de los derechos de los ciudadanos. Nadie en su juicio puede atacar a los servidores públicos de la manera que se ha hecho en una prensa determinada. ¿Dónde quedaría el estado de derecho sin una policía capaz de hacer frente a las crecientes amenazas? El policía tiene su razón de existir, o sea las normas para convivir pacíficamente existen, pero hay quien no las cumple, hay quien las viola, hay quien se sale y, bueno, hay necesidad de reprimir, había que utilizar también esa herramienta, la forma de reprimir es una forma de volver al orden.

– Josefa Tovar, de La Jornada. Señor Pinar, el gobierno del doctor Zedillo ha hecho alarde durante su gestión de la utilización de diferentes cuerpos policiales y militares a la hora de enfrentar conflictos de innegable índole política o social. Uno de los casos más sonados es la intervención de la PFP en el conflicto de la Universidad pública. ¿Piensa usted que la intervención en ese espacio de la policía que usted dirige ayudará a resolver el conflicto o, por el contrario, se está violando la autonomía universitaria que ha regido nuestra casa de estudios durante décadas?

– La PFP entró a la UNAM para restablecer el orden, o para meter al orden a aquellos que violan la norma, los que se salen de la norma; yo no sé por qué se tiene que ver como una violación del otro lado.

– Julían Novoa, de Notivisa. En Chiapas existen rumores de que la PFP se ha incorporado a las tareas del Ejército mexicano para el control de armas y explosivos. Se habla igualmente de que destacamentos de la PFP ya se encuentran en la reserva natural de Agua Azul para desalojar a las comunidades indí-

genas zapatistas que se han atrincherado allá. ¿Va a intervenir la PFP en el conflicto chiapaneco en competencias que ahora asumen otras corporaciones policiacas y militares?

– Como ustedes saben, la PFP tiene competencia sobre todo el territorio nacional. Otra cosa es que, por interés público, su presencia sea reducida en algunas zonas del país. Volviendo a su pregunta, le diré que en Chiapas no estamos haciendo nada, en primer lugar, porque no tenemos policía, excepto la antigua Policía Federal de Caminos, que tiene destacamentos normales para la atención de carreteras federales.

– Buenas tardes, señor Pinar. Soy Aurora Jaime, de Unomásuno. La sociedad mexicana está muy preocupada por el aumento de los secuestros en la casi totalidad de los Estados. Lo que parecía limitarse a Morelos y al Distrito Federal se ha extendido ya a otros lugares, sin que se vean resultados policiacos espectaculares. ¿Qué puede decirles usted a los mexicanos para que confíen en su policía y se sientan protegidos ante la avalancha de secuestros organizados por bandas profesionales?

– A los ciudadanos y ciudadanas mexicanos les quisiera transmitir confianza en sus cuerpos de seguridad. Si bien es cierto que durante años muchos de ellos y ellas han desconfiado de la policía, con razón a veces tras descubrirse que muchas bandas de plagiarios estaban dirigidas por policías. Pero precisamente para evitar esos riesgos de infiltración de la delincuencia organizada en las corporaciones policiacas se creó la PFP. En el cuerpo la selección de miembros es sumamente estricta, y castigamos con todo el rigor que ofrece la ley a nuestros miembros insanos. En cuanto al delito específico de secuestro, decir que la labor de la PFP en el abatimiento del delito de secuestro ha sido importante. La labor de inteligencia reali-

zada por la corporación en estos últimos meses ha permitido la aprehensión de los principales jefes de bandas organizadas de plagiarios.

– Sí, de nuevo Josefa Tovar, de La Jornada. Esta semana se ha presentado en el Congreso de la Unión una denuncia contra las Secretarías de Defensa y de Gobernación por la creación de una policía anticonstitucional, precisamente la que usted dirige. Se habla incluso que el PRD exigirá en el próximo pleno la desaparición de la PFP.

– Rechazo tajantemente estas posturas. La PFP es una corporación que está constituida legalmente porque fue aprobada por el Congreso. No es una policía nueva, sino que es la fusión de varias corporaciones que ya existían. De todas formas, usted sabe como yo que la última palabra la tiene el Congreso de la Unión, y la decisión definitiva podría demorarse varios años por la propia norma del Reglamento. Mientras tanto, la PFP no va a caer en el juego que algunos quieren imponer, no podemos desviar la atención de nuestro principal objetivo, como es combatir a la delincuencia organizada en cualquiera de sus modalidades, incluida aquella que disfraza sus objetivos de políticos.

– Antonio Shafir, de Proceso. ¿Tiene alguna novedad sobre los atacantes de la base de la PFP de Cuajimalpa? ¿Puede decirnos qué sabe la PFP de las FARP?

– Nadie se extrañará si les digo que en México venimos sufriendo la acción de estos grupos desde hace ya mucho tiempo. Los ataques de los grupos guerrilleros siempre los hemos estado esperando, tanto en la policía como en el Ejército. Al igual que la policía española investiga a ETA, el gobierno mexicano hace lo propio con estos grupos. Llevamos 30 años inves-

tigando a estos grupos, igual que la policía española a ETA. Por el momento no tengo ninguna novedad que aportarles, pero quiero transmitirle a la sociedad la confianza de que haremos todo lo que esté en nuestras manos para que todo el peso de la ley caiga sobre aquellos que abusan y ponen en riesgo la vida y la propiedad de los ciudadanos mexicanos.

– Samuel Lomas, de Televisión Azteca. La policía que usted dirige detuvo hace unas semanas a una terrorista de la ETA en Monterrey que fue entregada a la policía española en el aeropuerto de Madrid. ¿Sabe la PFP cuántos terroristas vascos hay en México?

– México no expulsa etarras. Nosotros no llevamos registro de etarras... aplicamos las leyes migratorias. Si en el país correspondiente, del que son originarios los deportados tienen otro tipo de condición, entonces es un problema del país correspondiente. Aquí se cumplieron todas las formalidades de ley. Cumpliendo con las garantías de audiencia y legalidad, se le tomó su declaración a la extranjera, quien manifestó que se internó en el país en enero del presente año, con pasaporte y forma migratoria de turista, por una temporada de 90 días. Ella misma reconoció que, al vencerse su documento, no solicitó prórroga, y manifestó estar consciente de que estaba de manera irregular en México. La PFP la puso a disposición de las autoridades migratorias, quienes dispusieron su expulsión, en el vuelo 6403 de Iberia que partió de la capital mexicana.

– José Amador, de La Crisis. Hace menos de un mes, un diario norteamericano publicó un documento, supuestamente elaborado por el Gobierno estatal de Oaxaca en 1997, siendo entonces gobernador el actual Secretario de Gobernación, Diódoro Carrasco. En el documento, se revela que para combatir a la guerrilla del Ejército Popular Revolucionario (EPR) se

diseñó un plan contrainsurgente, basado en tareas de inteligencia militar. Se habla de la existencia de dos pasos para, cito palabras textuales del documento, "desmontar la capacidad desestabilizadora del adversario". Uno, "el monitoreo permanente en regiones y sectores que se consideren prioritarios, y la tarea de inteligencia consistente en advertir las intenciones del adversario en dichas regiones y sectores prioritarios". Y dos, "aplicar un cerco sanitario en regiones y sectores, para lo que se plantean dos acciones políticas: garantizar la orquestación sanitaria institucional con la tarea de inteligencia de desmontar la cobertura y redes de abastecimiento del adversario, y coptar y/o neutralizar a sus aliados, infiltrándolos como parte de la tarea de inteligencia". Y le hago mi pregunta. ¿Participó la PFP en el diseño de este plan contrainsurgente?

– No es norma de la PFP ni de sus responsables hablar ante la prensa de asuntos que puedan poner en riesgo la seguridad nacional. Y, como se imaginará usted, menos aún de filtrar documentos a la prensa extranjera. En ese sentido, no tengo mucho que decir sobre la veracidad del documento que menciona. No es un secreto que el Ejército mexicano ha reforzado sus posiciones en aquellos Estados de la República donde se da la presencia de estos grupos guerrilleros. Paralelamente, el Estado, a través de sus cuerpos de Seguridad Nacional, realiza una labor de inteligencia para detectar y prevenir con anterioridad los ataques de los grupos terroristas. Esto se hace aquí en México y en todas partes del mundo donde existan estos problemas o similares. No olvidemos que los ciudadanos mexicanos depositaron mediante elecciones su confianza en el Gobierno y, a su vez, éste está obligado a hacer que se respete la ley y no se ponga en riesgo la vida o el patrimonio de esos ciudadanos. Como ya les dije antes, llevamos muchos años investigando

a los grupos guerrilleros y los frutos de nuestro trabajo son también conocidos por ustedes, como la reciente detención de varios dirigentes del ERPI en Guerrero y Michoacán. Pero también les diré que para que un trabajo de inteligencia se realice sin interferencias y se alcancen sus objetivos, es imprescindible la discreción, y el apoyo y comprensión de todos los actores de la sociedad. En esto la prensa y los periodistas tienen una misión importante, como es la de ponerse del lado del Estado de Derecho y ayudar a la sociedad a combatir a sus atacantes... Señores y señoras, ruego me disculpen. Ya no voy a responder ninguna otra pregunta. Si desean alguna otra información, con mucho gusto mi secretaria les atenderá. Buenas tardes y muchas gracias.

KOLDO E IPAR

El "Ulama" o juego de pelota era el juego ritual de los antiguos aztecas. Se realizaba en una cancha llamada "Huey Tlachco", que consistía en un patio con dos cabezales y un patio central en forma de "I", paralelo al recorrido del Sol en el Cielo. A los lados norte y sur del patio se encontraban los taludes o rampas, cada uno de ellos con sus respectivos aros de piedra por los que debía pasar la pelota. Durante el juego, los jugadores golpeaban la pelota de hule, de ahí el nombre de "Ulema", con las caderas y los antebrazos, protegidos con cuero, debiendo recrear el movimiento del Sol en el firmamento e introducir la pelota por el aro contrario. La pelota representaba al Sol y la cancha era el Firmamento.

Si en un momento determinado la pelota hacía un movimiento no acorde con el desplazamiento del Sol en el Cielo, el juego era detenido y se decapitaba a un jugador para evitar que el Universo fuera destruido por las fuerzas que lo enfrentaban. El cráneo del jugador muerto era despellejado y ensartado en una pértiga de madera, para ser colocado después en el "Tzompantli", construcción de tierra y piedra revestida de cientos de cráneos humanos y que se encontraba cercana al templo dedicado al dios Sol.

El "Ulama" servía además para una función social. Todas las familias nobles de la sociedad azteca, los pipiltin, estaban obligadas a proporcionar jugadores, normalmente sus miembros más jóvenes y fuertes, que debían enfrentar durante los rituales a los miembros de otras familias nobles. Los vencedores del juego eran venerados como dioses y después sacrificados y sus cráneos colocados en el "Tzompamtli". Para los aztecas nobles, ser sacrificado en estos rituales era un honor. Se les equiparaba a dioses, mientras que las familias de los ganadores del juego veían aumentar sus riquezas y

posición social entre los pipiltin, gracias al sacrificio de sus miembros más jóvenes.

Los mayas también tuvieron su juego de pelota, prácticamente idéntico al azteca. Hunahpú e Ixbalanqué, dos héroes míticos, vencieron en un partido jugado contra los dioses de la Muerte, convirtiéndose así en el Sol y la Luna del actual tiempo del Cosmos. Después, los reyes de Tikal y Uaxactúm jugaron de manera continua a fin de influir de manera mágica en el ciclo de los astros, especialmente el Sol, logrando que el Universo mantuviera su orden y no desapareciera ante las fuerzas de la Oscuridad. Mientras los soberanos jugaban, la multitud seguía el desarrollo del juego desde los laterales de la cancha, y aunque se consideraba sagrado el juego, la competencia de los jugadores se transmitía a los espectadores, que hacían grandes esfuerzos para guardar el silencio que les estaba obligado. Después de cada partido, los mayas sacrificaban a un esclavo para ofrecer su sangre al dios Sol, Kinich Ahau.

Saliendo del metro Tlatelolco, Ipar esperaba que Koldo fuera puntual pues aún tenía que comprar un boleto de avión y quería despedirse de su amigo comiendo juntos en algún restaurante medio elegante. Esperaba que Koldo no se desanimara con su partida, pues le había dicho que se quedaría un par de meses. Sin embargo, debía solucionar un problema en otro país y ya le reclamaban su presencia allí. Mientras esperaba observó los altos bloques de pisos del barrio, y aunque le traían a la memoria muchos barrios europeos de las ciudades dormitorio donde se hacinan miles de personas en colmenas de hormigón, se le hacía curioso que pudiese existir un barrio así en el Distrito Federal.

Allá por el año 1338, y trece después de la fundación de Tenochtitlan, un grupo de mexicas decide fundar su propia ciudad por no estar de acuerdo con las zonas y terrenos que se les habían asignado para establecerse. Y lo hacen sobre los islotes de Tlatelolco y Nonohualco, en un mundo acuático de canales e islas, rodeado por los volcanes Xitle, Ajusco, Iztaccihualt y Popocatepetl. Años más tarde, frente a Tenochtitlan, destinada a convertirse en la capital militar, política y religiosa del Imperio azteca, Tlatelolco, "acumulación de terrenos lodosos" en lengua náhuatl, devenía el principal mercado y capital del comercio de Mesoamérica. No en vano la ciudad era gobernada por los pochtecas, la clase comerciante de la sociedad azteca, quienes llevaban a Tlatelolco los más variados productos de las diferentes regiones del Imperio, e incluso de más allá de las fronteras, intercambiándolos por otros o vendiéndolos en el mercado de la ciudad, usando cacao, polvo de oro o diversos textiles como moneda.

Ipar también recordaba el sismo que se había sentido la víspera y le había agarrado en su habitación de hotel, pues cuando llegó a México decidió no ir a casa de ningún refugiado por discreción, y cómo se habían movido los pocos muebles del cuarto, con el correspondiente susto. Bajó a la recepción del hotel en cuanto sintió el terremoto, pero se extrañó de que casi nadie hiciera mucho caso, limitándose a comentar que la tierra se había movido "algo". Por la mañana, nada más salir del hotel, compró La Jornada en un puesto de la calle y se enteró que el movimiento telúrico había tenido una intensidad de 5,6º en la escala de Richter y no quería ni siquiera imaginarse cómo se tuvo que sentir aquel 19 de septiembre de 1985, cuando la tierra se puso a temblar en México D.F. con una fuerza de 8,2º . Unos 17.000 muertos, incontables desaparecidos, cientos de edificios caídos, la mayoría hospitales, edificios oficiales

y las torres de Tlatelolco... gracias a la corrupción oficial que robó gran parte de los dineros destinados a los materiales de construcción de esos edificios. En la calle, decenas de miles de personas, sin techo, sin agua potable, sin luz… organizadas en un inmenso movimiento solidario que sorprendió al mundo, e incluso a los propios mexicanos. Las casas se abrieron para quienes perdieron su techo, se compartió comida, dinero, vestido, dolor y esperanza.

– ¡Aupa!; disculpa que llegue diez minutos tarde. Preferí asegurarme y he estado dando varias vueltas, no fuera a ser que alguien me siguiera. ¿Qué tal te va? ¿No te espantaste ayer con el temblor?

– Eup! No te preocupes, ni me he enterado del tiempo. El temblor sí me dio algo de miedo, sí. Pero lo que más me dejó alucinado es que la gente se lo toma muy tranquila, hasta demasiado, diría. Yo salí corriendo del cuarto, pero creo que fui el único, la gente ni caso hizo.

– Es la costumbre; tiembla tan a menudo que ya saben distinguir cuando viene fuerte o cuando es un empujoncito nada más.

– ¿Empujoncito? Si se fue la cama casi un metro. Vaya locos que estáis de vivir en este país. Seguro que fue porque me tengo que ir, a modo de despedida.

– ¿Te vas? ¿Ya no te quedas unos meses?

– Ayer recibí un aviso urgente. Hay una bronca que tenía que haber solucionado hace meses y, como no lo hice, ahora tengo que hacerlo con urgencia. No sé cuánto tardaré en arreglar esa historia, pero, si no se alarga, regreso a México después. Ya te avisaré en cuanto sepa algo.

– Me da pena que te vayas. Tantos años sin vernos y parece que no podemos hacer que dure nuestra relación.

– Tranquilo hombre, que seguro nos vamos todos para casa pronto.

– Eso llevamos diciendo y oyendo más de veinte años. Pero, aunque tengamos que estar otros veinte en el exilio, mejor así que no como se han ido algunos, de arrepentidos o derrotados. Ellos sabrán por qué lo hicieron; pero ¿qué peor miseria humana que la de abandonar a tus compañeros para regresar a casa y recibir allí el desprecio de los que dejaste? Sólo por no pasar por ese mal trago ya deberían habérselo pensado antes.

– ¿Ha vuelto mucha gente arrepentida desde México?

– ¡Que va! Muy pocos. Para el número de gentes que estábamos en los mejores tiempos en este país, como mucho son una decena los arrepentidos. Lo que no significa nada. Tampoco aquí tuvieron mucha influencia las campañas de arrepentimiento de los gobiernos español y vascongado. La gente ha podido malvivir económica y afectivamente muchas veces, pero a muy pocos les dio la fiebre esa, prefirieron no caer en la trampa que nos tendían.

– Es como tú dices. Las campañas de arrepentimiento sólo sirvieron para crear situaciones dramáticas para las personas, las familias y las cuadrillas y los pueblos. Pero efectividad, poca podrán reconocerles los gobiernos en sus campañas. Bueno, y volviendo a lo nuestro. ¿Cómo ha ido el asunto del cura? ¿Le entregaste la carta?

– Sí, se la entregué. La recibió con una gran sorpresa y tardó en reaccionar; me dijo desde el principio que no estaba muy al corriente de la situación vasca y que no quería cometer algún

error. Yo lo tranquilicé y le agradecí su disposición para entregar la carta en Madrid, pero luego ha habido otro problema que ha jodido el plan por la mitad.

– ¿Qué ha pasado pues?

– Ayer me llamó el cura diciéndome que lo sentía mucho, que estaba muy apenado, pero que no iba a poder ayudarnos por el momento. Y me pedía de andar con cuidado pues en Gobernación andaban tras mi pista, buscándome. Resulta que alguien, que él no se explica quien pueda ser, le fue con el cuento al obispo de México y le obligan a cambiar de parroquia; creo que me dijo que lo mandaban para Guatemala. Ha sabido también que el obispo se puso en contacto con la zakurrada y que andan buscando al vasco que se reunió con él. Un putadón, vamos. Habrá que andar con cuidado.

– Sobre todo, tú. No vayan a saber ya quien se reunió con el padre Ugarte.

– No tienen por qué saber. Además, ya te he dicho que espero regresar a Iparralde pronto.

– Por si acaso, como decís aquí, ¡aguas!

– Imagino que para estas horas los españoles ya estarán al corriente de la gestión.

– Ni te quepa duda. De todas formas, no te preocupes por eso. Tendremos que buscar a otra persona que lo haga, y andarnos al loro con lo que pueda salir en la prensa estos próximos días, no vaya a ser que quieran quemar cualquier posible propuesta de la empresa incluso antes de saber de qué se trata.

– El cura es la hostia. Estaba todo apenado y se culpaba a sí mismo por el fracaso antes de empezar. Me dio la impre-

sión de que estaba llorando cuando me llamó. Y me ha dicho que más adelante podemos contar con él para todo lo que creamos conveniente y sirva para llevar la paz a la martirizada tierra vasca, esas han sido sus palabras. Me ha pedido que espere unos meses, hasta que se instale en Guatemala, para ver qué podemos hacer. También me ha dado el teléfono y la dirección de un buen amigo suyo para que le pidamos hacer llegar el mensaje de la empresa al Gobierno español. Por si no podíamos esperar. La sorpresa ha sido al ver de quién se trataba. Un escritor mexicano. Creo que es interesante, pues está muy reconocido entre los intelectuales por su obra poética, pero también por su dedicación en la lucha a favor de los derechos humanos. Esta mañana hablé con él, presentándome como amigo del padre Ugarte y he quedado en pasar por su casa el sábado, que es cuando anda más tranquilo, según me dijo. Le llevo la misma carta que al cura y a ver cómo reacciona.

– Ojalá acepte. Es también muy importante que comuniques a Euskal Herria el resultado de la entrevista. Y que sea lo más rápidamente posible. De lo del cura les informo yo, que seguro podré hacerlo más rápido que tú. Dijiste que traías una mala noticia, pero parece que es al revés. Los españoles intentan cerrarnos el camino por todas partes, pero siempre aparece un nuevo sendero, conocemos más gente solidaria y hacemos conocer nuestra lucha en el extranjero. Hay que seguir por esta vía.

– Y seguiremos. Dijiste que te vas hoy. Pero tendrás tiempo para una despedida, ¿verdad?

– Por supuesto, tú dirás a donde vamos a comer. Acompáñame primero a una agencia de viajes para comprar el boleto de avión y hasta que me tenga que ir estoy a tus órdenes.

– Se ve que ya se te ha pegado el mexicano. Pues venga, que no tenemos mucho tiempo. Vamos a buscarte un billete y luego nos vamos a comer a una cantina que te vas a quedar alucinado lo bien que preparan el cabrito.

– ¿A la misma de la otra vez?

– ¿La Guadalupana de Coyoacán? No, esta es otra que está en la Ribera de San Cosme. No es tan bonita ni tan lujosa, pero es menos pija y la comida es mejor, más barata y más abundante, así que prepárate para unos tequilas de despedida. Vas a llegar al avión algo mareado.

– No me importa. Venga, que sea por el poco tiempo que nos queda de andar fuera de casa. En menos de un año estamos todos y todas por lo menos en Iparralde.

– Órale compadre, te guardo la palabra, ¡nos vemos en Iparralde!

EPÍLOGO

El nacimiento de este texto fue ante todo una necesidad de exteriorizar, sacar de las entrañas, todos los sentimientos encontrados mientras se vivía uno de los capítulos represivos que ha sufrido nuestro pueblo en las últimas décadas. Un capítulo que por suceder a miles de kilómetros de Euskal Herria ha sido poco documentado y, por lo tanto, poco conocido en nuestro país. Fue una necesidad de canalizar de alguna manera la frustración, el miedo y la impotencia que la Comunidad de Refugiados Políticos Vascos vivimos ante la arremetida de dos Estados que decidieron acabar con nuestra existencia como colectivo en México.

En aquel entonces el objetivo ni siquiera era su publicación, sino que se trató de una especie de catarsis que este autor necesitaba en esos momentos para afrontar un día a día lleno de temores, incertidumbres y de malas noticias en el entorno más cercano, donde la presión policial mexicano-española llegó a ser insoportable y asfixiante además de dolorosa. No es de extrañar, entonces, que hasta su publicación hayan transcurrido más de veinte años, ya que quedó engavetado en cualquiera de las mochilas que nos acompañan en el exilio como otro objeto más de los que construyen nuestros recuerdos.

La razón de su publicación ahora no es otra que aportar en la necesidad del relato de nuestra historia reciente. Un relato que algunos pretenden monopolizar para utilizarlo, en provecho de intereses que se sumergen en el pasado y demasiadas veces recuerdan a los partes de guerra que en los momentos más duros del enfrentamiento se hacían públicos como verdad

única y absoluta y que sirvieron para justificar muchas atrocidades. Un relato también que intentan utilizar para esquivar sus propias responsabilidades.

Aún hoy en día, el relato que se nos quiere imponer intenta justificar políticas basadas en la venganza que, como la dispersión de los presos, solo buscan la aniquilación tal y como lo han intentado durante las largas y dolorosas décadas pasadas e impiden la normalización de la convivencia que nuestra sociedad necesita. Hoy la única violencia política que se produce en Euskal Herria es la que los Estados español y francés ejercen contra nuestros presos y sus familiares, mediante una política penitenciaria de excepción que lleva hasta el extremo las condiciones de los militantes en prisión, y que sigue, desgraciadamente, cobrando vidas.

Querer aportar en el necesario relato de nuestra historia reciente de ninguna manera pretende imponer nuestro punto de vista ni hacer que "nuestra verdad" sea la única. Nada más lejano a esa intención. En un enfrentamiento como el que se ha producido en Euskal Herria, con las características de confrontación total como las que ha tenido, las consecuencias han sido terribles y dolorosas. Nadie debería siquiera dudar que de un lado y otro las decisiones y actos supusieran dolor y sufrimiento. En ese sentido la izquierda abertzale ha asumido de manera pública y en reiteradas ocasiones la parte de responsabilidad que le corresponde y ha mostrado su pesar y empatía hacia las víctimas y todos los afectados. A mi entender es lo justo y necesario si queremos construir una sociedad donde la convivencia se base en el respeto y en crear cauces democráticos donde se diriman nuestras diferencias. Y creo que es el camino que la sociedad vasca ha elegido.

Lo que no se puede hacer es negar que el "otro" también tiene su "verdad" en el necesario relato, sobre todo cuando ello se hace desde posiciones que intentan mantenernos en el pasado y están dirigidas por sentimientos de venganza que impiden sanar las heridas y superar las consecuencias de un conflicto que durante varias generaciones ha condicionado la vida en Euskal Herria. A mi entender, los exiliados no queremos imponer nuestra "verdad", porque nunca ha sido esa nuestra intención y sería algo injusto, y tampoco nos inspiran sentimientos de revancha. Pero de ninguna manera estamos dispuestos a renunciar a ofrecer a la sociedad vasca esa "verdad nuestra", pues se trata de nuestra propia memoria y la de tantos y tantas que se quedaron en el camino o sufrieron y resistieron todos los intentos de hacernos desaparecer como pueblo, donde nunca se escatimaron estrategias represivas que no deseamos que se reproduzcan nunca.

En la tarea del relato los exiliados y deportados políticos vascos también tenemos algo que aportar. De la misma manera que la resolución de nuestra situación deberá ser algún día abordada con el fin de superar todas las consecuencias del conflicto y generar dinámicas que conlleven la normalización de la convivencia en Euskal Herria. Cómo no tener que aportar cuando hemos sido uno de los objetivos y cobayas de muchas de las estrategias represivas de los Estados y moneda de cambio en sus transacciones políticas y económicas. Nuestra "verdad" en el relato es consecuencia de todo ello, pero también, y sobre todo, de nuestras vivencias en tierras a veces muy lejanas a Euskal Herria, tierras que a veces elegimos y a veces se nos impusieron, de nuestra capacidad para resistir los embates y de adaptación a nuestras realidades y de mantener

los lazos de solidaridad y compromiso en nuestra comunidad y con nuestro pueblo, muchas veces en unas durísimas condiciones como las que en esos países se nos han impuesto.

A la hora de los agradecimientos, empezar por mi compañera de vida que tiene todo el mérito del mundo en primer lugar por soportarme durante tantos años, y sobre todo en aquellos momentos descritos en el libro, con toda la tensión que vivíamos. Y también por haber sido quien más me haya ayudado en descifrar y descodificar el complejo universo de México, a amar a este pueblo y a desearle un futuro libre y soberano.

Gracias a Joxe Anjel Otxoa de Eribe, su recuerdo está siempre conmigo y tan presente en cada una de las páginas de este libro, cuya humanidad, compromiso y amistad son imposibles borrarlas.

A la Comunidad de Refugiados Políticos Vascos en México, que ha inspirado los personajes de la historia, por su capacidad de superar los peores tragos y momentos.

Gracias a mi hermana, Arantza, por recoger en este libro lo vivido, sentido, sufrido y celebrado a lo largo de este viaje sin fin llamado exilio.

Y para terminar con los agradecimientos, como dice la canción de Silvio, gracias también a los perseguidores de cualquier nacimiento, pues sin su intensa dedicación en acabar con nosotros y nosotras nunca hubiera llegado la inspiración que hizo posible el libro.

Jose Luis Eziolaza Galan

ataramiñe

Ametsen txokoan bizi naiz
Ibon Muñoa. *2011.*

Ametsen txokoan
CD. Hainbaten artean. *2012.*

Kandela bat pizteko behar dena
Mikel Antza / Iker Moreno. *2012.*

Fakin xokona
Oier Goitia. *2012.*

Sasian barna
Xabier Makazaga. *2012.*

Preso nago 2
Mikel Orbegozo. *2013.*

Z²
Mikel Antza. *2013.*

Agurra eta ohorea
Jokin Urain. *2013.*

Ainarak herrira itzuliko dira
Ibon Muñoa. *2014.*

Urte ilunak
Nelson Mandela (itzulpena: Ekaitz Sirvent). *2014.*

Ilargiraino!
Mikel Orbegozo. *2015.*
Burdin elorri arantzetan
Joseba Arregi. *2015.*

Haizea eta Lizar Magikoa
Kepa Etxeberria eta Xabier Ugarte. *2016.*

Kuku erlojua
Kepa Etxeberria eta Xabier Ugarte. *2016.*

Haizea
Hainbat egile. *2016.*

Bidean gaude, aurrera goaz, joan zirenekin
IBON MUÑOA. *2016.*

Kartzelako kronikak
JEXUXMARI ZALAKAIN, *2016.*

Axelko eta Otsoko bertsotan
KEPA ETXEBARRIA. *2017.*

Udaberrian biziko gara
IBON MUÑOA *2017.*

Errezel berdeak
JEXUXMARI ZALAKAIN. *2017.*

Txori mezulariak
JOSEBA EROSTEGI 'ELTZIKORTA' / LOREA EROSTEGI FERNANDEZ. *2018.*

Hamaika desio utopiarako
IBON MUÑOA. *2018.*

Egia baten egunerokoa
OIER GOITIA. *2018.*

Gure memoria, gure historia
IBON MUÑOA. *2019.*

Basatza
HODEI IJURKO IROTZ. *2019.*

Amonaren ipuin magikoak
JOSEBA EROSTEGI / LOREA EROSTEGI. *2019.*

Zaldi Zoro
MARI SANDOZ (ITZULPENA: AITOR FRESNEDO GERRIKABEITIA). *2020.*

Gure Ama-Lur feminista da
IBON MUÑOA. *2020.*

Órale, compadre... ¡Nos vemos en Iparralde!
ARANTZA EZIOLAZA GALAN. *2021.*



ataramiñe

EUSKAL ERREPRESALIATU POLITIKOEN
LITERATURA KOADERNOAK

www.literaturakoadernoak.org

Arantza, siguiendo una tradición familiar, nos cuenta en este libro las vivencias que su hermano le contó, con sus mismas palabras, para que aparezcan escritas en el cuaderno de la historia tal como aquel las vivió. Se trata de un exiliado político vasco que vive en México. Sabemos que anda por allí, pero no sabemos nada más. Cómo podríamos saber. La realidad cotidiana de los exiliados permanece desconocida, oculta por la necesidad de eludir la persecución política. El libro está escrito precisamente con la intención de darnos a conocer su existencia, tan lejana y tan cercana al mismo tiempo. El resto, como su título indica, continuará en Euskal Herria.



atara miñe
www.literaturakoadernoak.org